

JESUCRISTO SEGÚN LOS EVANGELIOS

Extraída del texto «Jesucristo según los Evangelios»,
perteneiente a la asignatura de Religión del
Segundo Curso de Bachillerato,
según el Plan de Estudios de 1957,
de

MONSEÑOR GABINO LOPEZ MORANT

(Camarero Secreto de Su Santidad

*Profesor Numerario de Religión del Instituto Nacional
de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu de Madrid),*

en la edición de 1963

*(Como en todos los textos de la época,
posee su correspondiente NIHIL OBSTAT e IMPRIMATUR)*

ÍNDICE

01. Los Evangelios.	03
02. Nociones geográficas de Palestina.	07
03. Aspecto político y religioso de Palestina.	11
ENCARNACIÓN, INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS	
04. Preparación de la venida de Jesús al mundo.	15
05. Nacimiento de Jesús.	21
06. Infancia y vida oculta de Jesús.	26
07. Periodo preparatorio de la vida pública de Jesús.	30
PRIMER AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS	
08. Primera Pascua de Jesús en Jerusalén.	36
09. Varios milagros de Jesús en Cafarnaúm.	42
SEGUNDO AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS	
10. Jesús en Jerusalén. Regreso a Galilea.	
El Sermón de la Montaña.	47
11. Hechos que siguieron al Sermón de la Montaña.	52
12. Las parábolas.	58
13. Otros sucesos en Galilea.	63
TERCER AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS	
14. Excursión a la Fenicia y la Decápolis.	
Retorno a Galilea.	67
15. Jesús en Jerusalén, por la fiesta de los Tabernáculos.	73
16. Jesús en la fiesta de la Dedicación.	78
17. Último viaje de Jesús por Judea.	84
ÚLTIMA SEMANA DE LA VIDA MORTAL DE JESÚS	
18. Sucesos de los dos primeros días.	92
19. Sucesos del martes.	98
20. Sucesos del miércoles y jueves de la última semana.	102
21. Después de la cena.	109
22. La Pasión de Jesús (Noche del jueves al viernes).	114
23. Pasión de Jesús (continuación). Mañana del viernes.	120
24. Crucifixión, muerte y sepultura de Jesús (Tarde del viernes).	124
RESURRECCIÓN Y APARICIONES DE JESÚS	
25. Resurrección de Jesús y apariciones en Judea.	131
26. Apariciones de Jesús en Galilea.	138

01. LOS EVANGELIOS

1. Qué se estudia en esta parte de la Religión.-

En esta parte de la Religión, llamada JESUCRISTO SEGÚN LOS EVANGELIOS, se estudian la persona y la vida de Jesucristo, el Mesías Prometido y Redentor del Mundo, así como sus principales milagros y enseñanzas, tal como los refieren los Santos Evangelios.

2. Libros en que se contienen la vida y la doctrina de Jesucristo.-

Los libros en que se contienen la *vida y la doctrina* de Jesucristo, principalmente son los cuatro Evangelios, y también los demás libros que forman el *Nuevo Testamento*, sobre todo los *Hechos de los Apóstoles* y las *Epístolas* de San Pablo.

3. El Evangelio de Jesucristo.-

La palabra «Evangelio» significa «buena nueva» o «buen anuncio», según su etimología griega. Esta «buena nueva» la predicó Jesús durante su vida pública, siendo escuchada por los Apóstoles, que fueron *enviados* por Él a todo el mundo, para difundirla.

Obedientes al mandato de Jesucristo, los Apóstoles predicaron y enseñaron, de viva voz, en la «Catequesis Apostólica», cuanto sabían acerca de Jesucristo y su doctrina, y a esta enseñanza la llamamos «Evangelio oral».

De este Evangelio oral se tomó lo *más importante* y se consignó por escrito. A estos resúmenes se les llama el *Evangelio escrito*, siendo cuatro los que merecieron desde el principio la aprobación de la Iglesia, debidos a San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

4. El Evangelio según San Mateo.-

El primero en recopilar y escribir lo que la *Catequesis* o *tradición oral* enseñaba acerca de Jesucristo y su doctrina fue San Mateo, Apóstol de Jesús, testigo presencial de cuanto escribió. Compuso su Evangelio, probablemente en Jerusalén, entre los años 50-55 de nuestra era, en arameo, aunque bien pronto se tradujo al griego.

Lo destinó a los judíos de Palestina para demostrar que Jesús era el Mesías prometido a los Patriarcas y anunciado por los Profetas, probando que en Él se cumplieron todas las *profecías mesiánicas*. Recoge principalmente las *parábolas* y *discursos* de Jesús.

5. El Evangelio según San Marcos.-

San Marcos, también llamado Juan Marcos, escribió entre los años 55 al 62 de la era cristiana el resumen de la predicación o *catequesis*, acerca de la vida y obras de Jesucristo, que oyó a San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, con quien estuvo muy en contacto. Escribió su Evangelio en Roma, en lengua griega, y lo destinó a los gentiles, a quienes quiso demostrar que Jesucristo era el Señor de la naturaleza, hacedor de milagros y vencedor del demonio. Por eso no atiende a discursos ni parábolas, como San Mateo, sino a los *milagros* obrados por Jesús, que describe con detalle y colorido. Es el más breve de los cuatro Evangelios.

6. El Evangelio según San Lucas.-

San Lucas, discípulo de San Pablo y su compañero en varios de sus viajes, escribió el tercer Evangelio unos años después que San Marcos el suyo, entre los años 62 al 63. Era de profesión médico, pues San Pablo lo llama «médico muy amado». También parece ser que cultivó la pintura. Lo que sí es cierto es que poseía una gran cultura griega, en cuya lengua escribió su Evangelio.

Este Evangelio es un resumen de la predicación de San Pablo. Lo escribió en Roma y lo destinó a los gentiles, principalmente de las iglesias fundadas por San Pablo, y su fin fue demostrarles que Jesús

era el Rey Universal, siendo todos los hombres llamados a entrar en su Reino. Es el más *ordenado y elegante* y es el que mejor describe la *infancia de Jesús*.

Los tres Evangelios dichos, de San Mateo, San Marcos y San Lucas, se llaman *sinópticos*, porque de una sola ojeada nos presentan la vida, doctrina y hechos de Jesús con el mismo orden y, muchas veces, con los mismos términos.

7. El Evangelio según San Juan.-

San Juan, el discípulo amado de Jesús, es el autor del cuarto Evangelio, escrito en griego en Éfeso a fines del siglo I y destinado a las Iglesias del Asia Menor. Su finalidad era demostrar que Jesucristo es verdadero Dios, Hijo de Dios y Verbo del Padre, contra las nacientes herejías que lo negaban.

No sigue el orden de los sinópticos sino que ya desde el principio se remonta a describir la generación eterna del Verbo, relatando los milagros y discursos de Jesús que mejor prueban su *filiación divina*.

Fue testigo ocular de los hechos que narra, y percibió detalles de espiritualidad que permanecieron ocultos a los demás Apóstoles y Evangelistas.

8. Símbolos de los cuatro evangelistas.-

Se representa a los cuatro evangelistas por ciertas figuras simbólicas: A San Mateo, por un HOMBRE, porque comienza su Evangelio refiriendo la genealogía de Jesucristo según la carne; a San Marcos, por un LEÓN, porque inicia el suyo con la predicación de San Juan Bautista en el desierto y el león es el rey del desierto; a San Lucas, por un TORO, porque empieza relatando el sacrificio de Zacarías, y la víctima más corriente en los sacrificios era el toro; y, finalmente, a San Juan, por un ÁGUILA, porque ya en el prólogo de su Evangelio se eleva, como águila caudal, al seno mismo de la Divinidad, con solemne majestad: «En el principio era el Verbo y el Verbo era ante Dios y *el Verbo era Dios...*».

9. Uso de los Santos Evangelios.-

La Iglesia recomienda a los fieles la lectura de los Santos Evangelios. Pero su contenido es a veces difícil de entender, porque la inmensa mayoría de los cristianos ignora la lengua en que fueron escritos, lo mismo que la Geografía e Historia de aquella época, y más aún las reglas de interpretación para comprender los textos oscuros. Por eso debes consultar con tu profesor de Religión, tu párroco u otro sacerdote, cuando encuentres algún pasaje difícil para ti.

Los Evangelios que manejes deben llevar la aprobación de la Iglesia en las primeras páginas y notas explicativas al pie del texto. Si no las tienen son evangelios protestantes y no los puedes leer ni retener.

Debes saber que:

- A la composición de los Evangelios de San Mateo y San Lucas (en la actualidad del año 2005), se le otorga una datación posterior a la que figura en el texto, aunque sí se admite estén basados en una colección de «Dichos del Señor» de esa fecha o algo anterior.

- Los evangelios protestantes no llevan notas ni aprobación porque ellos profesan el «libre examen», en el que no se acepta otra autoridad de interpretación que la personal de cada uno.

02. NOCIONES GEOGRÁFICAS DE PALESTINA

1. Situación, límites y extensión de Palestina.-

El país en que vivió Jesús es una estrecha faja de tierra con dos límites naturales: el Mediterráneo al Oeste y el desierto siro-arábigo al Este. Al Norte limita con la cordillera del Líbano y al Sur con Idumea.

Está situado entre los grados 31-32 de latitud Norte y 34-36 de longitud Este, aproximadamente, con relación al meridiano Greenwich.

La distancia de Norte a Sur es de 230 kilómetros. La distancia de Este a Oeste varía, ya que por el Norte es sólo de unos 40 kilómetros, mientras que por el Sur llega a un máximo de 150 kilómetros.

Su extensión superficial es de 25.124 kilómetros cuadrados, de los cuales corresponden a la Cisjordania (entre el Mediterráneo y el Jordán) 15.643, y a la Transjordania (entre el Jordán y el desierto), 9.481.

2. Nombres de Palestina.-

Etimológicamente, Palestina significa «tierra de filisteos», pueblo que la ocupaba a la llegada de los hebreos.

Se le llama «Tierra de promisión», porque la prometió Dios a los Patriarcas para su descendencia; «Tierra de Canaán», porque la habitaron los descendientes de este nieto de Noé; «Tierra de Israel», porque en ella se estableció el pueblo escogido de Dios; y «Tierra Santa», porque en ella nació, vivió y murió Nuestro Señor Jesucristo.

3. El río Jordán.-

La región de Palestina está dividida de Norte a Sur por el río Jordán, único importante de Palestina, que nace en las faldas del monte Hermón y muere en el Mar Muerto.

El río Jordán da lugar a tres lagos en su recorrido: el lago Merom, de poca importancia geográfica e histórica; el lago de *Tiberíades* o de *Gennesareth*, llamado también *Mar de Galilea*, de 21 kilómetros de largo por 12 de ancho, y de gran importancia por haber tenido lugar en él diversos milagros de Jesús y otros sucesos importantes referidos en los Evangelios; y, finalmente, el *Mar Muerto*, llamado así porque no hay vida en sus aguas, a causa de su densidad y salinidad. También se llama lago *Asfaltites*.

El valle del Jordán es la mayor depresión del planeta, puesto que alcanza 793 metros bajo el nivel del Mediterráneo.

4. Montes de Palestina.-

Entre los montes citados por los Evangelios merecen citarse: el Monte Olivete, a 812 metros de altitud sobre el Mediterráneo; el Monte de la Cuarentena, a 98 metros; el Garizim, a 868; el Tabor, a 562; el Gran Hermón, el más alto de Palestina, a 2.759 metros, con nieve en su cumbre la mayor parte del año.

5. División territorial de Palestina.-

En tiempos de Jesús, Palestina estaba dividida en las siguientes provincias: Judea, Samaria, Galilea, Perea, la Decápolis y la Iturea. Las tres primeras, en la Cisjordania; Perea y la Decápolis, en la Transjordania; y la Iturea, al Norte, entre las montañas del Líbano y el Antilíbano. Al Sur de Iturea estaba Abilena, y más al SE., la Traconítide.

6. Judea.-

Era la más importante provincia de Palestina, en donde radicaba Jerusalén, la capital, centro religioso, cultural y político de todo el país. A causa del famoso y único Templo, era visitadísima por todos los judíos, aun los que habitaban en el extranjero.

Situada en la parte Suroeste, era la provincia más pobre, áspera y seca de Palestina, exceptuando Jericó, en el oasis de su nombre, junto al Jordán; Belén, con su risueño valle; y Hebrom, famosa por sus viñedos y por contener las tumbas de los antiguos Patriarcas.

7. Samaria.-

Al norte de Judea estaba la provincia de Samaria, la más pequeña de todas, no tan árida como Judea, con algunos amenos valles, como el de Sikar. La capital era Samaria, y entre sus poblaciones estaban: Cesarea, en la costa; Sebaste y Naplusa, en la falda del monte Garizim.

Los samaritanos no eran de pura raza judía. Esto, unido a que los judíos no contaron con ellos para la reedificación del Templo de Jerusalén, a la vuelta del destierro de Babilonia, determinó una ruptura de relaciones entre ambos pueblos. Los samaritanos mutilaron las Sagradas Escrituras y construyeron otro templo en el Garizim, donde daban un culto cismático al Señor.

8. Galilea.-

Al Norte de Samaria estaba Galilea, la provincia más amena y fértil de todas, con los lagos Merom y Tiberíades, llanuras riquísimas, como la de Esdrelón, y colinas abundantes en pastos para sus numerosos rebaños. También era notable su comercio, por su proximidad con Siria y Fenicia, y su industria pesquera por sus ciudades junto al mar de Galilea.

Entre las poblaciones importantes figuran Nazaret, Cafarnaúm, Magdala, Caná y Naím.

9. Perea, Decápolis e Iturea.-

La palabra Perea significa «al otro lado» porque esta provincia estaba en la Transjordania, es decir, al otro lado del Jordán. Su capital era Gadara. Al sur se encontraba la fortaleza de Maqueronte, donde se cree que fue encarcelado y decapitado San Juan Bautista.

La Decápolis, como indica su nombre, eran *diez ciudades* griegas confederadas, situadas en la Transjordania, menos Scitópolis, que estaba en la Cisjordania. Sus habitantes eran paganos y de raza y costumbres helénicas o griegas. Las principales eran Hippos, Filadelfia, Pella, Gerasa, Capitolias, Abila y Adra.

Iturea, completamente al Norte, y mayor que la Decápolis, comprendía unas treinta ciudades, cuyos habitantes eran griegos de raza y paganos de religión.

03. ASPECTO POLITICO Y RELIGIOSO DE PALESTINA

1. Estado político de Palestina al advenimiento de Jesucristo.-

A la venida de Jesucristo, hacía cuarenta y siete años que Palestina estaba sometida al Imperio romano, el cual la oprimía con fuertes tributos. Impuso en todo el país un rey extranjero, de Idumea, llamado Herodes el Grande, célebre por sus crímenes, de los que fueron víctimas sus mismos familiares.

Los judíos tenían solamente una especie de Senado, llamado Sanedrín, que cuidaba del régimen interior y la administración; pero en el fuero externo estaban sujetos a la autoridad romana. El Sanedrín se componía de setenta y un miembros, entre príncipes de los sacerdotes, doctores de la Ley y ancianos o notables, que representaban la aristocracia civil.

2. El Templo y sus dependencias.-

Los judíos tenían un solo templo en Jerusalén, dedicado al único y verdadero Dios.

El primitivo Templo de Jerusalén lo construyó el rey Salomón, y fue destruido por Nabucodonosor cuando conquistó Jerusalén, en el año 586 antes de Cristo. En tiempo de Zorobabel fue reconstruido por los judíos que volvieron de la cautividad.

Este segundo Templo fue totalmente destruido por Herodes el Grande, que lo reedificó, ampliándolo y hermoseándolo mucho, no por piedad ni religiosidad, sino para conquistarse las simpatías de los judíos, que amaban extraordinariamente su Templo. Este Templo fue el visitado por Jesús, según la profecía de Ageo.

Una de las principales dependencias del Templo era el Santuario, compuesto de dos piezas: el «Santo» y el «Santo de los Santos» o «Santísimo».

En el «Santo» estaba el altar de oro para los perfumes, el candelabro de oro de los siete brazos y la mesa para los panes de la proposición.

En el «Santísimo» del Templo de Salomón estuvo el Arca de la Alianza, que contenía las Tablas de la Ley, un vaso de maná y la vara florida de Aarón. Aquí es donde entraba una vez al año el Sumo Sacerdote para la fiesta de la Expiación.

El Templo tenía varios atrios o patios, como el «de los gentiles», donde podían entrar hasta los gentiles o no judíos. El «de las mujeres», el «de los israelitas», el «de los sacerdotes», se destinaban respectivamente a las personas indicadas, pertenecientes a la religión judaica.

En el ángulo noroeste del Templo se hallaba la torre Antonia, especie de fortaleza, donde se alojaba la guarnición romana que vigilaba el Templo.

3. Las sinagogas.-

La sinagoga era un lugar donde se reunían los judíos para orar y escuchar la lectura de la Sagrada Escritura.

Las sinagogas tienen su origen en la cautividad de Babilonia, durante la cual los judíos, privados de la visita al Templo de Jerusalén, se congregaban en casas particulares para la plegaria y la instrucción religiosa. Estas reuniones se trasladaron después a edificios públicos de arquitectura especial.

A la vuelta del destierro siguieron esta costumbre, estableciendo sinagogas en muchas poblaciones e incluso en la propia capital de Jerusalén.

Las reuniones tenían lugar los sábados y demás días festivos por la mañana y por la tarde, y eran presididas por el anciano más culto y piadoso de la localidad, llamado *archisinagogo*.

4. Los levitas, los sacerdotes y el Sumo Sacerdote.-

Los actos del culto litúrgico, sobre todo los sacrificios, eran desempeñados por los descendientes de la tribu de Leví, divididos en dos categorías: los simples levitas y los sacerdotes.

Los *levitas* ejecutaban los trabajos más bajos y pesados, y ayudaban a los sacerdotes en la preparación y realización de las funciones sagradas.

Los *sacerdotes* ejercían los ministerios ordinarios, tanto públicos como privados. Se dividían en 24 secciones o clases, que se turnaban semanalmente en el servicio del templo.

Al frente de todos, levitas y sacerdotes, estaba el *Sumo Sacerdote*, que reunía en sí la suprema autoridad religiosa y civil de la nación, ya que era el presidente del Sanedrín. En tiempos de Jesús, el Sumo Sacerdocio estaba desprestigiado, pues se llegó a comprar por dinero y era desempeñado por individuos de la secta *saducea*, incrédulos y materialistas.

5. Palestina en el orden religioso.-

En el orden religioso había tres grupos defensores acérrimos de Roma: los *saduceos*, que negaban la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos y todo el orden sobrenatural; los *herodianos*, partidarios del rey Herodes, indiferentes a todo lo religioso; y los *publicanos*, cobradores de todos los tributos exigidos por Roma. Si eran judíos, se los despreciaba como ladrones y traidores al pueblo.

Había otros cinco grupos, enemigos de Roma y defensores de la independencia judaica, que eran: los *fariseos* o *separados* de todo lo extranjero; su religiosidad era sólo externa; interiormente eran injustos, soberbios, deshonestos, «sepulcros blanqueados», como los llamó Jesús. Muy parecidos a los fariseos eran los *escribas*, que de simples copistas de las Sagradas Escrituras se hicieron intérpretes de las mismas, sembrando con sus errores gran confusión en las conciencias. Los *doctores de la Ley* eran maestros de mayor cultura que los escribas, pues habían hecho largos estudios de la Ley, bajo

la dirección de sabios profesores. Los *esenios* o *puros* eran una secta de pocos individuos que practicaban una especie de vida monástica, trabajando y comiendo en común y no casándose. Finalmente, los *zelotas*, partidarios de la acción directa, revolucionaria y guerrera contra Roma.

Para que pienses:

- *¿Puedes encontrar similitudes entre la tipología de personajes y situaciones de los tiempos de Jesús y los de hoy en día (comienzos del tercer milenio cristiano)?*

Debes saber que:

- *Las provincias ocupadas pagaban a Roma un tributo, además de peajes, aduanas, tasas, etc.*

- *La movilidad dentro del Imperio Romano era bastante fácil, debido a la denominada «paz romana».*

- *El Templo, además de ser centro religioso, también era un centro económico de primer orden, donde se realizaba un importante comercio e intercambio monetario.*

- *Recibe el nombre de «apocalíptica» una corriente ideológica de tiempos de Jesús que esperaba un futuro feliz (en contraste con la mala situación que se vivía), y la llegada de un Mesías liberador, en un sentido más universal y trascendente que el concepto judío tradicional.*

ENCARNACIÓN, INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

04. PREPARACIÓN DE LA VENIDA DE JESÚS AL MUNDO

1. La Virgen María.-

El profeta Isaías había anunciado que el Mesías nacería de madre virgen. En efecto, la madre de Nuestro Señor Jesucristo fue la Santísima Virgen María, cuyos padres se llamaron Joaquín y Ana, pertenecientes a la familia real de David, como también había profetizado Jeremías.

Para que la Virgen María fuese digna madre de Jesús, Dios la preservó desde el primer instante de su ser de la mancha del pecado original, en lo cual consiste el privilegio de su Inmaculada Concepción. También la hizo llena de Gracia y exenta de todo pecado, aun venial.

La Virgen María nació en Jerusalén, y a los tres años fue presentada y ofrecida al Señor en el Templo, donde permaneció hasta sus desposorios con San José, recibiendo una esmerada instrucción y educación en compañía de otras niñas, bajo la vigilancia y dirección de santas mujeres.

Unida en matrimonio con San José, permaneció siempre virgen. No se separó de Jesús durante su infancia y vida oculta, hallándose presente en muchos episodios de su vida pública, en su Pasión y en su muerte en la Cruz.

A la muerte de Jesús, vivió en compañía de San Juan, el discípulo amado, muriendo en Jerusalén o quizá en Éfeso, de cuya Iglesia fue Obispo el citado Apóstol y Evangelista.

Es dogma de fe que María Santísima fue asunta en cuerpo y alma a los Cielos, en donde es abogada nuestra y medianera de todas las gracias.

2. San José.-

El bendito Patriarca San José era también de la estirpe real de David, y ejercía el humilde oficio de carpintero en la pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazaret.

El Evangelio lo llama «justo», lo cual es sinónimo de perfecto en toda clase de virtudes.

El Señor le confirió la mayor dignidad que pudo tener hombre alguno, pues lo hizo esposo de la Santísima Virgen María, y padre legal de Jesús. Ser padre legal de Jesús quiere decir que, aunque no era padre natural de Jesucristo, era, sin embargo, tenido comúnmente como tal, porque cumplía con Él los oficios de padre. En efecto: cuidó de su sustento durante su infancia, lo defendió de la ira de Herodes y lo asistió en todo momento con diligencia e interés de verdadero padre.

Asimismo trató a la Santísima Virgen María con respetuoso afecto y la sirvió con exquisita fidelidad, mereciendo la dicha de morir rodeado de Jesús y María. Por eso es Abogado de la buena muerte y Patrón de la Iglesia Universal.

3. Los padres del Bautista.-

El sacerdote Zacarías, del turno de Abías, estaba casado con Isabel, de la familia de Aarón, que era, como él, piadosa y observante de los preceptos de Dios. Vivían tristes porque no tenían hijos ni esperaban tenerlos, por ser ambos de edad muy avanzada.

Estando Zacarías en el «Santo» ofreciendo el incienso, como de costumbre, un ángel se le apareció de pronto a la derecha del altar, dejándole sobrecogido de espanto. Mas el ángel dijo:

«No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido despachada, y tu mujer, Isabel, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan, el cual será para ti objeto de gozo y júbilo, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque ha de ser grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo, delante del cual irá él, revestido del espíritu y de la virtud o celo de Elías, para reunir los corazones de los padres o patriarcas con los de los hijos y conducir los incrédulos a la prudencia y fe de los antiguos justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto» (San Lucas 1, 13-17).

La promesa de un hijo, que además había de ser Precursor del Mesías, era tan halagadora para el anciano Zacarías, que no la creyó y pidió al ángel una señal que lo convenciera de la verdad de sus palabras. El ángel le dijo:

«Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva, y he aquí que desde ahora te quedarás mudo hasta el día en que estas cosas sucedan, porque no has creído en mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo» (San Lucas 1, 19-20).

En efecto, Zacarías perdió inmediatamente el habla en castigo a su incredulidad: ésta fue la señal que le dio el ángel.

Como la incensación duraba más que de ordinario, los asistentes al Templo empezaron a inquietarse. Salió, por fin, Zacarías, dando a entender por señas que había tenido una visión y que no podía hablar por haber quedado mudo. Al terminar la semana de servicio en el Templo, marchó a su casa, situada en un pueblecito de las montañas de Judea, Ain-Karim, a unos siete kilómetros de Jerusalén.

Y como anunció el ángel, así sucedió: Isabel, su esposa, anciana y estéril, concibió un hijo, con lo que se llenó de alegría.

4. La Anunciación de María.-

Seis meses después, el Señor vuelve a enviar al ángel Gabriel a Nazaret, donde vivía María, prometida de José.

Entrando de repente en el aposento de la Virgen, el ángel la saluda respetuosamente, diciendo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres». Al oír tales palabras, la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. Y el ángel le dijo:

«¡Oh María! No temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábetete que has de concebir en tu seno, y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (San Lucas 1, 30-33).

Ante estas palabras, que encerraban para María la promesa de ser la Madre del Mesías, la Virgen pide al ángel una explicación, no una señal, como Zacarías: «¿Cómo será esto?» Porque María tenía hecho voto de virginidad. A lo cual respondió el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el fruto santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios». Anuncia luego a María que su prima Isabel tendrá muy pronto un hijo, a pesar de sus muchos años, «porque para Dios nada es imposible». Ante estas palabras, María da su consentimiento, diciendo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

El ángel desapareció y en aquel instante «el Verbo se hizo carne» en las purísimas entrañas de María Santísima.

5. Visitación de María a Isabel: «El Magnificat».-

Conocedora María del prodigio obrado en su prima Isabel, decidió ponerse en camino para felicitarla, y asistirle. Desde Nazaret se dirigió a Ain-Karim, en las montañas de Judá, donde vivía Zacarías. Así que entró en casa de Isabel, la saludó con gran cariño. Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo. exclamó al verla:

«¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí tanto honor, que venga la Madre de mi Señor a visitarme? He aquí que al llegar a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el hijo que llevo en mis entrañas.

¡Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho por parte del Señor!» (San Lucas 1, 42-45).

María contestó a estas alabanzas con el suave cántico llamado «Magnificat», en el que reconoce, llena de humildad y agradecimiento, el gran beneficio que Dios le ha hecho al escogerla como Madre del Mesías:

«Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios, salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (San Lucas 1, 46-48).

María se quedó en casa de Isabel por espacio de tres meses, hasta que nació Juan el Bautista, Precursor del Mesías. Y cumplido este caritativo deber, volvió a Nazaret.

«A Isabel se le cumplió el tiempo de su parto y dio a luz un hijo. Y se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor había usado con ella de gran misericordia, y le daban el parabién. Y acaeció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías. Intervino su madre, diciendo:

—No, sino que se llamará Juan.

Dijéronle:

—Nadie hay de tu familia que se llame con ese nombre.

Hacían señas a su padre sobre cómo quería que se llamase. Él, pidiendo una tablilla, escribió en estos términos: "Juan es su nombre." Y se maravillaron todos. Abrióse su boca de improviso, y su lengua quedó expedita, y hablaba bendiciendo a Dios. Y se espantaron todos los que vivían en su vecindad, y en toda la montaña de la Judea se divulgaban todas estas cosas, y todos los que las oían las guardaron en su corazón diciendo: "¿Qué será, pues, este niño?" Porque, a la verdad, la mano del Señor estaba con él.

Y Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y ha redimido a su pueblo...”» (San Lucas 1, 57-68).

El evangelista San Lucas termina el relato sobre el nacimiento del Bautista con estas palabras: «El niño Crecía y se fortalecía en el espíritu y habitó en los desiertos hasta el día en que debía darse a conocer a Israel» (San Lucas 1, 80). Estos desiertos eran desoladas tierras al sureste de Jerusalén, denominadas «el desierto de Judea».

05. NACIMIENTO DE JESÚS

1. El edicto de César Augusto.-

El emperador romano César Augusto ordenó hacer un censo o empadronamiento de todos los habitantes de su extenso imperio para saber el número exacto de sus vasallos. Este empadronamiento se debía hacer por familias, debiendo acudir cada cual al lugar de donde era originario el cabeza de su linaje. Como María y José eran descendientes de David y este rey era natural de Belén de Judá, se dirigieron a esta pequeña aldea, situada a unos nueve kilómetros al sur de Jerusalén, desde Nazaret, donde vivían.

Este es el modo de que el Señor se sirvió para que se cumpliese la profecía de Miqueas, que anunció el nacimiento del Mesías en Belén de Judá. (Miqueas 5, 1).

2. Nacimiento de Jesús.-

Al llegar José y María a Belén, después de haber recorrido unos 150 kilómetros, no encontraron hospedaje en ninguna casa ni posada del pueblo, por ser numerosísimos los que acudían a empadronarse por aquellos días. En las afueras del pueblo había una gruta o cueva natural que servía de establo al ganado. Allí se tuvieron que refugiar.

El nacimiento de Jesús tuvo lugar a medianoche. El evangelista San Lucas lo describe con admirable sencillez, diciendo:

«Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de Siria, y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su estirpe.

José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en

Judea, para empadronarse con María, su esposa la cual estaba encinta. Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y dio a luz a su hijo primogénito, y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón» (San Lucas 2, 1-7).

La tradición nos dice que en la cueva de Belén había una mula y un buey. Lo que sí es cierto es que el lugar era pobre y retirado, y que Jesús empezaba así a darnos ejemplo de pobreza y recogimiento.

ENSEÑANZAS: Después del nacimiento de Jesús, María quedó Virgen intacta, como lo fue antes y en el nacimiento mismo de su divino Hijo, el cual «nació sobrenatural y milagrosamente, como fue concebido».

3. Adoración de los pastores.-

Los primeros y más puros actos de amor y adoración los recibió Jesús de María, su madre, y de José, su padre legal. Pero quiso también recibirlos de unos sencillos y pobres pastores que guardaban sus rebaños por aquellos contornos. El clima de la región es muy suave y permite pasar la noche al aire libre en pleno invierno a los pastores, curtidos por el viento y el sol.

San Lucas refiere así la conmovedora escena:

«Estaban velando unos pastores, y haciendo centinela de noche, sobre su grey. Cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual les llenó de sumo temor. Dijoles entonces el ángel: “No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor nuestro. Y sírvaos de señal, que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre”. Al punto mismo se dejó ver, con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: “Gloría a Dios en lo alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”» (San Lucas 2, 8-14).

Cuando los ángeles se apartaron y volaron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, y veamos este suceso prodigioso... que el Señor nos ha manifestado». Fueron a toda prisa y hallaron a María, a José y al Niño reclinado en un pesebre. Llenos de admiración y de cariño, lo adoraron, le ofrecieron sus sencillos y pobres regalos (lana, leche, queso, etc.), y se volvieron a sus majadas alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían oído y visto, que coincidía con el anuncio del ángel.

4. Circuncisión de Jesús.-

El Señor impuso a Abraham la circuncisión de todos los hijos varones del pueblo hebreo, en señal de alianza entre Dios y el patriarca. Esta ceremonia religiosa hacia al niño miembro del pueblo escogido, lo mismo que el Bautismo nos hace miembros de la Iglesia de Cristo. Se celebraba a los ocho días del nacimiento, y consistía en hacer al niño una pequeña operación que hacía correr algunas gotas de sangre.

ENSEÑANZAS: Jesucristo quiso someterse a la circuncisión para dar ejemplo de obediencia a la ley y amor a los hombres, a quienes venía a redimir y por quienes ya derramaba su sangre preciosa.

Al ser circuncidados, los niños recibían Un nombre. Al hijo de María le fue impuesto el nombre de Jesús, conforme anunció el ángel tanto a María como a José. Jesús significa «Salvador», porque venía a salvar o librar a los hombres de sus pecados (San Lucas 2, 21).

5. Purificación de María y presentación de Jesús en el Templo.-

Dios mandó a Moisés que toda mujer que tuviese un hijo se presentase a los cuarenta días en el Templo de Jerusalén para purificarse. Si era el primer hijo (primogénito), debía ser consagrado al Señor y luego rescatado mediante el pago de cinco siclos de plata, ofreciendo, además, sus padres, en sacrificio, un cordero, si eran ricos, o un par de palomas, si eran pobres.

Ni la Virgen María ni el Niño Jesús estaban obligados a la Ley de la Purificación; María, por haber concebido por obra del Espíritu Santo, y Jesús, por ser Dios. Sin embargo, quisieron someterse a ella para darnos ejemplo de humildad y obediencia a las leyes.

«Y cuando se les cumplieron los días de la purificación según la ley de Moisés (Lev. 12, 6), le subieron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la Ley del Señor que “todo primogénito del sexo masculino será consagrado al Señor” (Ex. 13, 2; 12, 15), y para ofrecer como sacrificio, según lo que se ordenaba en la Ley del Señor, “un par de tórtolas o dos palominos” (Lev. 12, 8; 5, 11).

Y he aquí que había un hombre en Jerusalén por nombre Simeón. Y era este hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él; y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Ungido del Señor. Y vino al templo impulsado por el Espíritu. Y cuando sus padres introducían al niño Jesús para cumplir las prescripciones usuales de la ley tocantes a Él, Simeón le recibió en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

“Ahora dejas ir a tu siervo, Señor,
según tu palabra, en paz;
pues ya vieron mis ojos tu salud,
que preparaste a la faz de todos los pueblos:
luz para iluminación de los gentiles,
y gloria de tu pueblo Israel.”

Y el padre y la madre del niño estaban maravillados de las cosas que se decían de él. Y les bendijo Simeón, y dijo a María, su madre: “He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a quien se contradice —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que salgan a luz los pensamientos de muchos corazones.”» (San Lucas 2, 22-36).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras profetiza Simeón la Pasión de Jesús y los Dolores de Su Santísima Madre, asociada tan de cerca a la obra de la Redención.

También una piadosa anciana, llamada Ana, hija de Fanuel, que pasaba los días y las noches en el Templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones, se encontró con la Sagrada Familia y unió sus alabanzas a las de Simeón, hablando del Niño Jesús a todos los que esperaban la redención de Israel.

06. INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

1. Adoración de los Magos.-

El real profeta David anunció que el Mesías sería adorado y obsequiado por Reyes venidos de Oriente. En efecto: Después de haber recibido Jesús la adoración de los sencillos pastores de Belén, fueron conducidos milagrosamente por una estrella hasta los pies del Divino Niño unos paganos llamados Magos, procedentes de Oriente. Llegaron a Jerusalén, preguntaron:

«¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle.” Al oírlo, turbóse Herodes y toda Jerusalén, y congregando a los pontífices y letrados del pueblo, anduvo preguntándoles:

“¿Dónde nace el Cristo?” Ellos dijeron: “En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta: «Tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre los pueblos de Judá, porque de ti saldrá el guía que apacentará a mi pueblo, a Israel».”

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, informóse cuidadosamente de ellos a cerca del tiempo de la aparición de la estrella, y enviándolos a Belén les dijo: “Id y buscad diligentemente al niño, y cuando lo encontréis avisadme, para que yo también vaya a adorarle”. Ellos, que oyeron al rey, pusiéronse en camino; y he aquí que la estrella que vieron en Oriente marchaba delante de ellos hasta que llegó y se paró encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se alegraron muchísimo. Entraron en la casita; vieron al niño con María, su madre, y, postrándose, le adoraron; luego, abriendo sus tesoros, ofreciéronle dones: oro, incienso y mirra. Avisados en sueños de no volver a Herodes, por otro camino tornáronse a su tierra» (San Mateo 2, 2-12).

No sabemos exactamente el número ni el nombre de los Magos. Se cree que fueron tres, como tres fueron los dones ofrecidos. Los

nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar datan de una tradición del siglo IX.

ENSEÑANZAS: Según interpretan los doctores de la Iglesia, por el oro reconocían los Magos a Jesús como rey; por el incienso, como Dios; y por la mirra, como Hombre, sujeto a la muerte, ya que la mirra se empleaba para embalsamar los cadáveres.

2. Huida a Egipto de la Sagrada Familia.-

Herodes quería conocer el sitio donde nació Jesús para deshacerse de él. Por ello, el Señor avisó a los magos que no volvieran por Jerusalén.

Ya que marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José, y le dice: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te diga, porque Herodes buscará al niño para matarle». Levantóse, pues, tomó al niño y a su madre, y de noche marchó a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por boca del profeta (Oseas 9, 1):

«Yo llamé de Egipto a mi Hijo» (San Mateo 2, 13-15).

Muy dura y penosa era la orden de destierro; pero la Sagrada Familia la cumplió al punto. Preparado el hatillo con los ropas y enseres imprescindibles, y cargándolo sobre el indispensable jumentillo, la Sagrada Familia se dirigió a Egipto, estableciéndose en Menfis o viejo Cairo, durante un año largo o, lo más, dos.

ENSEÑANZAS: Obedece tú también lo que te manden tus padres y profesores, aunque sus órdenes te parezcan duras y molestas a veces.

3. Degollación de los Inocentes, muerte de Herodes y regreso a la Patria.-

Viendo Herodes que los Magos no volvían, se irritó sobremanera y envió a Belén a sus guardas con la orden terminante de asesinar a

todos los niños varones menores de dos años de aquel pueblecillo y de sus contornos. La matanza fue ejecutada, pereciendo así unos veinticinco niños, a los que la Iglesia venera como mártires, pues fue la suya la primera sangre derramada por Jesucristo. Su fiesta se celebra el 28 de diciembre con el nombre de «Santos Inocentes».

«Luego, después de la muerte de Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciéndole: “Levántate, y toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban a la vida del niño”. José, levantándose, tomó al niño y a su madre y vino a tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado entre sueños, retiróse a tierra de Galilea. Y vino a morar en una ciudad llamada Nazaret; cumpliósese de este modo el dicho de los profetas: “Será llamado Nazareno”» (San Mateo 2, 19-23).

En la apacible ciudad de Nazaret pasó tranquilamente su juventud hasta el día que comenzó su vida pública. Allí «iba creciendo y fortaleciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él» (San Lucas 2, 40).

4. Jesús en el Templo a los doce años.-

De la vida privada de Jesús en Nazaret sólo conocemos dos detalles que nos proporciona San Lucas, el evangelista de la infancia de Jesús: el episodio, lleno de sublimes enseñanzas, de su pérdida y hallazgo en el Templo de Jerusalén y su crecimiento y desarrollo físico, como el de los demás niños de su edad, unido a un aumento de sabiduría y gracia.

San Lucas lo refiere así:

«Iban sus padres todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de pascua. Y siendo ya el Niño de doce años cumplidos, habiendo subido a Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien: persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y

conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, a quienes escuchaba y preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues; sus padres quedaron maravillados. Y su madre le dijo:

“Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando”. Y Él respondió: “¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?” Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta» (San Lucas 2, 41-50).

ENSEÑANZAS: Grandes enseñanzas contiene este suceso de la infancia de Jesús: las primeras palabras suyas que recoge el Evangelio, son para enseñarnos que su mayor cuidado era el servicio de su Padre celestial.

5. Vida oculta en Nazaret. Ejemplos que nos da en estos años.-

En seguida se fue con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús, entretanto, crecía en sabiduría, en edad y gracia delante de Dios y de los hombres. (San Lucas 2, 51-52).

La vida de Jesús en Nazaret fue vida de sumisión y de obediencia a sus padres: «les estaba sujeto»; vida recogida, oculta; vida de trabajo, ayudando a San José en el humilde oficio de carpintero; vida de estudio, común con los niños de su edad y condición; vida de oración y de unión íntima con su Eterno Padre.

ENSEÑANZAS: Aprended la lección que os da Jesús e imitad su conducta, siendo en todo obedientes a vuestros padres y profesores; estudiosos y devotos.

07. PERIODO PREPARATORIO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

1. Comienzo de la vida pública de Jesús.-

Llegado Jesús a la edad de treinta años y muerto ya San José, cierra el taller de carpintero, se despide de su Madre Santísima y comienza su vida pública.

La vida pública de Jesús comprende un periodo preparatorio y los tres años que median entre el 779 y el 782 de la fundación de Roma: El periodo preparatorio incluye el Bautismo de Jesús en el Jordán, el ayuno y las tentaciones en el monte de la Cuarentena, la elección de los primeros discípulos, el primer milagro en las bodas de Caná de Galilea y su viaje a Cafarnaúm, pasando por Nazaret.

2. Aparición de Juan el Bautista.-

Según había profetizado Malaquías, el Mesías tendría un Precursor. Este fue Juan el Bautista, el hijo de Zacarías e Isabel. Los años que Jesús pasó en Nazaret, dedicado al trabajo, oración y obediencia, los pasó Juan el Bautista en el desierto de Judea, en completa soledad, viviendo vida de gran penitencia:

«vestido con pieles de camello, con un cinturón de cuero a la cintura, sustentándose de langostas o saltamontes y miel silvestre» (San Marcos 1, 6.)

«Y al llegar el año décimoquinto del reinado de Tiberio César, gobernando la Judea Poncio Pilatos, siendo tetrarca de la Galilea Herodes Antipas y Sumos Sacerdotes Anás y Caifás, la palabra de Dios fue dirigida a Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto» (San Lucas 3, 1-2).

3. Predicación del Bautista.-

Con su vestido salvaje y curtido por los aires y calores del desierto, irrumpe el Bautista en las ciudades y aldeas situadas en la ribera del Jordán, predicando «un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados».

Su predicación comprendía estos puntos: *Penitencia*: «Haced frutos dignos de penitencia» (San Mateo 3, 8); *Caridad*: «Él que tenga dos vestidos, dé al que no tenga ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer» (San Lucas 3, 11); *Humildad*: «No andéis diciendo: Tenemos a Abraham por padre» (San Lucas 3, 8); a los publicanos mandaba *justicia*: «No exijáis más de lo que esté ordenado» (San Lucas 3, 13); a los soldados, *paciencia*: «Contentaos con vuestras pagas y no engañéis a nadie» (San Lucas 3, 14), etc.

Recomendaba también a todos «preparar los caminos del Señor y enderezar sus sendas», advirtiéndoles que él no era el Mesías, sino que «en pos de él venía uno que era más poderoso que él, a quien no era digno de desatar la, correa de sus zapatos»; éste era Jesús (San Lucas 3, 16).

4. Bautismo de Jesús.-

Un día, mezclado entre el gentío, se presentó Jesús en la ribera del Jordán a ser bautizado por Juan. Había dejado Nazaret y, en compañía de otros galileos, acudía a la predicación de su pariente, a quien no conocía aún. San Mateo nos describe la escena del Bautismo de Jesús con estas palabras:

«Entonces preséntase Jesús desde la Galilea en el Jordán, para ser bautizado por él. Y Juan quiso impedirlo, diciendo: “Yo he menester de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” Respondióle Jesús: “Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia”. Entonces le dejó. Bautizado que fue Jesús, al punto alzóse del agua, y he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios bajando como una paloma y viniendo sobre Él; y oyóse una voz de los cielos, que decía: “Éste es mi Hijo, el amado, en el que me recreo”» (San Mateo 2, 13-17).

ENSEÑANZAS: *El Bautismo de Jesús fue una divina lección de humildad. Pero como «todo el que se humilla será ensalzado», por eso el Padre celestial ensalzó a Jesús, diciendo: «Éste es mi Hijo muy amado».*

5. Ayuno y tentaciones de Jesús en el desierto.-

Inmediatamente después del bautismo de Jesús en el Jordán, hecho que tuvo lugar a la altura de Jericó, se retiró a un monte distante sólo unos cuantos kilómetros de allí, llamado de la Cuarentena, situado en el desierto de Judea, donde pasó en absoluta soledad cuarenta días y cuarenta noches, morando entre las fieras y no tomando ninguna clase de alimento. Pasados aquellos días, Jesús tuvo hambre, y con ese motivo el diablo se le presentó y lo tentó con aquellas palabras:

«“Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes.” Mas Jesús le respondió: “Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra o disposición que sale de la boca de Dios”.

Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad de Jerusalén y le puso sobre lo alto del Templo, y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito: Que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en las palmas de sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra”. Replicóle Jesús: “No tentarás al Señor tu Dios”.

Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: “Todas estas cosas te daré, si, postrándote delante de mí, me adorares”. Respondióle entonces Jesús: “Apártate de mí, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tuyo y a él sólo servirás”.

Con eso le dejó el diablo y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían (San Lucas 4, 1-12; y San Mateo 4, 11).

ENSEÑANZAS: *Nos enseñan las tentaciones de Jesús: 1º, que nosotros seremos tentados, y por eso no debemos preocuparnos, ya que Jesucristo, Hijo de Dios, fue también tentado. 2º, que la*

tentación no es pecado, ya que Jesucristo era impecable y fue tentado. 3º, lo que sí es pecado es consentir en la tentación; Jesús no consintió, sino que rechazó al tentador. 4º, que esto mismo podemos y debemos hacer nosotros, rechazar las tentaciones con la oración, la mortificación y la invocación del Santo nombre de Jesús.

6. Embajada del Sanedrín al Bautista.-

Mientras Jesús estaba en el Monte de la Cuarentena, Juan el Bautista seguía predicando y bautizando por las ciudades ribereñas del Jordán. Le seguía tanta gente y hacía tantas conversiones, que muchos le creían el Mesías. Esto movió a los fariseos a enviarle una comisión de sacerdotes y levitas para preguntarle quién era. Él, con gran sinceridad y humildad, contestóles que no era el Cristo, ni Elías, ni el Profeta, sino «la voz que clama en el desierto: Preparad los caminos del Señor» (San Juan 1, 23). Al preguntarle de nuevo que por qué bautizaba, si no era el Mesías, ni Elías, ni el Profeta, él respondió:

«Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros hay uno que no conocéis. Él es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato» (San Juan 1, 26-27).

7. Primeros discípulos de Jesús.-

Dos días después dijo el Bautista de Jesús, viéndolo pasar, estas palabras: «He aquí el Cordero de Dios».

Entre los que oyeron estas palabras estaba Andrés, hermano de Simón Pedro, y Juan, el Evangelista que narra estos hechos. Iban detrás de Jesús, quien, al verlos, les preguntó: «¿A quién buscáis?» Ellos, a su vez, le dijeron: «Maestro, ¿dónde habitas?» Jesús les dijo: «Venid y ved». Y les condujo a su casa, estándose con Él todo aquel día.

De regreso, Andrés se encontró con su hermano Simón, y le dijo: «Hemos visto al Mesías». Lo presentó a Jesús y Éste le dijo, fijando en él sus ojos: «Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás

llamado Cefas, que quiere, decir Pedro o Piedra». Con estas palabras profetiza Jesús el primado sobre toda la Iglesia que había de dar más tarde al Apóstol San Pedro.

Al día siguiente se dirigía Jesús hacia Galilea, acompañado de Pedro y Andrés, su hermano, Juan y quizá su hermano Santiago, cuando se encontró a Felipe, natural de Betsaida, patria de Pedro y Andrés. Jesús le dijo sencillamente: «Sígueme». San Felipe le siguió.

Poco tiempo después, Felipe se encontró a un amigo, llamado Natanael, probablemente Bartolomé, natural de Caná de Galilea, y le dijo: «Hemos encontrado a Aquél de quien escribió Moisés en la Ley y anunciaron los Profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José». Natanael le preguntó, con cierta ironía: «¿Pero de Nazaret puede salir algo bueno?» «Ven y verás», díjole Felipe. Cuando Jesús vio venir hacia sí a Natanael, dijo de él estas palabras, llenas de alabanza: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño». «¿De dónde me conoces?», le dice Natanael. Jesús le responde: «Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, yo te había visto». Natanael comprendió perfectamente que Jesús tenía un conocimiento sobrenatural de las cosas, y no pudo menos que exclamar: «¡Oh Maestro mío! Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel.» «Mayores cosas verás», le dijo Jesús (San Juan 1, 35-50).

Así, pues, los primeros discípulos de Jesús fueron: Andrés, Juan, Pedro, Santiago, Felipe y Bartolomé.

8. Primer milagro de Jesús en las bodas de Caná.-

Jesús no tuvo ningún inconveniente en asistir a unas bodas que se celebraron en Caná de Galilea, lugar de nacimiento de Natanael, tomando parte en el convite y obsequiando a los nuevos esposos con un milagroso regalo. He aquí cómo refiere este suceso el Evangelista San Juan, probable testigo presencial del mismo:

«Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la madre de Jesús. Fue convidado a las bodas Jesús con sus discípulos Y como viniese a faltar el vino, dijo a Jesús su madre: “No tienen vino”. Respondióle Jesús: “Mujer, ¿qué

nos va a mí y a ti?, aún no es llegada mi hora”. Dijo entonces su madre a los sirvientes: “Haced lo que Él os dirá”. Estaban allí seis tinajas de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: “Llenad de agua aquellas tinajas”. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: “Sacad ahora en algún vaso, y llevadle al maestresala”. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado, llamó al esposo y le dijo: “Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último”. Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron más en Él» (San Juan 2, 1-11).

ENSEÑANZAS: Este milagro primero de Jesús contiene muchas y provechosas enseñanzas, de las cuales son éstas las principales: 1ª, Omnipotencia de Jesús, que cambia la sustancia de las cosas; 2ª, influencia de la Santísima Virgen María, que obligó a Jesús a realizar su primer milagro, y 3ª, ternura del corazón de María hacia los hombres, sus hijos espirituales; pues es «mediadora universal en Dios y los hombres».

9. Jesús se dirige a Cafarnaúm.-

Después de esto, nos dice el Evangelista San Juan, Jesús se dirigió a Cafarnaúm, acompañado de su Madre, sus parientes que asistieron a las bodas y sus discípulos, permaneciendo allí unos cuantos días, ya que se acercaba la Pascua y había de pasarla en Jerusalén.

Cafarnaúm fue desde entonces el centro de la actividad apostólica de Jesús, que la escogió para vivir la mayor parte del tiempo, de su vida pública, hasta el punto de llamarla San Mateo «su ciudad».

Debes saber que:

- El vino, en la cultura judía, representa o simboliza la alegría.

PRIMER AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

08. PRIMERA PASCUA DE JESÚS EN JERUSALÉN

1. La fiesta de la Pascua.-

La fiesta de la Pascua era la principal de los judíos. Se celebraba el día 14 del mes de Nisán (correspondiente a la mitad de nuestro marzo y la mitad de nuestro abril), en memoria del paso del Ángel exterminador que mató a los primogénitos de los egipcios, librándose los judíos mediante una señal de sangre de un cordero, hecha en las puertas de sus casas.

Cada familia ofrecía el sacrificio de un cordero en el Templo, cordero que era asado aquella misma tarde para la cena pascual en cada casa.

2. El tráfico en el Templo.-

Para facilitar a los judíos la adquisición de las víctimas para los sacrificios en el Templo, los sacerdotes permitían la venta de terneros, corderos y palomas en el atrio exterior o «de los gentiles». Allí tenían también instaladas sus mesas los cambistas de dinero extranjero por el nacional, único que servía para el pago del tributo anual al Templo. En las grandes solemnidades, penetraban mercaderes y mercancías en los atrios interiores del Templo, infestándolo de suciedad. La administración del Templo obtenía grandes ingresos con este tráfico.

3. Jesús se presenta en Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Los vendedores expulsados del Templo.-

Desde Cafarnaúm, donde pasó Jesús unos días, se dirigió a Jerusalén, con motivo de la solemnidad de la Pascua. Al subir al Templo y ver el espectáculo bochornoso del tráfico de animales y dinero y oír el griterío de los vendedores y cambistas, hizo un látigo de las cuerdas que por allí encontró y a latigazos disolvió el mercado, arrojando fuera a hombres y animales, tirando el dinero de las mesas de cambio y dando suelta a las palomas. San Juan nos describe esta escena en los siguientes términos:

«Estaba ya cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontrando en el templo gentes que vendían bueyes y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó a todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas, y hasta a los que vendían palomas les dijo: “Quitad eso de aquí, y no queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico”. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito (Ps. 68, 10): “El cielo de tu casa me tiene consumido”.

Pero los judíos se dirigieron a él, y le preguntaron: “¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas?” Respondióles Jesús: “Destruid este templo y yo en tres días lo reedificaré”. Los judíos le dijeron: “Cuarenta y seis años se han gastado en la reedificación de este templo, ¿y tú lo has de levantar en tres días?” Mas él les hablaba del templo de su cuerpo. Así, cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos hicieron memoria de que lo dijo por eso, y creyeron con más viva fe a la Escritura y a las palabras de Jesús» (San Juan 2, 13-22).

ENSEÑANZAS: Este episodio nos enseña el gran respeto que debemos al templo, casa de Dios. No digamos ni hagamos en él nada inconveniente. Es casa de oración: oremos.

También contiene esta página evangélica la primera profecía de Jesús sobre su muerte y resurrección.

4. Conversación de Jesús con Nicodemo.-

Había en Jerusalén un hombre, perteneciente a la secta de los fariseos, doctor de la Ley y miembro del Sanedrín. Habiendo oído los prodigios obrados por Jesús, vino a Él de noche, por miedo a ser reconocido. Comenzó diciéndole estas palabras: «Maestro: sabemos que has venido de parte de Dios para enseñarnos, pues nadie puede hacer los milagros que Tú haces, si Dios no está con él». Jesús le respondió: «En verdad te digo que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios». Nicodemo pidió a Jesús le aclarase esta frase, preguntándole: «¿Cómo puede un hombre nacer, siendo ya viejo? ¿Acaso podrá volver al seno de su madre para renacer?» Jesús le habla entonces de un nacimiento distinto del natural, es decir, del nacimiento espiritual por el Bautismo de agua y la gracia del Espíritu Santo: «Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios» (San Juan 3, 1-8).

En seguida hace Jesús otro anuncio de su Pasión y Muerte: «Así como Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es necesario que sea puesto en alto el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él alcance la vida eterna.

Porque así amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna» (San Juan 3, 14-16).

5. Encarcelamiento del Bautista.-

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea en aquel entonces, vivía amancebado con Herodías, mujer legítima de su hermano Herodes Filipo, hijo, como Antipas, de Herodes el Grande, del que hablamos en la lección VI. El Bautista echó en cara al tetrarca esta manera deshonesto de vivir, diciendo en sus predicaciones: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano» (San Marcos 4, 18). Por esto, y a instigación de los envidiosos fariseos, Herodes Antipas detuvo a Juan Bautista y lo encarceló en la fortaleza de Maqueronte, destinada a presos políticos y situada en medio de una región inhabitada, al este del mar Muerto.

6. Jesús regresa a Galilea. Encuentro con la Samaritana.-

Huyendo de la envidia de los fariseos y temiendo que el tetrarca Antipas hiciera con Él lo que con Juan Bautista (San Juan 4, 1; y San Mateo 4, 12), Jesús abandonó la Judea y regresó a Galilea.

De los distintos caminos escogió Jesús el más corto, que, partiendo de las sierras de Judea, atravesaba la provincia de Samaria, si bien el más frecuentado era el que corría paralelo al Jordán, por su orilla izquierda.

Fatigado del camino y sofocado por el calor, llegó a la vista de la ciudad de Sikar, sentándose a descansar en el brocal del histórico pozo de Jacob. Los discípulos se llegaron a la ciudad a comprar víveres para comer, dejando solo a Jesús. Pronto su soledad se vio turbada por la llegada de una mujer, que, provista de un cántaro, se dirigía al pozo para sacar agua. Cuando la hubo sacado, Jesús dijo: «Dame de beber». Pero dejemos la palabra al evangelista San Juan, quien, en el capítulo IV de su Evangelio, refiere en estos términos este bellissimo episodio:

«La mujer samaritana le respondió: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” Porque los judíos no se comunican con los samaritanos. Díjole Jesús en respuesta: “Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», puede ser que tú le hubieras pedido a Él y te hubiera dado agua viva”.

Dícele la mujer: “Señor, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo, ¿dónde tienes, pues, ese agua viva? ¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados?” Respondióle Jesús: “Cualquiera que beba de este agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed; antes, el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que saltará hasta la vida eterna”. La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed, ni haya de venir aquí a sacarla”. Jesús le dijo: “Anda, llama a tu marido y vuelve acá”. Respondió la mujer: “No tengo marido”. Dícele Jesús: “Tienes razón

en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es marido tuyo: en eso verdad has dicho”.

Díjole la mujer: “Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros, los judíos, decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar”. Respóndele Jesús: “Mujer, créeme a mí: ya llega el tiempo en que ni precisamente en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle”. Dícele la mujer: “Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo); cuando venga, pues, Él nos lo declarará todo”. Y Jesús responde: “Ése soy yo, que habla contigo”.

En esto llegaron sus discípulos, y se extrañaban que hablase con aquella mujer. No obstante, nadie le dijo: “¿Qué le preguntas, o por qué hablas con ella?”

Entretanto, la mujer, dejando allí su cántaro, se fue a la ciudad, y dijo a las gentes: “Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será quizá éste el Cristo?” Con eso salieron de la ciudad y vinieron a encontrarle» (San Juan 4, 7-30).

ENSEÑANZAS: Las enseñanzas que se desprenden de este coloquio de Jesús con la samaritana son: 1ª, la divinidad de Jesucristo probada por sus palabras: «El Mesías o Cristo, ese soy yo, que habla contigo»; y por el conocimiento de los secretos de aquella mujer: «Cinco maridos has tenido, etc.»; 2ª, la doctrina de Jesucristo y la fe en Él calman toda sed de ciencia y felicidad; 3ª, hemos de adorar a Dios, no sólo con culto externo, sino con el corazón e interiormente.

7. De Samaria a Galilea. Curación del hijo de un Régulo.-

Después de pasar unos días entre los samaritanos, convirtiendo a muchos de ellos, Jesús se dirigió a Galilea.

Al llegar a Caná, donde hizo su primer milagro, realiza otro estupendo en la persona del hijo de un Régulo o funcionario de la Casa Real de Herodes Antipas, el cual yacía gravemente enfermo en Cafarnaúm. Al oír el Régulo que Jesús venía de Judea a Galilea, se dirigió a Caná a toda prisa (hay unos 30 kilómetros de distancia), y le rogó que bajara a curar a su hijo, que estaba moribundo. Jesús le dijo: «Si no veis milagros y prodigios, no creéis». Pero el angustiado padre insistía: «Ven, Señor, antes de que muera mi hijo». Viendo Jesús aquella gran fe y constancia, díjole: «Anda, que tu hijo está bueno». Confiado en esta afirmación de Jesús, se dirigió a su casa. Pero, antes de llegar, sus criados le salieron al encuentro con la alegre noticia de que su hijo estaba ya bueno. Preguntó a qué hora empezó a notar mejoría, y le dijeron: «Ayer, a las siete». Comprendió el padre que era aquella hora cuando Jesús le dijo: «Tu hijo está bueno», y creyó él y toda la familia (San Juan 4, 43-54).

ENSEÑANZAS: Curando Jesús a distancia al hijo del Régulo, demuestra su infinito y divino poder, que no reconoce límites en el espacio.

09. VARIOS MILAGROS DE JESÚS EN CAFARNAÚM

1. Los milagros obrados por Jesús.-

El milagro es un hecho sensible, sobrenatural y divino. Los Evangelios no refieren todos los milagros realizados por Nuestro Señor Jesucristo, sino sólo unos pocos, los indispensables para demostrar a los hombre su divina misión.

Los referidos por los evangelistas son treinta y tres, según los autores que aprecian menos, y treinta y ocho, según los que aprecian más.

Estos milagros fueron obrados sobre seres *inanimados*, como la conversión del agua en vino, la tempestad calmada, etc.

Sobre los hombres, *curando sus enfermedades*, v. gr., curación del hijo del Régulo, de la suegra de San Pedro, etc.

Resurrecciones de muertos, siendo tres las relatadas por los Evangelios: la del hijo de la viuda de Naím, la de la hija de Jairo y la de Lázaro, aunque realizó otras muchas, que sólo citan en bloque los Evangelistas San Mateo (9, 5) y San Lucas (7, 22).

Sobre los *espíritus diabólicos*, expulsándolos de los cuerpos de los endemoniados, etc.

2. La pesca milagrosa. Vocación de los cuatro primeros apóstoles.-

Los Apóstoles llamados por Jesús durante el periodo preparatorio de su vida pública no permanecieron unidos definitivamente al Maestro, ni lo siguieron durante todo el tiempo que duró su ministerio público en Galilea, sino que volvieron a sus casas y se entregaron de nuevo a su ocupación habitual, la pesca,

para sustentarse ellos y sus familias. Su vocación *definitiva* y su constante seguimiento del Maestro tuvieron lugar de esta manera:

«Sucedió un día que hallándose Jesús junto al lago de Genesaret, las gentes se agolparon alrededor de Él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vio dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era de Simón, pidióle que la desviase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso.

Acabada la plática, dijo a Simón: “Guía mar adentro y echad vuestras redes para pescar”. Replicóle Simón: “Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra echaré la red”. Y habiéndolo hecho, recogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas, a los compañeros de la otra barca para que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto de peces las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen. Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: “Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”. Y es que el asombro se había apoderado así de él como de todos los demás que con él estaban, a la vista de la pesca que acababan de hacer: lo mismo que sucedía a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: “No tienes que temer; de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar”. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron» (San Lucas 5, 1-11).

San Marcos cita también a Andrés, hermano de Simón (1, 16-17), a quien llamó al apostolado como a los otros tres citados por San Lucas, con estas terminantes palabras: «Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres». Ellos, al instante, dejando las redes, le siguieron.

Así quedaron incorporados al apostolado y en permanente compañía con Jesús, Simón Pedro, su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo.

3. Jesús en la sinagoga de Nazaret.-

Un sábado fue Jesús a la sinagoga de Nazaret para celebrar la fiesta semanal, y se ofreció a leer un trozo de la profecía de Isaías, que se refería al Mesías como ungido por el Espíritu del Señor, que lo enviaba para evangelizar a los pobres y curar sus enfermedades. Jesús se apropió esta profecía, quedando admirados los oyentes de sus palabras.

Mas como no hizo entre sus compatriotas ningún milagro y, además, les dijo que «ningún profeta es bien recibido en su patria», aludiendo a que los paganos lo recibían mejor, los nazarenos se alborotaron y lo expulsaron de la sinagoga, llevándolo a un precipicio para despeñarlo. Pero Jesús, pasando por entre ellos, se alejó, sin que nadie le tocara (San Lucas 4, 16-30).

De Nazaret volvió Jesús a Cafarnaúm, centro de su actividad evangélica por tierras de Galilea.

4. Curación de un leproso.-

Cierto día, muy de mañana, salió Jesús de Cafarnaúm para dirigirse a un lugar solitario donde poder orar. Los cuatro apóstoles salieron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron que no los abandonara, pues las gentes lo buscaban. Jesús les dijo que tenía que predicar por las otras ciudades el Evangelio del Reino de Dios. Y así lo hacía, puesto que entraba en todas las sinagogas de Galilea y en ellas predicaba y expulsaba a los demonios.

En aquella excursión evangélica se le presentó a Jesús un leproso, hincando la rodilla en tierra y diciéndole: «Si Tú quieres, puedes curarme». Jesús, tocándole, le dijo: «Quiero, sé curado». Y al instante quedó limpio de la lepra. Jesús le mandó callar el milagro y presentarse al príncipe de los sacerdotes para que viera que estaba curado y ofrecer el sacrificio dispuesto por Moisés.

Mas como aquel hombre publicó por todas partes el milagro obrado en él por Jesús, las gentes acudían a Él de todas partes.

5. Curación de un paralítico en Cafarnaúm.-

Algunos días después de este suceso volvió Jesús a Cafarnaúm. Hablando en una casa a una gran muchedumbre que llenaba el interior, y que, agolpada en la puerta, impedía el paso, cuatro hombres se presentaron llevando en una camilla a un paralítico. No pudiendo entrar a donde Jesús estaba por el inmenso gentío, subieron a la terraza de la casa por una escalera exterior, y levantando baldosas hicieron un gran agujero por el que descolgaron al enfermo, ayudándose de cuerdas. Al ver Jesús al enfermo descender del techo de la habitación en que hablaba, interrumpió su predicación y adivinó la fe de aquella gente. Luego, dirigiéndose al paralítico, dijo:

«Hijo, tus pecados te son perdonados.» Estaban allí sentados algunos de los escribas, y decían en su interior: “¿Qué es lo que éste habla? Este blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, díceles: “¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados; o decir: Levántate, toma tu camilla y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados: Levántate (dijo al paralítico). Yo te lo digo: coge tu camilla y vete a tu casa”. Y al instante se puso en pie, y, cargando con su camilla, se marchó a vista de todo el mundo; de forma que todos estaban pasmados, y dando gracias a Dios, decían: “Jamás habíamos visto cosa semejante”» (San Marcos 2, 5-12).

ENSEÑANZAS: Con este milagro, Jesús demostró a los circunstantes, sobre todo a los escribas y fariseos, que su divino poder se extendía lo mismo al perdón de los pecados que a la curación de las enfermedades corporales.

6. Vocación de San Mateo.-

Poco después de la curación del paralítico de Cafarnaúm, ocurrió la vocación al apostolado de Leví, hijo de Alfeo, por sobrenombre

Mateo, autor del primer Evangelio. Era publicano y tenía un puesto de cobranza, con el dinero y los recibos, en la aduana próxima al mar de Galilea. Al pasar por allí Jesús y verlo, le dijo: «Sígueme». Y levantándose dé siguió, dejando su cargo, su negocio, sus dineros y papeles.

Convidó poco después a Jesús y a sus discípulos a comer en su casa. Y como quiera que convidó también a los publicanos y gente de mala fama, los escribas y fariseos murmuraban ante los seguidores de Jesús, que ya eran bastantes: «¿Cómo es que vuestro Maestro come y bebe con publicanos y pecadores?» Jesús percibió las críticas de aquéllos y contestó: «No necesitan los sanos de médico, sino los que están enfermos. Aprended lo que significan las palabras “prefiero la misericordia al sacrificio”, porque no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, a penitencia» (San Marcos 2, 13-18).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras Jesucristo demuestra que se hizo hombre para redimir a todos los hombres, lo mismo a los justos que a los pecadores, aunque manifieste mayor amor por los pecadores, que necesitan más de su perdón y misericordia.

Debes saber que:

- El milagro, además de ser un «portento» (que demuestra poder), es un «signo» (tiene un significado), es decir: muestra, mediante un simbolismo, una realidad trascendente invisible al sentir cotidiano. Es, pues, una catequesis viva. Luego, en consecuencia, ser «signo» es más importante que ser «portento».

SEGUNDO AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

10. JESÚS EN JERUSALÉN. REGRESO A GALILEA. EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

1. El paralítico de la piscina.-

La curación del paralítico de la piscina, que marca el comienzo del segundo año de la vida pública de Jesús, tuvo lugar en Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua o quizá de Pentecostés. Había en Jerusalén una piscina llamada «probática» o de las ovejas, por estar cercana a la puerta por donde entraba el ganado destinado a los sacrificios, y también «Bethesda». Sus aguas tenían fama, porque se les atribuían virtudes curativas. Por eso eran llevados a ella y yacían, en sus cinco pórticos o galerías, innumerables enfermos, sobre todo paralíticos, cojos y ciegos. Era creencia general que un ángel del Señor descendía de cuando en cuando a la piscina y movía las aguas, y entonces el primero que descendía, después de la agitación del agua, se veía curado de cualquier enfermedad que padeciera. Jesús, movido de caridad hacia aquellos infelices, visitó aquel día, sábado, la piscina.

«Allí estaba un hombre que treinta y ocho años hacía que se hallaba enfermo. Como Jesús le viese tendido y conociese que llevaba ya mucho tiempo, dícele: “¿Quieres ser curado?” “Señor (respondió el doliente), no tengo una persona que me meta en la piscina, así que el agua está agitada; por lo cual, mientras yo voy, ya otro ha bajado antes”. Dícele Jesús: “Levántate, coge tu camilla y anda”. De repente se halló sano este hombre, y cogió su camilla e iba caminando. Era aquel un día de sábado.

Por lo que decían los judíos al que había sido curado: "Hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla". Respondióles: "El que me ha curado, ése mismo me ha dicho: «Toma tu camilla y anda»". Preguntáronle entonces: "¿Quién es ese hombre que te ha dicho: «Toma tu camilla y anda»?" Mas el que había sido curado no sabía quién era. Porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había.

Hallóle después Jesús en el templo, y le dijo: "Bien ves cómo has quedado curado; no peques, pues, en adelante, para que no te suceda una cosa peor". Fuése aquel hombre, y declaró a los judíos que Jesús era quien le había curado. Pero éstos, por lo mismo, perseguían a Jesús, por cuanto hacía tales cosas en sábado» (San Juan 5, 5-16).

ENSEÑANZAS: A través de esta bella página evangélica, se descubre la infinita misericordia de Jesús con los enfermos y con los pecadores.

2. Institución del colegio apostólico.-

Después de este milagro, Jesús regresó a Galilea.

«Y aconteció por aquellos días salir Él al monte para orar, y pasaba la noche en la oración de Dios. Y en cuanto se hizo de día, llamó a sí sus discípulos, y escogió entre ellos doce, a quienes dio el nombre de apóstoles: Simón, a quien dio el nombre de Pedro, y Andrés, su hermano, y Santiago y Juan, y Felipe y Bartolomé, y Mateo y Tomás, y Santiago de Alfeo y Simón el apellidado Zelotes, y Judas de Santiago y Judas Iscariote, que fue traidor» (San Lucas 6, 12-16).

3. El Sermón de la Montaña.-

Al día siguiente, y en un llano situado en la falda de la montaña en que pasó Jesús la noche en oración, tuvo lugar el famoso «Sermón de la Montaña», largo discurso pronunciado por el Divino Maestro ante sus doce Apóstoles y un enorme gentío «de Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén, de la Judea y de la Transjordania».

Consta de un exordio o prólogo, que son las ocho *Bienaventuranzas*, seguidas de cuatro *Malaventuranzas*. Viene después el cuerpo del discurso, en que Jesús va completando y perfeccionando varios mandamientos de la Ley y termina con un epílogo o resumen, en que compendia todo lo dicho y anuncia el premio para los que cumplan aquel programa de vida.

Rodeado, pues, Jesús, de sus doce Apóstoles y de aquella inmensa muchedumbre, comenzó su discurso con estas afirmaciones, al parecer tan raras y desconcertantes:

Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los mansos,
porque ellos poseerán la tierra.
Bienaventurados los que lloran,
porque ellos serán consolados.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán hartos.
Bienaventurados los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia.
Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.
Bienaventurados los pacíficos,
porque ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia,
porque de ellos es el reino de los cielos.

«Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos» (San Mateo 5, 3-12).

En seguida lanza las cuatro Malaventuranzas en estos términos:

«Mas ¡ay de vosotros los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros los que andáis hartos!, porque sufriréis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora reís!, porque día vendrá en que os lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros cuando

los hombres mundanos os aplaudieren!, que así lo hacían sus padres con los falsos profetas» (San Lucas 6, 24-26).

4. Principales enseñanzas del Sermón de la Montaña.-

Después de pronunciadas las Bienaventuranzas y Malaventuranzas, Jesús se dirigió a los Apóstoles y les dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo. Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos».

A los oyentes en general les asegura que no ha venido a suprimir la Ley, sino a cumplirla, completarla y perfeccionarla.

El quinto mandamiento, «no matarás», lo completa prohibiendo no sólo dar muerte al prójimo, sino insultarlo de palabra.

El sexto queda completado, prohibiendo aun las malas miradas y deseos y obligando a huir de las ocasiones de pecar.

El segundo, «no jurar en vano», lo perfecciona prohibiendo jurar en falso no sólo por Dios, sino por las criaturas, como el cielo y la tierra. Lo mejor es abstenerse de jurar, diciendo siempre la verdad.

La ley del Talión, «ojo por ojo, diente por diente», queda suprimida, va que Jesús exige que no se tome venganza por los agravios recibidos.

El amor al prójimo queda ampliado, pues Jesús manda amar, no sólo a los amigos, sino a los enemigos.

Las obras buenas, como la limosna, la oración y el ayuno, deben ser hechas con *rectitud de intención*, buscando, no el aplauso y la consideración de los hombres, sino la complacencia y el premio de Dios.

Condena el amor inmoderado de las riquezas, que estorban el amor a los bienes celestiales. Recomienda la confianza en la *Providencia de Dios*, que remedia nuestras menores necesidades.

Para entrar en el Reino de los Cielos no bastan las palabras buenas, son necesarias las obras santas y los frutos de virtudes.

Como conclusión afirma Jesús que el que practica su doctrina es hombre prudente, a semejanza de quien edificó su casa sobre piedra; pero el que no la practica es un insensato, semejante a un loco que edificó su casa sobre arena; vinieron las lluvias y soplaron los vientos y se derrumbó con gran estrépito.

Así se empezaba a cumplir la profecía de Isaías, que dijo que el Mesías sería Maestro y predicador de salvadoras doctrinas.

5. El Padrenuestro.-

San Mateo sitúa en el Sermón de la Montaña la institución del Padrenuestro, oración que San Lucas coloca en el tercer año de la vida pública de Jesús, siendo lo más seguro que el Divino Maestro lo enseñase a sus discípulos muchas veces y en distintas épocas.

El Padrenuestro es el modelo de toda oración, «porque lo compuso Cristo y contiene todo lo que puede desearse».

Consta de una invocación y de siete peticiones. En la invocación nos dirigimos a Dios, al que llamamos «Padre nuestro», es decir, Padre de todos los hombres, que por lo mismo somos hermanos, y añadimos «que estás en los cielos», porque en ellos es donde más brilla su poder, gloria y sabiduría.

De las siete peticiones, las tres primeras se refieren al honor de Dios, al que pedimos que «sea santificado su nombre»; que «venga a nosotros su Reino» y que «se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo».

Las cuatro restantes se refieren a nuestro provecho y al del prójimo, pues en ellas pedimos a Dios el sustento necesario del cuerpo y del alma, perdón de nuestros pecados, resistencia a las tentaciones y ausencia de todo mal.

Esta divina oración debes rezarla muchas veces, con mucha devoción y evitando la rutina y la distracción.

11. HECHOS QUE SIGUIERON AL SERMÓN DE LA MONTAÑA

1. Curación del siervo del centurión.-

Al bajar Jesús de la montaña, donde predicó su famoso sermón, se dirigió a Cafarnaúm. Tenía en esta ciudad Herodes Antipas una guarnición militar, de la que formaba parte un centurión que tenía a sus órdenes cien soldados. A pesar de ser pagano, era en extremo piadoso, ya que había costeado la construcción de una sinagoga en la ciudad. Era también muy caritativo.

Habiendo llegado a él la fama de los milagros obrados por Jesús, y teniendo un criado gravemente enfermo, envióle algunos de los principales vecinos de la ciudad para suplicarle que viniera a curarlo. Los principales hicieron la súplica y la recomendaron con los informes acerca de la piedad y buenas cualidades del centurión. Jesús prometió ir a curar al criado. Y cuando estaba ya cerca de la casa, el centurión le mandó este recado:

«Señor, no merezco que te tomes esta molestia ni que entres en mi casa; yo tampoco me creí digno de salir personalmente a tu encuentro; di tan sólo una palabra y quedará sano mi criado. Pues yo, que estoy sometido a mis jefes, como tengo soldados a mis órdenes, digo a uno: ve, y va; y a otro: ven, y viene; y a mi criado: haz esto, y lo hace.»

Oyendo Jesús aquellas razones del centurión, que demostraban su humildad por una parte, y su fe en la omnipotencia de Jesús por otra, mostrando gran admiración dijo a las gentes que le seguían: «En verdad os digo que ni en Israel he hallado fe tan grande». Llegados a casa los emisarios del centurión, encontraron curado totalmente al enfermo. Jesús, con un solo acto de su voluntad, lo había sanado (San Lucas 7, 6-10).

2. Resurrección del hijo de la viuda de Naím.-

En una de las excursiones realizadas por Jesús aquellos días llegó a la pequeña ciudad de Naím, la bella, así llamada por su hermoso emplazamiento en la falda del pequeño Hermón, frente al Tabor, dominando un fértil valle. Iba Jesús acompañado de sus Apóstoles y una gran muchedumbre. Cuando he aquí que al entrar en la ciudad se encuentran con un entierro: el hijo único de una pobre mujer viuda había muerto en plena juventud y lo llevaban a enterrar sobre unas parihuelas a hombros de cuatro amigos, envuelto en blanco sudario y al descubierto su cadáver, según costumbre judaica. En el acompañamiento, muy numeroso, iba también la madre del difunto. Así que la vio Jesús, movido a compasión, le dijo: «No llores». Y acercándose al féretro, lo tocó: los que lo llevaban se detuvieron, y con acento solemne Jesús dice estas palabras:

«Joven, yo te lo mando, levántate». Al instante se incorporó el difunto y comenzó a hablar y Jesús lo entregó a su madre.

«Con esto quedaron todos penetrados de un santo temor, y glorificaban a Dios diciendo: “Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo”» (San Lucas 7, 11-16).

ENSEÑANZAS: Tanto en un hecho como en otro resplandece la infinita misericordia del Corazón de Jesús, que se compadece de los dolores ajenos y les pone remedio, a veces con milagros estupendos. Del centurión debemos aprender caridad para con nuestros subordinados.

3. Embajada del Bautista a Jesucristo.-

De estos estupendos sucesos llevaron noticia a Juan, que seguía preso en Maqueronte, sus discípulos. Por lo cual, y para que de una vez se convencieran éstos de que Jesús era el Cristo o Mesías, envió a dos de ellos con esta embajada: «¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?» Por toda respuesta, Jesús obra ante ellos infinidad de milagros, consistentes en dar vista a los ciegos, expulsar demonios y hasta resucitar muertos. Por lo cual les envió de nuevo a

Juan con este recado: «Id y comunicad a Juan lo que habéis oído y visto: cómo los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados». Con estas palabras Jesús contestaba afirmativamente de palabra y con hechos a la pregunta del Bautista, dejando convencidos a sus discípulos de su divinidad.

Al marchar los discípulos de Juan, Jesús hizo de él el más acabado elogio ante el numeroso auditorio que le seguía: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña sacudida por el viento? ¿O qué es lo que salisteis a ver? ¿Algún hombre vestido con ropas delicadas? Mirad que los que visten preciosas ropas y viven en delicias están en los palacios de los reyes». Después afirmó de Juan que era no sólo un profeta, sino el Precursor, que prepararía los caminos delante de Jesús; por lo cual, entre los nacidos de mujer ningún profeta era mayor que Juan Bautista.

4. Conversión de la mujer pecadora.-

Un fariseo, llamado Simón, invitó un día a Jesús a comer en su casa. Durante la comida, una mujer, cuyo nombre no citan los evangelistas, pero que algunos intérpretes creen que era María Magdalena, y otros que María de Betania, la hermana de Lázaro, aunque lo más probable es que sean tres distintas personas, se le acercó llevando en las manos un vaso de alabastro lleno de un perfume muy exquisito. Inclineda sobre el Maestro, lloraba con dolor sus pecados, que eran muy conocidos en la ciudad, y sus lágrimas bañaban los pies de Jesús. No teniendo un paño para secárselos, lo hizo con las trenzas de sus largos cabellos, besándoselos después y derramando sobre ellos el perfume del vaso. Simón, el fariseo, con íntima y burlona sonrisa, estaba viendo aquella escena y decía para sí:

«“Ahora veo que éste no es profeta, porque si lo fuera, sabría quién es y cómo la mujer que le está tocando, porque es una pecadora.”

Jesús, respondiendo a su pensamiento, dícele: “Simón, una cosa tengo que decirte”. “Di, Maestro”, respondió él. “Cierto acreedor

tenía dos deudores, uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más?” Respondió Simón: “Me parece que aquél a quien se perdonó más”. Y díjole Jesús: “Has juzgado rectamente”. Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo: Que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquél a quien menos se le perdona”.

En seguida dijo a la mujer: “Perdonados te son tus pecados”. Y luego los convidados empezaron a decir interiormente: “¿Quién es éste que también perdona pecados?” Mas Él dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”» (San Lucas 7, 40-50).

ENSEÑANZAS: En los dos deudores, de esta parábola están representados el fariseo y la pecadora anónima. Lo que merece el perdón de los pecados y la gloria misma es principalmente la caridad y el amor a Dios. Como aquella mujer demostró intenso amor a Dios, por eso se le perdonaron sus muchos y gravísimos pecados.

5. Resurrección de la hija de Jairo.-

A continuación del episodio del endemoniado de Gerasa, nos refieren los tres sinópticos el doble milagro que realizó Jesús al llegar a Cafarnaúm. Escogemos el relato de San Lucas, por ser médico y el más sistemático de los evangelistas:

«Habiendo regresado Jesús a Galilea, salió el pueblo a recibirle, porque todos estaban esperándole con ansia. Entonces se le presentó un jefe de la sinagoga llamado Jairo, el cual se postró a sus pies, suplicándole que viniese a su casa. Porque tenía una hija única de cerca de doce años de edad, que se estaba muriendo.

Al ir, pues, allá, y hallándose apretado del tropel de las gentes, sucedió que cierta mujer enferma desde hacía doce años de un flujo de sangre, la cual habla gastado en médicos toda su hacienda, sin que ninguno hubiese podido curarla, se arrimó por detrás y le tocó la orla de su vestido, y al instante paró el flujo de sangre. Y dijo Jesús: “¿Quién es el que me ha tocado?” Excusándose todos, dijo Pedro con sus compañeros: “Maestro, un tropel de gente te comprime y te sofoca, y preguntas: ¿Quién me ha tocado?” Pero Jesús replicó: “Alguno me ha tocado, pues yo sé que de mí ha salido fuerza para ello”. En fin, viéndose la mujer descubierta, llegóse temblando, y echándose a sus pies, declaró en presencia de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo al momento había quedado sana. Y Jesús le dijo: “Hija, tu fe te ha curado; vete en paz”.

Aún estaba hablando, cuando vino uno a decir al jefe de la sinagoga: “Tu hija ha muerto, no tienes que cansar al Maestro”. Pero Jesús, así que lo oyó, dijo al padre de la niña: “No temas, basta que creas, y ella vivirá”. Llegado a su casa, no permitió entrar consigo a nadie, sino a Pedro, a Juan, y a Santiago, el padre y madre de la niña. Entretanto lloraban todos y plañían a la niña. Mas Él dijo: “No lloréis, pues la niña no está muerta, sino dormida”. Y se burlaban de Él, sabiendo bien que estaba muerta. Jesús, pues, la cogió de la mano y dijo en voz alta:

“Niña, levántate”. Y volvió su alma al cuerpo y se levantó al instante, Y Jesús mandó que le diesen de comer. Y quedaron sus padres llenos de asombro, a los cuales mandó que a nadie dijese lo que había sucedido» (San Lucas 8, 40-56).

6. Degollación de San Juan Bautista.-

El martirio del Bautista fue de la siguiente manera: Herodías vivía amancebada con el tetrarca Herodes Antipas, según dijimos en la lección VIII, núm. 5. Juan no cesaba de echar en cara al rey semejante conducta, por lo cual estaba preso en la cárcel de Maqueronte, no habiendo sido ya condenado a muerte por el gran respeto que la santidad de vida del Bautista inspiraba al rey y a todo el pueblo.

En la citada fortaleza de Maqueronte celebró por aquellos días Herodes su cumpleaños e invitó a la fiesta a los dignatarios de la Corte y nobles de su reino. Después del banquete de gala, Salomé, hija de Herodías, jovencita ligera y desenvuelta, bailó delante de los invitados. con tal gracia, que Herodes, entusiasmado, le prometió bajo juramento darle lo que pidiese, aunque fuera la mitad de su reino. La joven consultó con su madre, la cual le dijo: «Pide la cabeza de Juan Bautista».

En seguida se presentó a Herodes, diciéndole: «Quiero que me des en seguida en una fuente la cabeza de Juan el Bautista». El rey se entristeció ante aquella petición de la muchacha, pero por no quedar mal ante los comensales y por creerse obligado a cumplir un juramento tan insensato como el suyo, ordenó seguidamente que un soldado de su guardia fuese al calabozo donde penaba el Bautista y le cortara la cabeza. Presentada a Herodes, éste la entregó a Salomé, quien a su vez la presentó a su madre.

12. LAS PARÁBOLAS

1. Qué son las parábolas.-

A partir de este tiempo, Jesús usó de parábolas para enseñar a los pueblos su doctrina, que hasta entonces había expuesto de forma directa. Empleó las parábolas para hacerse entender mejor de las gentes sencillas.

Se entiende por *parábola* una narración tomada de la vida real o por lo menos *posible*, que encierra una enseñanza religiosa o moral superior a la que las palabras, literalmente consideradas, expresan.

La *parábola* se distingue de la *alegoría* y de la *fábula*. De la alegoría, porque ésta es una pura *metáfora* o *comparación*, v. gr., cuando dice Jesús: «Yo soy la puerta de las ovejas; yo soy el camino, etc.» De la fábula, porque ésta se desenvuelve casi siempre en el terreno de lo *inverosímil* y *fantástico*, haciendo hablar a los animales, árboles, etc.

Hay cinco grupos de parábolas, a saber: 1º, parábolas del reino; 2º, parábolas de la misericordia; 3º, parábolas de la reprobación de los judíos; 4º, parábolas de la pobreza; y 5º, parábolas sobre la oración.

2. Parábolas del Reino de Dios.-

Se llaman así un grupo de ocho (algunos autores admiten hasta doce) parábolas, cuya enunciación comienza de esta manera: «Semejante es el Reino de los Cielos...», o también: «El Reino de Dios es semejante...» Son éstas la parábola del sembrador, la del grano que germina lentamente, la de la cizaña, la del grano de mostaza, la de la levadura, la del tesoro escondido, la de la perla preciosa, y, por último, la de la red echada al mar.

3. Parábola del sembrador.-

Esta fue la primera que expuso el Divino Maestro, y se la puede considerar como una introducción a las que sucesivamente iría explicando. La predicó en los meses de la sementera, que en Palestina son noviembre y diciembre, ante una multitud de gentes tan enorme, que fue preciso subirse a una barca y tomar asiento en ella, hablando desde allí al pueblo situado en la ribera o playa del mar de Galilea.

«Salió una vez cierto sembrador a sembrar. Y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y los comieron. Otros cayeron en pedregales, donde había poca tierra, y luego brotaron, por estar muy someros en la tierra; mas nacidos al sol, se quemaron y se secaron, porque casi no tenían raíces. Otros granos cayeron sobre espinas, y crecieron las espinas y los sofocaron. Otros, en fin, cayeron en buena tierra, y dieron fruto, dónde ciento por uno, dónde sesenta y dónde treinta. Quien tenga oídos por entender, entienda» (San Mateo 13, 3-9).

Los Apóstoles se le acercaron a preguntarle el sentido de aquella parábola, dándole Jesús esta EXPLICACIÓN:

«El sentido de la parábola es éste: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados a lo largo del camino significan aquellos que la escuchan, pero viene luego el diablo y se la saca del corazón para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que, oída la palabra, recíbenla con gozo, pero no echa raíces en ellos, y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentación se vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que la escucharon, pero con los cuidados y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llega a dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra denota aquellos que con un corazón bueno y muy sano oyen la palabra de Dios y la conservan, y, mediante la paciencia, dan fruto sazonado» (San Lucas 8, 11-15).

4. Parábola de la buena semilla.-

La trae el evangelista San Marcos en el cap. 8, 26-29, de su evangelio:

«El Reino de Dios viene a ser a manera de un hombre que siembra su heredad, y ya duerma o vele, noche y día, el grano va brotando y creciendo sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra de suyo produce primero el trigo en hierba, luego la espiga, y, por último, el grano lleno en la espiga. Y después que está el fruto maduro, inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega.»

ENSEÑANZAS: *La palabra de Dios no produce sus efectos en las almas repentinamente, sino poco a poco, sin prisas; el fruto vendrá a su tiempo, sin que el hombre se dé cuenta, cuando Dios lo disponga.*

5. Parábola de la cizaña.-

A continuación de la parábola del sembrador les propuso la de la cizaña en estos términos:

«El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron a él y le dijeron: "Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña?" Respondióles: "Algún enemigo mío la habrá sembrado". Replicaron los criados: "¿Quieres que vayamos a cogerla?" A lo que respondió: "No, porque no suceda que, arrancando la cizaña, juntamente arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer una y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: «Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero»"» (San Mateo 13, 24-30).

EXPLICACIÓN: También dio Jesús una explicación a la parábola de la cizaña, a petición de los discípulos, después de haber despedido al auditorio y vuelto a casa, en Cafarnaúm, una vez dichas todas las parábolas del Reino de Dios.

«El que siembra la buena simiente es el hijo del hombre. El campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del maligno espíritu. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Envió el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su Reino a todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad, y los arrojarán en el horno del fuego; allí será el llanto y crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para entenderlo, entiéndalo» (San Mateo 13, 37-43).

6. Parábolas del grano de mostaza, de la levadura, del tesoro, de la perla y de la red.-

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.-

Propúsoles otra parábola, diciendo:

«El Reino de los Cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo. El cual es a la vista menudísimo entre todas las semillas, mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas.»

PARÁBOLA DE LA LEVADURA.-

Y añadió esta otra parábola:

«El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que cogió una mujer y mezclóla con tres satos o celemines de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada.»

PARÁBOLAS DEL TESORO ESCONDIDO, DEL MERCADER DE PERLAS FINAS, DE LA RED BARREDERA.-

«Es también semejante el Reino de los Cielos a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre lo encubre de nuevo, y gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo.

El Reino de los Cielos es asimismo semejante a un mercader que trata en perlas finas. Y viniéndole a las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene y la compra.

También es semejante el Reino de los Cielos a una red barredera, que, echada en el mar, allega todo género de peces, la cual, en estando llena, sácanla los pescadores, y sentados en la orilla van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, y arrojarlos han en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujiir de dientes» (San Mateo 13, 31-50).

EXPLICACIÓN: En el *grano de mostaza* se halla representada la Iglesia, que, pequeña en sus comienzos, se extendió bien pronto por toda la tierra, dando albergue en su seno á todos los pueblos y razas.

En la *levadura* está figurado el poder de expansión de la doctrina de Jesucristo, capaz de convertir a todo el mundo.

Las dos parábolas del *tesoro escondido* y del *mercader de perlas finas* se refieren al hombre prudente, que, al descubrir la verdadera doctrina de Jesucristo y su única Iglesia salvadora, rompe todos los lazos que le atan al mundo para abrazar la doctrina cristiana y entrar en la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay salvación.

Finalmente, la *red* significa la Iglesia, en la que los buenos y santos conviven con los malos e hipócritas; pero, al fin de la vida, Dios hace la selección, llevando al cielo a los buenos y echando al infierno a los malos.

13. OTROS SUCESOS EN GALILEA

1. Primera multiplicación de los panes.-

Vueltos los Apóstoles de su misión evangelizadora por tierras de Galilea y queriendo Jesús que descansaran en un lugar apartado para que sus almas recobraran fuerza, se retiró con ellos en barca a Betsaida, en la orilla oriental del lago de Genesaret. Allí se trasladó también una gran muchedumbre de gente, pero por tierra, y con tanta prisa, que cuando llegó Jesús con los Apóstoles, la multitud les esperaba. Jesús; movido a compasión, les enseñaba y curaba a sus enfermos.

«Avanzaba ya la tarde, los discípulos se atrevieron a decir al Maestro: "Este es un lugar desierto, y ya es tarde. Despáchalos, a fin de que vayan a las alquerías y aldeas cercanas a comprar qué comer". Mas Él respondió: "Dadles vosotros de comer". Y ellos le replicaron: "Vamos, pues, y bien es menester que gastemos doscientos denarios para comprar panes, si es que les habemos de dar algo de comer". Díjoles Jesús: "¿Cuántos panes tenéis? Id y miradlo". Habiéndolos visto, le dicen: "Cinco, y dos peces". Entonces les mandó que hiciesen sentar a todos sobre la hierba verde, divididos en cuadrillas. Así se sentaron repartidos en cuadrillas de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta. Después, tomados los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, los bendijo y partió los panes, y diolos a sus discípulos, para que se los distribuyesen; igualmente repartió los dos peces entre todos. Y todos comieron y se saciaron. Y de lo que sobró recogieron los discípulos doce canastos llenos de pedazos de pan y de los peces. Y eso que los que comieron fueron cinco mil hombres» (San Marcos 6, 35-44).

Ante aquella milagrosa multiplicación de los panes que Jesús obró en el desierto, las gentes que se habían dado perfecta cuenta del portento, se decían unas a otras: «Este es ciertamente el Profeta que ha de venir al mundo». Conociendo Jesús que iban a venir para

arrebatarlo por la fuerza y hacerlo Rey, se fue Él solo a la montaña, para entregarse a la oración.

NOTA.- Hubo otra multiplicación de panes al comienzo del tercer año de la vida pública de Jesús, al sur del lago de Genesaret (San Marcos 8, 1-9).

ENSEÑANZAS: *Jesús se da cuenta de las necesidades de los pobres y las remedia, a veces con milagros estupendos, como el de la multiplicación de los panes y los peces. Date tú también cuenta de las necesidades de los pobres y procura remediarlas con la caridad y la limosna.*

2. Camina Jesús sobre las aguas.-

Por mandato de Jesús y siendo ya noche cerrada, los Apóstoles se hicieron a la mar, aunque con disgusto, por no ir con ellos el Maestro. A poco de internarse en el lago, un viento contrario les vino de frente, de forma que no conseguían avanzar, a pesar de sus esfuerzos. El viento se trocó en tempestad y la pobre barquilla amenazaba con hundirse. Compadecido Jesús de sus esfuerzos, a eso de la cuarta vigilia de la noche (tres de la mañana), vino hacia ellos caminando sobre las aguas, haciendo ademán de pasar adelante. Ellos, que vieron aquel bulto, se asustaron y empezaron a gritar, creyendo fuese algún fantasma. Jesús les dirigió la palabra y les dijo: «¡Ánimo, soy yo; no tengáis miedo!» Los Apóstoles se tranquilizaron; pero Pedro exclamó: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas». A lo que Jesús accedió, diciendo: «Ven». Pedro se lanzó al agua y se dirigía hacia Jesús andando sobre el mar. Pero un golpe de viento lo llenó de temor y empezó a hundirse. Entonces exclamó de nuevo: «¡Señor, sálvame!» Jesús lo cogió de la mano y cariñosamente le reconvino con estas palabras: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Subiendo Jesús a la barca se calmó el viento, y los que estaban dentro se le acercaron y lo adoraron, diciendo: «¡Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios!»

Atravesando el lago llegaron a tierra de Genesaret, donde curó a numerosos enfermos (San Mateo 14, 22-34; San Marcos 6, 45-56).

3. Promesa de la Eucaristía.-

Ese mismo día fue Jesús a Cafarnaúm, donde lo encontraron muchos de los que se habían alimentado con el pan milagrosamente multiplicado el día anterior. De camino hacia la Sinagoga, Jesús sostuvo un diálogo con los mismos, en el que les recomienda la fe en el Hijo de Dios, fundada en sus milagros o signos, aludiendo al final al pan eucarístico.

«Preguntáronle luego ellos: “¿Qué es lo que haremos para ejercitamos en obras del agrado de Dios?” Respondióles Jesús: “La obra agradable a Dios es que creáis en aquél que Él os ha enviado”. Dijéronle: “Pues, ¿qué milagros haces tú para que nosotros veamos y creamos? ¿Qué cosas haces extraordinarias? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Dióles a comer el pan del cielo”. Respondióles: “En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo; mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo”. Dijéronle ellos: “Señor, danos siempre ese pan”.

A lo que Jesús respondió: “Yo soy el pan de vida: el que viene a Mí no tendrá hambre, y el que cree en Mí no tendrá sed jamás. Pero ya os lo he dicho, que vosotros me habéis visto obrar milagros y con todo no creéis en Mí”» (San Juan 6, 25-36).

Esta afirmación última de Jesús: «Yo soy el pan de vida», motivó críticas y discusiones entre los judíos, que se decían unos a otros: «¿No es éste Jesús el hijo de José, cuyo padre y cuya madre conocemos?» Pues, ¿cómo dice él: «Yo he bajado del cielo»?

Habiendo llegado a los oídos de Jesús aquella murmuración, la rechazó al llegar a la Sinagoga, repitiendo y aclarando que «Él era el pan de vida».

«Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Mas éste es el pan que desciende del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida

o salvación del mundo". Comenzaron entonces los judíos a altercar unos contra otros diciendo: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Y Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná y, no obstante, murieron. Quien coma este pan, vivirá eternamente"» (San Juan, VI, 48-59).

ENSEÑANZAS: *Cuando comulgues, acuérdate de las palabras de Jesús: «Quien come mi carne y bebe mi sangre en Mí mora y Yo en él».*

4. Efectos del discurso de Jesús.-

Ante la insistencia y claridad con que Jesús afirmaba que Él era el pan de vida y que era necesario comer su carne y beber su sangre, muchos de los discípulos se dijeron: «Esto es duro y repugnante». ¿Quién puede oírlo sin repulsión? Por lo cual abandonaron a Jesús y ya no anduvieron más en su compañía. En cambio, los doce Apóstoles permanecieron fieles. Sin embargo, Jesús les preguntó: «¿También vosotros queréis retiraros?» Tomando la palabra Pedro, dijo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

TERCER AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

14. EXCURSIÓN A LA FENICIA Y LA DECÁPOLIS. RETORNO A GALILEA

1. Excursión de Jesús a Fenicia; curación de la hija de la Cananea.-

El tercer año de la vida pública de Jesús comienza con un viaje a Fenicia, para desentenderse de los molestos fariseos y dedicarse con más intensidad a la formación de los Apóstoles. Pero allí también había llegado la fama de sus milagros, y por ello no pudo evitar el contacto con los pobres y enfermos que acudieron a Él buscando remedio a sus males.

«Entre ellos una mujer fenicia y, por consiguiente, pagana, se unió al grupo de Jesús y sus discípulos, y seguía por las calles de Tiro gritando:

—Apiádate de mí, Señor, Hijo de David; mi hija está malamente endemoniada.

Mas Él no le respondió palabra. Y llegándose sus discípulos, le rogaban, diciendo:

—Despáchala, que viene gritando detrás de nosotros.

Él, respondiendo, dijo:

—No fui enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.

Mas ella, llegando, se postraba delante de él, diciendo:

—Señor, socórreme.

Él, respondiendo, dijo:

—No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos.

Ella dijo:

—Sí, Señor; pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

Entonces, respondiendo, díjole Jesús:

—¡ Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.

Y quedó sana su hija desde aquella hora.» (San Mateo 15, 22-28.)

ENSEÑANZAS: De la mujer cananea debemos aprender CONFIANZA, HUMILDAD y PERSEVERANCIA en la oración. ¡Pedid y recibiréis!

2. San Pedro reconoce a Jesucristo como Hijo de Dios. Promesa del Primado.-

Desde Fenicia salió Jesús a Galilea, llegando a Dalmanuta, al sur del lago de Genesaret, que atravesó en barca. Al desembarcar, se encontró de nuevo frente a sus eternos enemigos, los fariseos y los saduceos, que le pidieron una señal del cielo, algo así como un eclipse u otro fenómeno, para creer en su divina misión. Jesús pronunció aquellas palabras famosas, que son una profecía de su resurrección: «Esta generación mala y adúltera pide un prodigio; mas no se le dará ese que pide, sino el prodigio del profeta Jonás» (San Mateo 16, 4). Y sin más los dejó, pasando a la ribera oriental del lago.

Al llegar a Betsaida, le presentaron un ciego y le rogaban que le tocara para que recobrase la vista. Jesús le untó con saliva los ojos y poco a poco fue distinguiendo los objetos hasta verlos con perfecta claridad.

Pero el suceso más importante de estos días fue la *confesión de Pedro* en Cesarea de Filipo, ciudad casi pagana situada unos 40 kilómetros al norte de Betsaida, en la falda del monte Hermón, cerca de las fuentes del río Jordán. A la vista de la ciudad, Jesús, que caminaba rodeado de sus discípulos, les preguntó confidencialmente:

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Respondieron ellos: “Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, Otros que Jeremías o alguno de los profetas”. Díceles Jesús: “¿Y vosotros quién decís que soy yo?” Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús, respondiendo, le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne y sangre u hombre alguno, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas o poder del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos”. Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que Él era Jesús, el Cristo» (San Mateo 16, 13-20).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras promete Jesús a Pedro el Primado sobre toda la Iglesia, ya que lo designa como roca o piedra angular de la misma; le promete las llaves, que son símbolo de supremo dominio; y los poderes de atar y desatar, es decir, de imponer leyes y dispensar de ellas a todos los fieles. Esta promesa del Primado la cumplió después de su Resurrección, como diremos en su lugar.

3. Jesús predice por segunda vez su Pasión, Muerte y Resurrección.-

Jesús comenzó a decir a sus discípulos que convenía que fuese Él a Jerusalén, donde había de sufrir mucho de parte de los ancianos, escribas y fariseos, que le darían muerte, pero que al tercer día resucitaría.

Pedro llevóselo aparte y le quería disuadir de todo aquello, diciéndole: «¡No, Señor! ¡De ningún modo ha de verificarse eso en ti!»

Jesús se dirigió a Pedro y le reprendió duramente con estas palabras: «Quítate de delante, Satanás, que me escandalizas; porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas de Dios, sino de las de los hombres».

Encarándose entonces con todos los discípulos, les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame».

«Quien quiera salvar su vida, obrando contra Mí, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de Mí, la encontrará.»

«Porque, ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre en rescate de su alma perdida?» (San Mateo 16, 24-26).

ENSEÑANZAS: Con estas famosas palabras Jesús deja bien sentada la idea de que Él se hizo hombre para redimirnos mediante su Pasión y Muerte en la Cruz, y que por ningún motivo renunciaba a su misión redentora. Por consiguiente, si tú quieres seguir a Jesús, como fiel discípulo y asegurarte la salvación de tu alma, tienes que andar el camino que Él anduvo; camino de sacrificio, de renunciación y de Cruz.

4. La Transfiguración de Jesús.-

Seis u ocho días (San Mateo y San Marcos dicen seis; San Lucas, ocho) después de las escenas que acabamos de referir, tuvo lugar la Transfiguración de Jesús. La tradición la sitúa en el bello y aislado monte Tabor, cuya elevación es de unos 600 metros sobre el nivel del Mediterráneo. La época, en pleno verano. Jesús dejó en la falda del monte a sus discípulos, tomando consigo solamente a los tres preferidos, Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y subió con ellos a la cima del monte, a orar. Pero dejemos la palabra al sinóptico Mateo, que refiere la escena de la Transfiguración en los siguientes términos:

«Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y subiendo con ellos a un alto monte, a solas, se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él de lo que debía padecer en Jerusalén. Entonces Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: “Señor, bueno es estarnos aquí; si te parece, formemos aquí tres pabellones: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías”. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos. Y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: “Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: a Él habéis de escuchar”. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó a ellos, les tocó y les dijo: “Levantaos y no tengáis miedo”. Y alzando los ojos, no vieron a nadie, sino a solo Jesús.

Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: “No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”» (San Mateo 17, 1-9)

ENSEÑANZAS: La Transfiguración de Jesús fue para los tres Apóstoles una prueba palmaria de su divinidad y para nosotros una figura de la gloria que nos espera, donde veremos a Dios cara a cara, lo amaremos y poseeremos eternamente. Pero para eso hemos de obedecer el precepto del Eterno Padre, que nos manda oír a Jesús, aprender su doctrina y cumplir sus preceptos: «¡A Él habéis de escuchar!»

5. El pago del tributo al Templo.-

Por aquellos días, los cobradores del tributo para el Templo se encontraron en la calle a Simón Pedro, y le preguntaron: «¿Qué, no paga tu maestro el *di-dracma* o dos dracmas para el Templo?» Contestóles Pedro: «Sí, por cierto».

Y habiendo vuelto Pedro a la casa, Jesús se le adelantó y díjole: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran

tributos: de sus hijos o de los extraños?» «De los extraños», contestó Pedro. Repuso Jesús: «Luego los hijos están exentos».

Con esto quería decir Jesús que la ley del pago, del didracma al templo no le obligaba, por ser Él Hijo de Dios, que es Rey y Señor del Templo. «Sin embargo —prosiguió Jesús—, para que no se escandalicen, ve al mar, echa el anzuelo y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca hallarás una pieza o moneda de plata de cuatro dracmas; tómala y paga con ella el tributo por ti y por Mí» (San Mateo 17, 24-27).

ENSEÑANZAS: Con este milagro nos enseña Jesús a confiar en la Divina Providencia, cuando nos hallemos preocupados por asuntos materiales. También con el pago milagroso del tributo por Sí y por San Pedro, demostraba Jesús una predilección por quien había de ser la Piedra angular de su Iglesia y su Vicario en la tierra.

15. JESÚS EN JERUSALÉN, POR LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

1. Jesús en la Fiesta de los Tabernáculos.-

Jesús realizó un largo viaje desde Cafarnaúm a Jerusalén para asistir a la fiesta de los Tabernáculos o Tiendas, que tenía lugar en el otoño y era la más bella y alegre fiesta de los judíos. Por más que sus parientes le instaron a que se presentase en público y realizase sus milagros a la vista de todo el mundo, Él, sin embargo, emprendió el viaje en secreto y después que las caravanas de sus familiares se pusieron en marcha.

Por fin, mediados los ocho días que duraba la fiesta, se presenta Jesús en los atrios del Templo y comienza a enseñar, hablando maravillosamente. La gente decía: «Nunca habló nadie como habla este hombre».

Era costumbre, durante los días que duraba la fiesta de los Tabernáculos, ir a coger agua a la fuente de Siloé, con gran algazara y jolgorio, en recuerdo del agua que milagrosamente, hizo brotar Moisés con su vara durante la peregrinación por el desierto. Llevada a los sacerdotes, era mezclada con vino y derramada en el altar de los holocaustos. Apoyándose en aquella gozosa costumbre, exclamó Jesús en alta voz, puesto en pie, el último día de la festividad, que era el más solemne: «Quien tenga sed, que venga a Mí y beba». Se refería al agua de la divina gracia, de que habló antes a la samaritana (San Juan, cap. 7).

También afirmó de sí: «Ya soy la luz del mundo. Quien me sigue, no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Con estas palabras hacía Jesús referencia a otra costumbre de la fiesta, que era encender antorchas y luces de todas clases en las grandes lámparas del atrio exterior del Templo (San Juan 8, 12).

2. Curación del ciego de nacimiento.-

Algún tiempo después de la fiesta de los Tabernáculos, un día de sábado, Jesús andaba por Jerusalén y se encontró a un ciego de nacimiento que pedía limosna en las calles próximas al templo. Había entre los judíos la creencia de que las enfermedades corporales eran castigos que Dios imponía por los pecados cometidos. De esta opinión participaban también los Apóstoles, los cuales, al ver al ciego, preguntaron a Jesús: «¿Qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos o los de sus padres?» Jesús se declaró contra aquella creencia general, diciendo: «No es por culpa de éste ni de sus padres, sino para que las obras del poder de Dios resplandezcan en él». Y queriendo demostrar que era «luz del mundo», no sólo en el sentido espiritual, sino en el corporal, hizo con saliva y polvo una especie de barro, y untando con él los ojos del ciego, le dijo: «Anda y lávate en la piscina de Siloé (palabra que significaba el *Enviado*)». El ciego fue a la piscina, se lavó los ojos y volvió con vista.

Este milagro fue sometido a la más dura crítica por parte de los judíos, que no querían admitirlo de ninguna manera, porque ello equivalía a reconocer la divinidad de Jesús. Por eso preguntaron al ciego curado, interrogaron a sus ancianos padres, y en vista de que uno y otros confesaban el milagro, expulsaron al ciego del templo, lo cual equivalía a excomulgarlo. Jesús se hizo el encontradizo con él y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» Preguntó el ciego: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en Él?» Díjole Jesús: «Le viste ya y es el mismo que está hablando contigo». Entonces dijo él: «Creo, Señor». Y postrándose a sus pies, le adoró (San Juan 9, entero).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras Jesús manifiesta claramente que es Dios, Hijo de Dios, que debe ser creído y adorado por todos los hombres.

3. Alegoría del Buen Pastor.-

Después de la curación del ciego de nacimiento y ante un numeroso grupo de fariseos, Jesús propuso la hermosísima alegoría del Buen Pastor, tomada de la vida real de los pastores

palestinoses, y en la que nos dejó trazada de mano maestra su semblanza o retrato. Las principales afirmaciones son éstas:

«Yo soy la puerta de las ovejas; el que por Mí entrare, se salvará... Yo he venido para que las ovejas tengan la vida y la tengan en más abundancia... Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, el que no es verdadero pastor y de quien no son propias las ovejas, si ve que viene el lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las arrebatada y dispersa... Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a Mí... Y tengo también otras ovejas que no son de este redil; las cuales debo Yo recoger, y oirán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (San Juan 10, 9-16).

ENSEÑANZAS: En estas palabras Jesús manifiesta su misión redentora, puesto que se hizo hombre para darnos la vida con su muerte; y sus ansias de reinado pacífico y universal sobre todos los hombres, regidos por un solo pastor en una santa, católica y apostólica Iglesia.

4. Parábola del compasivo samaritano.-

Unos meses después, dirigióse Jesús de nuevo a Jerusalén para asistir a las fiestas de la Dedicación, que tenían lugar a mediados de nuestro mes de diciembre. En el camino fue interpelado por un doctor de la ley, que, con ánimo de tentarle, le dirigió esta sencilla pregunta: «Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?» Jesús, usando del *método socrático*, que consiste en hacer que el discípulo conteste su propia pregunta, le dijo: «¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lo interpretas?» El doctor contestó: «Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón y con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo». Replicóle Jesús: «Bien has respondido; haz esto y vivirás».

Pero el rabino, queriendo justificar su intervención, preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» Esta cuestión ya no era tan vulgar y tan sencilla como la primera, que sabía contestarla cualquier niño de la escuela, sino difícil y discutida; pues mientras unos doctores

sostenían que «prójimos» eran tan sólo los *parientes*, otros ampliaban el concepto a los que profesaban la *religión de Moisés* y otros a todos los judíos de *nación* y *aun de raza*. ¿Qué opinaría Jesús sobre el particular? La respuesta la dio en la profunda y hermosa parábola del compasivo samaritano, cuyo texto se contiene en el Evangelio, según San Lucas, capítulo 10, 30-37:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de los ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote, y aunque le vio, pasóse de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, tiró adelante. Pero un pasajero de nación samaritano, llegóse donde estaba, y viéndole, movióse a compasión, y arrimándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino, y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él en un todo. Al día siguiente, sacó dos denarios de plata y dióselos al mesonero, diciéndole: «Cuídame este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta». «¿Quién de esos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?»

«Aquél —respondió el doctor—, que usó con él de misericordia.»
«Pues anda —díjole Jesús—, y haz tú otro tanto.»

ENSEÑANZAS: *Jesús nos enseña con esta parábola que debemos practicar la caridad con cualquier necesitado, aunque sea enemigo, sin tener en cuenta su religión, nacionalidad, ideas políticas, etc. Únicamente debemos mirar su necesidad y remediarla con nuestros medios.*

5. Marta y María.-

Siguiendo hacia Jerusalén, para asistir a las referidas fiestas de la Dedicación o Encenias, Jesús llegó a Betania, pequeña aldea que distaba de la capital unos tres kilómetros. Allí vivían los tres hermanos: Lázaro, Marta y María, buenos amigos del Maestro. María, así que advirtió la presencia de Jesús, se sentó a sus pies y escuchaba su divina palabra; mientras tanto, su hermana Marta andaba muy afanosa, preparando lo necesario para la comida y

alojamiento del Señor, por lo cual se presentó a Éste y le dijo: «Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude». Jesús le dio esta misteriosa respuesta: «Marta, Marta, te afanas y acongojas por muchísimas cosas, y a la verdad que una sola es necesaria (se refería a la *salvación del alma*). María ha escogido la mejor parte, que no le será nunca quitada».

ENSEÑANZAS: *Con esto nos enseña Jesús que es mejor ocuparse de los asuntos espirituales que de los materiales.*

Debes saber que:

- Los judíos y los samaritanos se profesaban una animadversión mutua, así, al exponer Jesús el ejemplo del samaritano que se compadecía del judío que venía de Jerusalén, estaba indicando, implícitamente, el amor al enemigo.

16. JESÚS EN LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

1. Jesús en la fiesta de la Dedicación o Encenias.-

La fiesta de la Dedicación o Encenias era la regocijada conmemoración de la Consagración del Templo de Jerusalén, hecha por Judas Macabeo casi dos siglos antes de Cristo.

Jesús llegó a Jerusalén para tomar parte en ella, y como siempre, aprovechó la ocasión del gran concurso de gente para enseñar en uno de los pórticos del Templo, el de Salomón, por el que paseaba, por ser invierno.

Sus enemigos le rodearon en seguida y le hicieron esta insidiosa pregunta: «¿Hasta cuándo vas a tener suspenso nuestro ánimo? Si Tú eres el Cristo, dínoslo claramente».

Jesús apela a sus obras para responder a la pregunta de sus adversarios: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí... Yo y el Padre somos una misma cosa».

Ante esta indirecta afirmación de su Divinidad, los judíos cogieron piedras para lapidarlo. Él se enfrenta valientemente con ellos y les dice: «Muchas buenas obras realicé ante vosotros con poder recibido de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me apedreáis?» Respondieron los judíos: «No te lapidamos por obra buena, sino por blasfemia y porque, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios».

Con una cita del salmo 81 rebate la acusación de blasfemo que le hacen sus adversarios, a los que hace callar, escapándose de sus manos, como lo hiciera en otras ocasiones (San Juan 10, 22-42).

2. Parábolas de la Misericordia: La oveja y el dracma perdidos.-

Terminada la fiesta de la Dedicación, Jesús sale de Jerusalén y se dirige a la Perea, al otro lado del Jordán, jurisdicción de Herodes Antipas.

Viéndose seguido de gran multitud de gentes, vuelto hacia ellas, les indicó las condiciones que exigía a los que de verdad quisieran seguirle:

«Si alguno de los que me siguen no aborrece, o no ama menos que a Mí a su padre, y a su madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo» (San Lucas 14, 26-27).

Como en muchas otras ocasiones, seguían a Jesús pecadores y publicanos, cosa que criticaban los escribas y fariseos, diciendo al pueblo sencillo: «Mirad cómo recibe a los pecadores y come con ellos».

En respuesta a estas murmuraciones, expuso las parábolas llamadas de la *misericordia*, por brillar a través de ellas la misericordia infinita de Dios para con los pecadores. Éstas son: la Oveja Perdida, el Dracma Perdido y el Hijo Pródigo. También son de este tiempo la del Mayordomo Infiel y la del rico Epulón y el pobre Lázaro, que pueden muy bien llamarse de la pobreza.

LA OVEJA Y EL DRACMA PERDIDOS.-

Entonces les propuso esta parábola:

«¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso, y llegando a su casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía que se me había perdido". Os digo que a este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

O, ¿qué mujer teniendo diez dracmas, si pierde uno, no enciende luz y barre la casa, y lo registra todo hasta dar con él? Y, en hallándolo, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: "Alegraos conmigo, que ya he hallado el dracma que había perdido". Así os

digo yo que harán fiesta los ángeles del cielo por un pecador que haga penitencia» (San Lucas 15, 3-10).

3. El Hijo Pródigo.-

Si en las dos parábolas anteriores resplandece la misericordia infinita de Dios para con los pecadores arrepentidos que vuelvan a Él, en la del Hijo Pródigo se manifiesta además la conducta que debe observar el hombre justo con el pecador convertido.

Siendo breve y sencilla, como es, tiene un alcance moral y una pureza de estilo que la hacen superior a todas las narraciones de las literaturas clásicas, griega y latina, por la emoción que despierta y la esperanza que produce en el alma del pecador.

«Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más mozo dijo a su padre: “Padre, dadme la parte de la herencia que me toca”, y el padre repartió entre los dos la hacienda. No se pasaron muchos días y aquel hijo más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó a un país muy remoto, y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente. Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó a padecer necesidad. De resultas púsose a servir a un morador de aquella tierra, el cual le envió a la granja a guardar cerdos. Y allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas y mondaduras que comían los cerdos, y nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: “¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: «Padre mío, pequé contra el cielo, y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros»”. Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre.

Estando todavía lejos, vio su padre y enterneciéronsele las entrañas, y corriendo a su encuentro le echó los brazos al cuello y le dio mil besos. Díjole el hijo: “Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Mas el padre, por respuesta, dijo a sus criados: “Presto, traed aquí luego el vestido más precioso que hay en casa y ponédselo; ponedle un anillo en el dedo y calzadle sandalias, y traed un ternero cebado, matadlo y comamos, y celebremos un banquete, pues que este hijo mío estaba

muerto y ha resucitado, habíase perdido, y ha sido hallado". Y con eso dieron principio al banquete.

Hallábase a la sazón el hijo mayor en el campo, y a la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile, y llamó a uno de los criados y preguntóle qué venía a ser aquello, el cual le respondió: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberle recobrado en buena salud". Al oír esto, indignóse y no quería entrar. Salió, pues, su padre afuera, y empezó a instarle con ruegos. Pero él le replicó, diciendo: "Es bueno que tantos años ha que te sirvo, sin haberte desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos, y ahora que ha venido este hijo tuyo, que ha consumido su hacienda con meretrices, luego has hecho matar para él el becerro cebado".

"Hijo mío —respondió el padre—, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes son tuyos. Mas ya ves que era muy justo tener un banquete y regocijarnos, por cuanto éste, tu hermano, había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado"» (San Lucas 15, 11-32).

ENSEÑANZAS: La parábola del Hijo Pródigo tiene, pues, dos partes. La primera nos enseña la misericordia divina; la segunda, el amor humano y cristiano hacia el hombre que cesó en el pecado para obrar el bien.

4. Parábolas de la Pobreza: El mayordomo infiel y el rico Epulón y el pobre Lázaro.-

En las parábolas que siguen, Jesús enseña a usar con prudencia las riquezas, a fin de que con ellas no adquiramos tan sólo bienes temporales, que son pasajeros, sino los espirituales, que son eternos.

PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL.-

«Érase un hombre rico, que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino a entender, que le había disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: "¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta

de tu administración, porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda". Entonces el mayordomo dijo entre sí: "¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara. Pero ya sé lo que he de hacer, para que cuando sea removido de mi mayordomía halle yo personas que me reciban en su casa". Llamando, pues, a los deudores de su amo, a cada uno de por sí, dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi amo?" Respondióle: "Cien barriles de aceite". Díjole: "Toma tu obligación, siéntate y haz al instante otra de cincuenta". Dijo después a otro: "Y tú, ¿cuánto debes?" Respondió: "Cien coros o cargas de trigo". Díjole: "Toma tu obligación y escribe otra de ochenta". Y el amo alabó a este mayordomo infiel, no por su infidelidad, sino de que hubiese sabido portarse sagazmente, porque los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas, manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas» (San Lucas 16, 1-9).

Al oír esta parábola, los fariseos, que eran muy amantes del dinero, se burlaron de Jesús, que, según ellos, condenaba las riquezas porque no las poseía. Pero el Maestro insistió en el mismo tema con otra parábola, en la que anuncia claramente el destino desgraciado del pueblo judío, que ha hecho de las riquezas fin y no, medio para conseguir la eterna felicidad.

PARÁBOLA DEL RICO EPULÓN Y EL POBRE LÁZARO.-

«Hubo cierto hombre muy rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta de éste, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas nadie se las daba; pero los perros venían y lamíanle las llagas. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno.

Y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos vio a lo lejos a Abraham, a Lázaro en su seno. Y exclamó, diciendo: "Padre mío Abraham, compadécete de mí, y envíame a Lázaro para que,

mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas". Respondióle Abraham: "Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así éste ahora es consolado y tú atormentado. Fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable; de suerte que si los de aquí quisieran pasar a vosotros no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá".

"Ruégote, pues, ¡oh Padre! —replicó el rico—, que lo envíes a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no les suceda a ellos, por seguir mi mal ejemplo, el venir también a este lugar de tormentos". Replicóle Abraham: "Tienen a Moisés y a los profetas; escúchenlos". "No basta esto —dijo él—, ¡oh Padre Abraham! Pero si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia". Respondióle Abraham: "Si a Moisés y a los profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito"» (San Lucas 16, 19-31).

ENSEÑANZAS: *Las riquezas mal usadas pueden llevarnos al infierno; en cambio, la pobreza bien llevada nos conducirá a la Gloria.*

Debes saber que:

- «*Epulón*» es una palabra de origen griego que significa «rico», así pues, al rico de la parábola no le da Jesús un nombre propio, mientras que al pobre sí: Lázaro. En la cultura judía no tener nombre significaba no tener entidad, no ser.

17. ÚLTIMO VIAJE DE JESÚS POR JUDEA

1. Curación de los diez leprosos.-

Terminado su ministerio en la Perea, volvía Jesús a Jerusalén, atravesando las provincias de Samaria y Galilea. Al entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos, que, situándose a distancia, como prescribía la Ley mosaica, le gritaron: «¡Jesús, Maestro, compadécete de nosotros!» Jesús les mandó presentarse a los sacerdotes, como también mandaba la Ley, y cuando iban por el camino se sintieron curados de repente. Locos de contento, no se cuidaron de volver a Jesús para agradecerle su curación, salvo uno, que, glorificando a Dios y postrándose a los pies de Jesús, le dio rendidas gracias.

Precisamente este leproso curado era samaritano. Jesús dijo entonces: «¿Por ventura no han sido diez los curados? ¿Dónde están, pues, los nueve? ¿No ha habido quien volviese a dar gloria a Dios sino este extranjero?» Después le dijo: «Levántate; vete, que tu fe te ha salvado» (San Lucas 17, 11-13).

ENSEÑANZAS: *Muéstrate siempre agradecido por los favores que recibas de Dios o de los hombres.*

2. Jesús y los niños.-

Por entonces, según refieren los tres Sinópticos, le presentaron a Jesús unos niños para que los tocara y bendijese. Sus discípulos reñían a los que se los traían, creyendo que con ello causaban molestia al Maestro. Advirtiéndolo Jesús, lo llevó muy a mal, y les dijo:

«Dejad que vengan a Mí los niños, y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no recibiere como niño inocente el reino de Dios, no

entrará en él." Y estrechándolos entre sus brazos y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía» (San Marcos 10, 14-16).

3. Parábolas sobre la oración: El Fariseo y el Publicano.-

Como complemento de la oración del Padrenuestro, señaló Jesús en varias ocasiones las cualidades de toda buena oración, a saber: *piedad, confianza, humildad y perseverancia*.

Para recomendar la piedad y confianza en la oración apela Jesús a lo que sucede entre padres e hijos:

«Si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra? O si pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una sierpe? O si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno a los que se lo pidan?» (San Lucas 9, 11-13).

Para inculcar a los Apóstoles y a todos nosotros la humildad en la oración, propuso Jesús la *parábola del Fariseo y el Publicano*:

«Dos hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo y el otro publicano o alcabalero. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios!, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de todo lo que poseo".

El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: "Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador".

Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado» (San Lucas 18, 10-14).

Y para indicar la perseverancia e insistencia de nuestra oración, expuso las ingenuas y sencillas parábolas del *Amigo importuno* y del *Juez inicuo y la pobre viuda*, que se leen en San Lucas 11, 5-10 y 18, 1-7.

4. El joven rico y los consejos evangélicos.-

Al salir Jesús del lugar donde le presentaron a los niños, llegó corriendo hasta Él un joven, que, arrodillándose a sus pies, le hizo esta pregunta:

«“Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna?” El cual le respondió: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Dios solo es bueno. Por lo demás, si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos”. Díjole él: “¿Qué mandamientos?” Respondió Jesús: “No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y ama a tu prójimo como a ti mismo”. Dícele el joven: “Todos esos los he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?” Respondióle Jesús: “Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ven después y sígueme”».

ENSEÑANZAS: *Con estas palabras Jesús echa los fundamentos de la vida religiosa o vida de perfección, que consiste en la práctica de los consejos evangélicos: pobreza voluntaria, obediencia al superior y castidad perfecta.*

Aquel joven no se sintió con fuerzas para practicarlos, porque no tenía vocación, sino que se conformó con la guarda de los Mandamientos, los cuales son suficientes para la salvación, pero no para la perfección.

Ante la invitación de Jesús, el joven se retiró entristecido, y era que tenía muchas posesiones.

«Jesús dijo entonces a sus discípulos: “En verdad os digo, que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos. Y aún os digo más: Es más fácil el pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos”. Oídas estas proposiciones, los discípulos estaban muy maravillados, diciendo entre sí: “Según esto, ¿quién podrá salvarse?”

Pero Jesús, mirándolos, les dijo: “Para los hombres es esto imposible, mas para Dios todas las cosas son posibles”».

Aceptando la doctrina de Jesús, Pedro hizo valer que los Apóstoles lo habían dejado todo para seguirlo, y preguntó la recompensa que tendría su voluntaria pobreza. Jesús le respondió:

«En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección universal, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis las doce tribus de Israel. Y cualquiera que habrá dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más en bienes más sólidos, y poseerá, después la vida eterna. Y muchos que eran los primeros en este mundo, serán los últimos; y muchos que eran los últimos, serán los primeros» (San Mateo 19, 16-30).

5. Parábola de los trabajadores de la viña.-

Para hacer más comprensible la sentencia final: «Muchos primeros pasarán a ser últimos y muchos últimos pasarán a ser primeros», propuso la famosa parábola de los Obreros de la Viña, cuyo texto, según San Mateo, es el siguiente:

«Porque el reino de los cielos se parece a un padre de familia, que al romper el día salió a alquilar jornaleros para su viña, y ajustándose con ellos en un denario por día, envióslos a su viña.

Saliendo después, cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y díjoles: “Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo”. Y ellos fueron.

Otra vez salió a la hora de sexta y a la de nona e hizo lo mismo. Aun saliendo a la undécima, encontró otros que estaban parados, y díceles: “¿Qué estáis aquí todo el día ociosos?”

Respondieronle: “Es que nadie nos ha alquilado”. Díjoles: “Pues id vosotros también a mi viña”.

Puesto el sol dijo el dueño de la viña a su mayordomo: “Llama a los trabajadores y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros”.

Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno.

Cuando al final llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más. Pero, no obstante, recibieron igualmente cada uno su denario.

Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, diciendo: "Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor".

Mas él, por respuesta, dijo a uno de ellos: "Amigo, yo no te hago agravio; ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y vete; yo quiero dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer de lo mío lo que quiero?, ¿o tienes envidia de que yo sea bueno?" De esta suerte los postreros serán los primeros, y los primeros, postreros; muchos, empero, son los llamados, mas pocos los escogidos» (San Mateo 20, 1-16).

ENSEÑANZAS: Con esta parábola nos enseña Jesús que toda obra buena, hecha por Dios, merece recompensa temporal, y si se persevera en la gracia hasta la muerte, el salario será la gloria eterna. Pero en la distribución de las gracias y bienes, tanto temporales como eternos, Dios es libre y los reparte según su voluntad, aunque sin faltar jamás a la justicia; por lo cual, nadie puede quejarse de la parte que el Señor le haya asignado.

6. Resurrección de Lázaro.-

Siguiendo Jesús su viaje hacia Jerusalén, atravesó el Jordán y se retiró de nuevo a Perea; precisamente donde empezó Juan a bautizar. Estando allí, recibió este aviso de las hermanas de Lázaro, residente, como se dijo, en Betania:

«"Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo." Oyendo Jesús el recado, dijoles: "Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo

de Dios sea glorificado". Jesús tenía particular afecto a Marta, y a su hermana María, y a Lázaro.»

A pesar de este cariño hacia el enfermo y su familia, Jesús permaneció aún dos días en el mismo lugar. Pasados los dos días decidió ir a Betania, diciendo a sus discípulos:

«"Nuestro amigo Lázaro duerme, mas yo voy a despertarle del sueño." A lo que dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, sanará". Mas Jesús había hablado del sueño de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis. Pero vamos a él". Entonces Tomás, por otro nombre Dídimo, dijo a sus condiscípulos: "Vamos también nosotros, y muramos con él".»

Al llegar Jesús a Betania, después de un día entero de camino, se encontró con que Lázaro hacía ya cuatro días que estaba enterrado. Consoló a Marta y María con la promesa de que Lázaro resucitaría, pues ambas tenían tanta confianza en el poder y amistad de Jesús, que aseguraron a Éste:

«"Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano." Jesús, llorando y profundamente conmovido, les preguntó: "¿Dónde lo habéis puesto?" Ellas, seguidas de numerosos parientes y amigos, llevaron a Jesús al sepulcro de Lázaro.

Finalmente, prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos, que le salían del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una gran piedra. Dijo Jesús:

"Quitad la piedra". Marta, hermana del difunto, le respondió: "Señor, mira que ya hiede, pues hace cuatro días que está ahí". Díjole Jesús: "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" Quitaron, pues, la piedra: y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: "¡Oh Padre!, gracias te doy porque me has oído; bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que Tú eres el que me has enviado". Dicho esto, gritó con voz muy alta: "Lázaro, sal fuera". Y, al instante, el que había muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: "Desatadle y dejadle ir".

Con eso muchos de los judíos que habían venido a visitar a María y a Marta y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en Él. Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos y les contaron las cosas que Jesús había hecho» (San Juan 11, 1-46).

7. Conversión de Zaqueo.-

Una vez dentro de la ciudad de Jericó, un hombre muy rico, jefe de los publicanos, quería a todo trance ver a Jesús; pero era bajo de estatura, por lo cual se encaramó sobre una higuera para verle pasar desde allí. Al llegar Jesús, levantó los ojos y vio a Zaqueo, diciéndole: «Zaqueo, baja en seguida, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa». Él bajó de prisa y lo hospedó con gozo. La gente murmuraba de Jesús, porque se hospedaba en casa de un pecador, como era Zaqueo, por ser publicano.

Pero Zaqueo, puesto en presencia del Señor, le dijo: «Señor, desde ahora doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si he defraudado en algo a alguno, le voy a restituir cuatro veces más». Jesús le respondió: «Ciertamente que el día de hoy ha sido día de salvación para esta casa, pues que también éste es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido» (San Lucas 19, 1-10).

ENSEÑANZAS: De Zaqueo has de aprender humildad y justicia; y de Jesús confianza en su misericordia, pues vino al mundo a buscar y salvar a los pecadores.

8. La unción en Betania.-

Seis días antes de la fiesta de la Pascua llegó Jesús de nuevo a Betania, en viaje a Jerusalén. El pueblo lo recibió en triunfo, recordando la resurrección de Lázaro. En su honor celebróse un banquete la noche del sábado en casa de un tal Simón el Leproso. Asistió a la cena Lázaro, el resucitado, dirigía el servicio su hermana Marta, y la otra hermana, María, la contemplativa, tuvo un gesto de arrebatado amor hacia el Maestro, consistente en romper un frasco de alabastro de una libra de cabida, lleno de perfume de nardo puro,

de gran valor, ungiendo con él la cabeza y los pies de Jesús. Toda la casa se llenó del olor del ungüento. Por lo cual Judas Iscariote, que entendía de precios, protestó diciendo:

«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosna de los pobres?» Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba o defraudaba el dinero que se echaba en ella. Pero Jesús respondió: “Dejadla que lo emplee para honrar de antemano el día de mi sepultura: Pues en cuanto a los pobres, los tenéis siempre con vosotros; pero a Mí no me tenéis siempre”» (San Juan 12, 1-8).

Incontables judíos llegaron de Jerusalén para ver a Jesús y a Lázaro, el muerto resucitado. Por lo cual los príncipes de los sacerdotes acordaron quitar la vida también a Lázaro, pues por causa de él muchos judíos creían en Jesús y se apartaban del Templo.

ÚLTIMA SEMANA DE LA VIDA MORTAL DE JESÚS

18. SUCESOS DE LOS DOS PRIMEROS DÍAS

1. La hora de Jesús se acerca.-

El profeta Zacarías había anunciado que el Mesías entraría triunfante en Jerusalén, antes de su Pasión.

El mismo Jesús había dicho claramente a sus discípulos: «Mirad que subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas y le condenarán a muerte» (San Mateo 20, 18).

Es el anuncio hecho a los judíos y a Nicodemo en la primera pascua (Lec. VIII) y repetido a los doce después de la promesa del primado a San Pedro (Lec. XIV).

La pasión y muerte es la gran preocupación de Jesús a través de toda su vida pública, preocupación que aumenta a medida que se acerca su hora, para convertirse en ansia de morir por todos los hombres, a quienes venía a redimir.

2. Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.-

Al día siguiente del banquete de Betania, se dispuso Jesús a entrar en la ciudad de Jerusalén, como Rey manso y pacífico. Acompañado de los muchos judíos que habían acudido a Betania para verlo a Él y ver también a Lázaro, emprendió el camino que conducía a la Ciudad Santa, pasando por el Monte de los Olivos. Al llegar a la aldea de Betfagé, despachó a dos de sus discípulos con este recado:

«Id a esa aldea, que se ve enfrente de vosotros, y sin más diligencia encontraréis un asna atada, y su pollino con ella; desatadlos y traédmelos; y si alguno dijera algo, respondedle que los ha menester el Señor; y al punto os los dejarán llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: “Decid a la hija de Sión, Jerusalén: Mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre un asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo” (Zacarías 9, 9).

Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó, y trajeron el asna y el pollino; y los aparejaron con sus vestidos; y le hicieron sentar encima.

Y una gran muchedumbre de gentes tendían por el camino sus vestidos; otras cortaban ramos de los árboles y los ponían por donde había de pasar; y tanto las gentes que iban delante, como las que venían detrás, clamaban, diciendo: “¡Hosanna, salud y gloria al hijo de David, bendito sea el que viene en nombre del Señor; hosanna en lo más alto de los cielos!» Entrado que hubo en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo muchos: “¿Quién es éste?” A lo que respondían las gentes: “Éste es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea”» (San Mateo 21, 1-11).

Los fariseos, envidiosos de aquel triunfo, en el que tomaban parte muy activa los discípulos de Jesús, se dirigieron a Éste para decirle: «Maestro, reprende a tus discípulos». Jesús les respondió: «En verdad os digo, que si éstos callasen, hasta las mismas piedras gritarían».

Acompañado de esta triunfal comitiva, Jesús entró en el Templo, donde numerosos niños le aclamaban diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!» Entonces los príncipes de los sacerdotes y los escribas se indignaron, como antes los fariseos, y le dijeron: «¿Tú oyes lo que dicen éstos?» Jesús les respondió: «Sí, por cierto, ¿pues qué, no leísteis nunca la profecía: De la boca de los infantes y de los niños de pecho es de donde sacaste la más perfecta alabanza?» (San Mateo 21, 15-16).

Los evangelistas sinópticos nos refieren que, una vez en el templo, expulsó a los mercaderes, como hiciera en la Pascua del primer año de su vida pública:

«Y habiendo entrado en el Templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: “Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones”» (San Lucas 19, 45-46).

Y con esto dejó el Templo y la ciudad y marchó a Betania, donde pasó aquella noche, probablemente en casa de Lázaro y sus hermanas.

ENSEÑANZAS: Con su triunfal entrada en Jerusalén, Jesús inaugura su Reino pacífico, al que son llamados todos los hombres de buena voluntad.

3. La higuera maldita.-

Al día siguiente, de mañana, volvió a Jerusalén. En el camino sintió hambre, y habiendo divisado una higuera muy frondosa, se acercó a ella en busca del fruto para comer. Como la higuera sólo tenía hojas, Jesús la maldijo, diciendo: «Nunca nazca de ti fruto», y la higuera se secó al momento.

Los Apóstoles se maravillaron de aquello y preguntaron a Jesús: «¿Cómo se ha secado en un instante?» Y respondiendo Jesús, les dijo: «En Verdad os digo, que si tenéis fe y no andáis vacilando, no solamente haréis esto de la higuera, sino que aun cuando digáis a ese monte: “Arráncate y arrójate al mar”, así lo hará. Y todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis» (San Mateo 21, 21-22).

ENSEÑANZAS: La higuera estéril era figura del pueblo judío, que sólo atendía al culto exterior, pero interiormente carecía de frutos de buenas obras, por lo que mereció la maldición y condena de Jesucristo.

4. Parábola de los Dos Hijos.-

En confirmación de que éste era el significado moral de la maldición de la higuera estéril, pronunció Jesús, enseñando en el Templo el día siguiente, martes, las tres famosas *parábolas de la reprobación de los judíos*, en las que de una manera clara y terminante anuncia a exclusión de los judíos del Reino de Dios, o sea, la Iglesia. Estas parábolas son: la de los *Dos Hijos*, la de los *Viñadores Homicidas* y la del *Banquete Nupcial*, de gran parecido con la de la Gran Cena, que trae San Lucas en el cap. 14 de su Evangelio.

La parábola de los Dos Hijos la expone así San Mateo 21, 28-31:

«Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña”. Y él respondió: “No quiero”. Pero después, arrepentido, fue. Llamando al segundo, le dijo lo mismo; y aunque él respondió: “Voy, señor”, mas no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? “El primero”, dijeron ellos. Y Jesús prosiguió: “En verdad os digo, que los publicanos y las rameras os precederán y entrarán en el reino de Dios”».

ENSEÑANZAS: Con esta parábola Jesús comparaba a los escribas y fariseos con aquel hijo hipócrita que tenía buenas palabras, pero malas obras; por lo cuál los declaraba indignos de entrar en el reino de Dios, que es la Iglesia, abierto a los mayores pecadores arrepentidos.

5. Parábola de los Viñadores homicidas.-

La parábola de los Viñadores Homicidas la expone así el mismo Evangelista, a continuación de la anterior:

«Érase un padre de familias que plantó una viña y la cercó de vallado; y cavando hizo en ella un lagar y edificó una torre; arrendóla después a ciertos labradores y se ausentó a un país lejano.

Venida ya la sazón de los frutos, envió sus criados a los renteros para que percibiesen el fruto de ella.

Mas los renteros, acometiendo a los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro le apedrearon.

Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros y los trataron de la misma manera.

Por último, les envió su hijo, diciendo para consigo: "A mi hijo, por lo menos, le respetarán". Pero los renteros, al ver al hijo, dijeron entre sí: "Éste es el heredero; venid, matémosle, y nos alzaremos con su herencia". Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron.

Ahora bien: en volviendo al dueño de la viña: ¿qué hará a aquellos labradores?

"Hará —dijeron ellos—, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen los frutos a sus tiempos."

"Por lo cual os digo que será quitado a vosotros el reino de Dios, y dado a gentes que rindan frutos de buenas obras"» (San Mateo 21, 33-43).

ENSEÑANZAS: Con esta parábola, Jesús anunciaba la reprobación de los judíos, asesinos de profetas y del mismo Hijo de Dios, Jesucristo. Así lo entendieron los sumos sacerdotes y fariseos, que decidieron de nuevo apoderarse de Él, no haciéndolo entonces por miedo al pueblo, que lo consideraba como profeta.

6. Parábola del Banquete Nupcial.-

San Mateo trae en este lugar otra parábola en que se expone la misma enseñanza que en las dos anteriores. Es la parábola del Banquete de Bodas o Nupcial:

«En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus criados a llamar a los convidados a las bodas, mas éstos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados, con orden de decir de su parte a los convidados: "Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto; venid,

pues, a las bodas". Mas ellos no hicieron caso; antes bien se marcharon, quién a su granja, quién a su tráfico ordinario; los demás cogieron a los criados, y después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual, oído por el rey, montó en cólera; y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad. Entonces dijo a sus criados: "Las prevenciones para las bodas están hechas mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas; id, pues, a la salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis convidadlos a las bodas". Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, malos y buenos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron a la mesa. Entrando después el rey a ver a los convidados reparó allí en un hombre que no iba vestido de boda. Y díjole: "Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí, sin vestido de boda?" Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus ministros: "Atado, de pies y manos arrojadle fuera a las tinieblas; donde no habrá sino llanto y crujir de dientes". Tan cierto es que son muchos los llamados y pocos los escogidos» (San Mateo 22, 2-14).

ENSEÑANZAS: *Excluidos los judíos del Reino de Dios por su ceguera voluntaria y apego a las riquezas, Jesucristo llama a su Iglesia a los gentiles, con la sola condición de vestir el traje nupcial, que es la gracia y la caridad.*

19. SUCESOS DEL MARTES

1. El tributo al César.-

Queriendo los enemigos de Jesús vengarse de Él ante el pueblo por las acusaciones contenidas en las parábolas de la reprobación de los judíos, referidas en la lección anterior, le enviaron a unos fariseos y herodianos a proponerle varias consultas insidiosas. La primera fue la relativa al pago del tributo al César:

«“Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino o la ley de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas. Esto supuesto, dínos qué te parece de esto: ¿Es o no es lícito a los judíos, pueblo de Dios, pagar tributo al César?”

A lo cual Jesús, conociendo su refinada malicia, respondió: “¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo”. Y ellos le mostraron un denario.

Y Jesús les dijo: “¿De quién es esta imagen y esta inscripción?”

Respóndenle: “Del César”. Entonces les replicó: “Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

Oída esta respuesta, quedaron admirados, y, dejándole, se fueron (San Mateo 22, 16-22).

ENSEÑANZAS: Con esta respuesta Jesús distingue los dos poderes, el civil y el religioso. Tenemos obligación de obedecer a los que rigen la sociedad civil y con mayor motivo a los superiores que gobiernan la Iglesia, pues todo poder viene de Dios.

2. El primer mandamiento.-

Esta derrota disgustaba a los orgullosos fariseos, por lo cual insistieron en sus insidias, enviando contra Jesús a un doctor de la ley, que le propuso este problema:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?»

Respondióle Jesús: “Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas”» (San Mateo 22, 36-40).

San Marcos añade que el doctor mostró su perfecta conformidad con la respuesta de Jesús, y que Éste le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y ya nadie se atrevía a proponerle más cuestiones.

3. Profecías sobre la destrucción de Jerusalén, segunda venida de Cristo y fin del mundo.-

Terminado su ministerio en el Templo, Jesús, acompañado de los doce, se dirigió a pernoctar en Betania, como lo venía haciendo el domingo y el lunes. Al salir del Templo, algunos discípulos le hicieron notar su magnífica construcción. Jesús les dijo: «¿Veis esa gran fábrica? Pues yo os aseguro que no quedará de ella piedra sobre piedra». Con estas palabras anuncia la destrucción del Templo.

Al llegar al Monte de los Olivos, sentóse a descansar frente al Templo y permaneció algún tiempo mirándolo en silencio. Entonces se le acercaron en secreto Pedro y Santiago, Juan y Andrés, y le preguntaron: «Dinos, ¿cuándo sucederá eso y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?» A esta pregunta respondió con el llamado discurso «escatológico», porque en él anuncia las cosas que han de suceder al fin de los tiempos: la ruina de Jerusalén y su Templo, dentro del plazo de vida de aquella generación, el fin del mundo, la segunda venida y el juicio universal.

a) PROFECÍA SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN.-

Después de indicar Jesús con todo detalle las señales que han de preceder a este triste acontecimiento, como son persecuciones y engaños por parte de los enemigos, debilidad y miedo en sus propios seguidores, guerras, hambre, epidemias, terremotos, etc., anuncia la destrucción de la Ciudad Santa con estas palabras:

«Y cuando viereis a Jerusalén estar cercado por un ejército, entonces tened por cierto que su desolación está cerca; en aquella hora los que se hallan en Judea, huyan a las montañas; los que habitan en medio de la ciudad, retírense, y los que están en los contornos, no entren. Porque días de venganza son éstos, en que se han de cumplir todas las cosas como están escritas. ¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días!, pues este país se hallará en grandes angustias, y la ira de Dios descargará sobre este pueblo. Parte morirán al filo de la espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse» (San Lucas 21, 20-24).

En efecto, el vaticinio se cumplió en sus propios términos. En el asedio de Jerusalén murieron, más de un millón de judíos y casi cien mil fueron llevados cautivos a Roma, según nos dice la Historia.

b) PROFECÍA SOBRE LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO REY Y SOBRE EL FIN DEL MUNDO.-

De la destrucción de Jerusalén y su Templo pasó Jesús a profetizar su segunda venida triunfal y el fin del mundo, no señalando el tiempo en que sucederá, como lo hiciera al vaticinar la ruina de Jerusalén (en vida de aquella generación), sino indicando tan sólo las señales de aquel trágico acontecimiento:

«Y veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor, y de sobresalto, por la cosas que han de sobrevenir a todo el universo, porque las virtudes de los cielos o esferas celestes se bambolearán; y entonces será cuando verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Como quiera, vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca» (San Lucas 21, 25-28).

4. Profecía sobre el juicio final y triunfo de la caridad.-

Al terminar este largo discurso, Jesús hizo la descripción del juicio final, que seguirá inmediatamente al fin del mundo. San Mateo lo refiere de esta manera:

«Cuando venga, pues, el Hijo del hombre con toda su majestad, y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha entonces en el trono de su gloria.

Y hará comparecer delante de Él a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme y consolarme”. A lo cual los justos le responderán, diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a visitarte?” Y el rey, en respuesta, les dirá: “En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis”. Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles; porque yo tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis”. A lo que replicarán también los malos: “¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte?” Entonces les responderá: “Os digo en verdad: siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos pequeños, dejasteis de hacerlo conmigo”. Y en consecuencia irán éstos al eterno suplicio y los justos a la vida eterna» (San Mateo 25, 31-46).

ENSEÑANZAS: A través de esta bella página se ve que en el juicio final será el triunfo definitivo de Cristo Rey y de la virtud de la caridad cuya práctica será premiada por Jesús con la gloria y cuya omisión será castigada con el infierno.

20. SUCESOS DEL MIÉRCOLES Y JUEVES DE LA ÚLTIMA SEMANA

1. Parábola de las Vírgenes prudentes y las Vírgenes necias.-

A fin de que sus discípulos no se vieran trágicamente sorprendidos por los sucesos terribles que acababa de anunciar ni excluidos, por consiguiente, del Reino, Jesús les advirtió con gran insistencia que estuvieran alerta, vigilantes siempre y preparados en todo instante, «porque cuando menos se piense vendrá el Hijo del Hombre» (San Mateo 24, 44).

Y para inculcarles más y más esta vigilancia, les propuso varias parábolas de las cuales vamos a referir la de las *Vírgenes prudentes y las Vírgenes necias* y la de los *Talentos*.

«Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al tomar sus lámparas, no se proveyeron de aceite. Al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron dormidas. Mas llegada la medianoche se oyó una voz que gritaba: "Mirad, que viene el esposo, salidle al encuentro". Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: "Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan". Respondieron las prudentes, diciendo: "No sea que éste que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es que vayáis a los que lo venden, y compréis el que os falta". Mientras éstas iban a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: "¡Señor, Señor!, ábrenos". Pero Él respondió y dijo: "En verdad os digo que yo no os conozco". Así

que velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora» (San Mateo 25, 1-13).

ENSEÑANZAS: La muerte es cierta y segura en su venida, pero incierta en sus circunstancias, ya que el Señor, con admirable y sabia providencia, ha ocultado el día y la hora, el lugar y el modo cómo moriremos. Por esto hemos de estar siempre en gracia de Dios, para que el Señor nos reciba en el cielo y no nos precipite en el infierno.

2. Parábola de los talentos.-

«Porque el Señor obrará como un hombre que, yéndose a lejanas tierras, convocó a sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, a otro dos, y uno solo al otro, a cada uno según su capacidad, y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos fue y, negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco. De la misma suerte aquel que había recibido dos ganó otros dos. Mas el que recibió uno fue e hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor.

Pasado mucho tiempo volvió el amo de dichos criados, y llamólos a cuentas. Llegando el que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me has entregado; he aquí otros cinco más que he ganado con ellos". Respondióle su amo: "Muy bien, siervo bueno, siervo diligente y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; ven a tomar parte en el gozo de tu señor". Llegóse después el que había recibido dos talentos, y dijo: "Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos que he granjeado con ellos". Díjole su amo: "Muy bien, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más; ven a participar del gozo de tu señor". Por último, llegando el que había recibido un talento, dijo: "Señor, yo sé que eres un hombre de recia condición, que siegas donde no has sembrado, y recoges donde no has esparcido. Y así, temeroso de perderle, me fui y escondí tu talento en tierra; aquí tienes lo que es tuyo". Pero su amo, cogiéndole la palabra, le replicó y dijo: "¡Oh siervo malo y perezoso! Tú sabías que yo siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido. Pues por eso debías haber dado a

los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con los intereses. Ea, pues, quitadle aquel talento y dádsele al que tiene diez talentos. Porque a quien tiene, dársele ha, y estará abundante o sobrado; mas a quien no tiene, quitarásele aun aquello que parece que tiene. Ahora bien: a ese siervo inútil arrojadlo a las tinieblas de afuera: allí será el llorar y crujir de dientes"» (San Mateo 25, 14-30).

ENSEÑANZAS: La parábola de los talentos contiene la enseñanza siguiente: la correspondencia a la gracia será premiada con nuevas gracias, y, finalmente, con la gloria; la pereza y la holgazanería serán castigadas con la retirada de las gracias recibidas y, al fin de la vida, con el infierno.

3. Traición de Judas.-

Los sucesos de los últimos días, como la resurrección de Lázaro, la entrada triunfal en Jerusalén, la expulsión de los mercaderes del Templo y las duras y graves censuras contra los escribas y fariseos, decidieron al Sanedrín a terminar con el Maestro inmediatamente.

Dos días antes de la Pascua, cuando comían los ázimos, es decir, el miércoles, se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos en casa de Caifás, para tomar acuerdos sobre el cómo y el cuándo de su muerte. No querían que fuese en público y de manera descarada, por temor al pueblo; tampoco en los días de fiesta, para evitar tumultos, que Poncio Pilatos reprimiría con dureza. El parecer de la mayoría fue que se le prendiese y ejecutase después de la Pascua. Pero un inesperado suceso anticipó y facilitó el desenlace del drama.

En efecto, Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, de quien Satanás se había apoderado, se presentó en la reunión y les propuso este negocio: «¿Qué me dais si os lo entrego?» Ellos se alegraron sobremanera y se comprometieron a pagarle treinta monedas de plata, probablemente treinta siclos, cuyo valor no llegaba a las cien pesetas y constituía el precio de un esclavo.

Los tres Sinópticos afirman que «desde entonces buscaba Judas la ocasión más propicia para entregarlo sin tumulto».

4. La última cena: sus circunstancias.-

La hora de la Pasión de Jesús estaba próxima y quería entrar en ella celebrando con sus discípulos la Cena pascual, en la que había de instituir la Eucaristía y el Sacerdocio y despedirse de los suyos. Así, pues, «el primer día de los ázimos, cuando sacrificaban el cordero pascual», esto es, el jueves por la mañana, los discípulos preguntaron a Jesús: «¿Adónde quieres que vayamos a prepararte la cena de la Pascua?» Jesús envió desde Betania, donde probablemente pasó aquella noche, a Pedro y a Juan, con el siguiente encargo:

«“Id a la ciudad y encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y en dondequiera que entrare, decid al amo de la casa que el Maestro os envía a decir: ¿Dónde está la sala en que he de celebrar la cena de Pascua con mis discípulos? Él os mostrará una sala alta, grande, alfombrada. Allí haréis los preparativos para nosotros.” Y llegando a la ciudad hallaron todo lo que les había dicho, y dispusieron las cosas para la Pascua» (San Marcos 14, 13-16).

Esta casa era probablemente de la madre del evangelista San Marcos, llamada María; estaba situada en el monte Sión.

El día de la última cena consta que era jueves; pero se discute si era el 13 o el 14 del mes de Nisán, correspondiente a nuestro marzo-abril (15 marzo a 15 abril). Si se sigue a San Juan, fue el 13; si a los Sinópticos, el 14.

«Y cuando fue la hora, se puso a la mesa, y los apóstoles con Él. Y les dijo:

—Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros antes de padecer. Porque os digo que no la comeré hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios» (San Lucas 22, 14-16).

La cena se servía con arreglo a un antiguo rito, reformado notablemente en tiempo de Jesús. Los comensales estaban recostados en divanes, a la manera griega y romana. Se repartían *cuatro copas de vino* a cada uno de los asistentes, y entre copa y

copa se servían los manjares, que consistían en el *cordero pascual*, de un año, sin mancha, inmolado en el Templo y luego asado al fuego en la casa; *hierbas amargas* (lechuga, perejil, apio, etc.), *pan ázimo*, es decir, sin levadura, y *una salsa roja*. El padre de familia bendecía el vino y la fiesta, explicaba su significado a toda la familia y entonaba el himno «Hallel» en *acción de gracias*.

Hechos los preparativos durante el día, la cena se tomaba al ponerse el sol, cuando las trompetas de plata del Templo daban la señal.

5. El lavatorio de los pies.-

Surgida una disputa entre los Apóstoles sobre quiénes debían ocupar los primeros puestos en la mesa, Jesús les recomienda la humildad con estas palabras: «El que es mayor entre vosotros, hágase el menor». Y para que no quedase la lección en solas palabras, realizó el acto de mayor humildad que cabe imaginar: *lavar los pies* de sus discípulos. San Juan describe así esta maravillosa escena:

«El día antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y comenzada la cena, como ya el diablo hubiese puesto en el corazón a Judas, hijo de Simón, el Iscariote, que le entregase, sabiendo que todas las cosas las entregó el Padre en sus manos y que de Dios salió y a Dios vuelve, levántase de la mesa y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla, se la ciñe. Echa después agua en el lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido. Viene, pues, a Simón Pedro, y Pedro le dice: “¡Señor!, ¿tú lavarme a mí los pies?” Respondióle Jesús y le dijo: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después”. Dícele Pedro: “Jamás me lavarás a mí los pies”. Respondióle Jesús: “Si yo no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo”. Dícele Simón Pedro: “Señor, no solamente mis pies, sino las manos también y la cabeza”. Jesús le dice: “El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los pies, estando, como está, limpio todo lo demás. Y en cuanto a vosotros, limpios

estáis, bien que no todos". Pues como sabía quién era el que le había de hacer traición, por eso dijo: "No todos estáis limpios".

Después que les hubo lavado los pies y tomó otra vez su vestido, puesto de nuevo a la mesa, díjoles: "¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro. Porque ejemplo os he dado para que, pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también"» (San Juan 13, 1-15).

ENSEÑANZAS: El lavatorio de los pies no fue sólo una divina lección de humildad, sino una recomendación de la limpieza de alma con que hemos de acercarnos a recibir la Eucaristía, que Jesús iba a instituir inmediatamente.

6. El traidor descubierto.-

La frase «no todos estáis limpios» debió dejar preocupados a los discípulos. Jesús añadió todavía otras palabras que contenían una profecía clara de la traición de Judas:

«Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó su corazón, y abiertamente declaró y dijo: "En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición". Al oír esto los discípulos, horrorizados, mirábanse unos a otros, dudando de quién hablaría. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado a la mesa, con la cabeza casi sobre el seno de Jesús. A este discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: "¿Quién es ése de quien habla?" Él, entonces, recostándose más sobre el pecho de Jesús, le dijo: "Señor, ¿quién es?" Jesús le respondió: "Es aquel a quien yo ahora daré pan mojado". Y habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después que tomó éste el bocado, se apoderó de él Satanás plenamente; y Jesús, con majestuoso desdén, le dijo: "Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes". Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo; porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho: "Compra lo que necesitamos para, la fiesta, o que diese algo a los

pobres". El, luego que tomó el bocado, se salió; y ya era de noche» (San Juan 13, 21-30).

Descubierta su traición, Judas tuvo la gran oportunidad de pedir perdón a su Maestro y desistir de entregarlo; sin embargo, resistiendo a la gracia, salió del Cenáculo a consumar su crimen.

ENSEÑANZAS: *Si oyeses la voz de Dios en el interior de tu alma, sé obediente a su llamada; no resistas a la gracia.*

21. DESPUÉS DE LA CENA

1. Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio.-

Jesús había prometido, en el famoso discurso del «Pan de Vida», pronunciado en la Sinagoga de Cafarnaúm un año antes, darnos su propia carne en comida, y su propia sangre en bebida. Aquella promesa la va ahora a cumplir.

Estando, pues, la cena pascual más que mediada, «Jesús tomó el pan, dio gracias, lo partió, y diolo a sus discípulos, diciendo: «Éste es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mía». Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros» (San Lucas 22, 19-20).

Con estas maravillosas palabras Jesucristo instituye dos sacramentos: la Eucaristía, que también es Sacrificio, y el Sacerdocio u Orden Sacerdotal.

Al decir «éste es mi Cuerpo», «ésta es mi Sangre» (San Mateo 26, 28), Jesús convierte el pan y el vino en su cuerpo, sangre, alma y divinidad, lo cual se llama «transustanciación».

Al decir «tomad y comed», «bebed todos de él» (San Mateo), instituye la Sagrada Comunión, o sea, la Eucaristía como Sacramento, haciéndola obligatoria de precepto divino.

Con las palabras «que se da por vosotros», «que se derramará por vosotros», significa que la Eucaristía es también Sacrificio.

Y, finalmente con el mandato «haced esto en memoria mía», instituye el Sacerdocio, pues da a los Apóstoles y en ellos a todos los sacerdotes, el poder de consagrar el pan y el vino, convirtiéndolos en cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, en el Santo Sacrificio de la Misa, para recibirlos ellos y darlos en comunión a los fieles.

Así la promesa de Jesús se ha convertido en la más sublime y consoladora realidad: Jesús está con nosotros en la Eucaristía, para que lo visitemos y lo recibamos; para ser nuestro amigo y compañero, nuestra alegría y nuestra fuerza.

2. Anuncio de las negaciones de Pedro.-

Probablemente en el Cenáculo, durante la larga sobremesa de aquella última y solemne cena pascual. Jesús anuncia el abandono de sus discípulos y la triple negación de Pedro.

«Entonces díceles Jesús: “Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de Mí esta noche, por cuanto está escrito: «Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño.» Mas en resucitando, yo iré delante de vosotros a Galilea”. Pedro, respondiendo, le dijo: “Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo”. Replicóle Jesús: “Pues yo te aseguro con toda verdad que esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces”. A lo que dijo Pedro: “Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré”. Eso mismo protestaron todos los discípulos» (San Mateo 26, 31-35).

La profecía de Jesucristo se cumplió al pie de la letra; le abandonaron los Apóstoles al ser prendido en el Huerto de los Olivos y le negó Pedro, como después diremos.

ENSEÑANZAS: No presumamos de fieles ni confiemos en nuestras fuerzas y virtudes, pues otros más fuertes que nosotros cayeron. Confiemos únicamente en la gracia de Dios, que ayuda nuestra fragilidad.

3. El Sermón de la Cena: Precepto del Amor.-

El Sermón de la Cena es un largo discurso pronunciado por Jesús después de la última Cena, en el cual se despide de sus discípulos y les da consejos en orden a su actividad apostólica.

Fue pronunciado en el trayecto del Cenáculo al Huerto de Getsemaní o de los Olivos, de manera que la primera parte se

pronunciaría estando aún en el Cenáculo; la segunda, atravesando la ciudad; y la tercera, entre las murallas y el Huerto. Este discurso lo trae solamente el Evangelista San Juan.

Las principales enseñanzas del Sermón de la Cena son: el *amor mutuo*, la *promesa del Espíritu Santo* y la *necesidad de la gracia*.

EL AMOR MUTUO.-

«Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis unos a otros; y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente. Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros» (San Juan 13, 34-35).

Poco después, como si esto constituyese la mayor preocupación del Maestro, les impone de nuevo el precepto del amor fraterno:

«El precepto mío es que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros. Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Lo que mando es que os améis unos a otros» (San Juan 15, 12-17).

También les dice que Él es *el camino, la verdad y la vida*. «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí. Si me hubieseis conocido a Mí, hubierais conocido también a mi Padre».

4. La promesa del Espíritu Santo.-

Jesús amaba tanto a los suyos, que sentía dejarlos huérfanos y sin amparo. Por eso les promete un Consolador, el Espíritu Santo, de verdad y de amor, que los enseñará y defenderá:

«Si me amáis observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente; a saber: el Espíritu de Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Pero vosotros le conocéis, porque morará con vosotros, y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos» (San Juan 14, 15-18).

Les anuncia también los actos con que el Espíritu Santo cumplirá su misión santificadora en la Iglesia:

«Y cuando Él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden a la justicia y en orden al juicio. Aún tengo otras muchas cosas que deciros; mas por ahora no podéis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de Verdad, Él os enseñará todas las verdades necesarias para la salvación, pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os comunicará las venideras. Él me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará» (San Juan 16, 7-14).

El Espíritu Santo acusará y convencerá a los mundanos del pecado de incredulidad, y ampliará las verdades que Cristo predicó, con lo cual le dará gloria y honor.

5. La vid mística y la necesidad de la gracia.-

En este Sermón de la Cena, se presenta Jesús como una vid mística.

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. El que no permanece en Mí será echado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego y arderá» (San Juan 15, 5-6).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras indica Jesús claramente la necesidad de la divina gracia, que nos une a Dios y nos permite hacer obras de mérito sobrenatural, del mismo modo que el sarmiento, unido a la cepa, produce las uvas. Y así como el sarmiento separado de la vid es arrojado al fuego por improductivo, de la misma manera el hombre sin la gracia de Dios se torna estéril y acaba en el infierno.

También les anuncia terribles persecuciones; pero al fin vencerán al mundo con Él y como Él.

«Estas cosas os las he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y aún va a venir tiempo en que quien os

matare se persuada de hacer un obsequio a Dios. En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza: yo he vencido al mundo» (San Juan 16, 1-4).

6. Oración Sacerdotal de Jesús.-

El Sermón de la Cena terminó con una súplica ferviente de Jesús al Eterno Padre llamada la «oración sacerdotal de Jesús». En ella ruega Jesús:

1º *Por Sí mismo*: «Padre: ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti».

2º *Por sus discípulos*: «Que sean uno como nosotros. No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal... Conságralos en la verdad».

3º *Por todos los creyentes*: «No ruego por éstos solamente, sino también por los que crean en Mí por medio de su palabra; que todos sean uno como nosotros somos uno» (San Juan, cap. 17 entero).

ENSEÑANZAS: A través de esta oración Sacerdotal de Jesús, se advierte su deseo de unidad no sólo entre sus discípulos sino entre todos los creyentes. Estas ansias de unidad entre todos los cristianos, las viene manifestando la Iglesia desde su fundación. Las últimas palabras del Papa Juan XXIII fueron éstas: «Que todos sean uno».

Ruega tú también al Señor por la unidad de los cristianos: «que haya un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor».

22. LA PASIÓN DE JESÚS (NOCHE DEL JUEVES AL VIERNES)

1. La oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní.-

La palabra «Getsemaní» significa «prensa de aceite», por haber allí un molino de aceite destinado a moler la aceituna que producían los olivares contiguos. En aquel huerto u olivar solía Jesús recogerse para orar.

Desde el Cenáculo se dirigió Jesús con los once Apóstoles a este Huerto para hacer oración.

Una vez allí, díjoles Jesús:

«Quedaos aquí mientras yo voy más allá para orar».

Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: “Mi alma siente angustias mortales; aguardad aquí y velad conmigo”.

Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra, caído sobre su rostro, orando y diciendo: “Padre mío, si es posible, pase lejos de Mí ese cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú”.

Volvió después a sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: “¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación. Que si bien el espíritu está pronto, la carne es flaca”» (San Mateo 26, 37-41).

Segunda y tercera vez dirigió al Padre la misma oración: «Si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

La angustia de Jesús iba creciendo conforme se aproximaba el momento de su Pasión. «Entonces se le apareció un ángel del cielo,

confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad. Y vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo» (San Lucas 22, 43-44).

Acabada la oración y reanimado de aquella agonía sangrienta, Jesús se dirigió adonde estaban sus discípulos y los despertó de nuevo, diciéndoles: «Levantaos y vamos de aquí; el que me va a entregar está ya cerca».

ENSEÑANZAS: *Para resistir las tentaciones no tienes otro remedio que el que Jesús te indica: «Velar y orar».*

Y cuando te cueste trabajo cumplir un mandato de tus padres o profesor, di con Jesús: «No se haga mi voluntad sino la tuya».

2. El prendimiento.-

Todavía estaba Jesús con la palabra en la boca, cuando entró en el Huerto un gran tropel de gente, cuya mayoría estaba formada por criados del Templo y soldados romanos con un tribuno al frente. Venían provistos de linternas, hachas y palos, espadas y cuerdas.

Delante de todos venía el traidor Judas, que, dirigiéndose a Jesús, le dijo: «Maestro, Dios te guarde». Y le dio un beso.

Jesús le dice: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?»

En efecto, Judas había dado esta señal: «Aquél a quien yo besare, ése es; prendedle y conducidlo con cautela».

«Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: “¿A quién buscáis?” Respondieronle: “A Jesús Nazareno”. Díceles Jesús: “Yo soy”. Estaba también entre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, les dijo: “Yo soy”, retrocedieron, y cayeron en tierra. Les preguntó Jesús por segunda vez: “¿A quién buscáis?” Y ellos respondieron: “A Jesús Nazareno”. Replicó Jesús: “Ya os he dicho que yo soy; ahora bien, si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos”. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: “¡Oh Padre!, ninguno he perdido de los que Tú me diste”.

Entretanto, Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, y dando un golpe a un criado del Pontífice, le cortó la oreja derecha. Este criado llamábase Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: "Mete tu espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberlo?"»

ENSEÑANZAS: *Jesús va a la muerte voluntariamente porque había decidido redimirnos: por eso ni se defiende ni huye, antes bien, defiende a sus Apóstoles.*

En fin, la cohorte de soldados, el tribuno y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús y lo ataron (San Juan 18, 4-12).

«Viendo los discípulos que el Maestro había sido apresado y se le conducía como a un vulgar malhechor, se dieron a la fuga. Así se cumplió la profecía de Jesús, hecha unas horas antes: "Todos vosotros sufriréis escándalo por ocasión de Mí esta noche, y me abandonaréis. Porque escrito está: «Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño»"» (San Mateo 26, 31).

3. Jesús ante Anás y Caifás.-

Los criados del Templo llevaron al preso atado a casa de Anás, primero, y, después, a la de Caifás. Ante estos dos personajes tuvo lugar el *proceso religioso* contra Jesús.

Anás, antiguo Sumo Sacerdote, suegro de Caifás, Sumo Pontífice actual, preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió de esta manera:

«Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas a Mí? Preguntas a los que han oído lo que yo les he enseñado; pues esos saben cuáles cosas haya dicho yo.» A esta respuesta, uno de los ministros asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así respondes Tú al Pontífice?" Díjole Jesús: "Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué

me hieres?” Habíale enviado Anás, atado, al Pontífice Caifás» (San Juan 18, 20-24).

Así atado comparece Jesús ante Caifás, a quien acompañaban bastantes miembros del Sanedrín, convocados urgentemente aquella noche para la acusación religiosa oficial. Anduvieron buscando testigos falsos, pero no utilizaron a ninguno de los muchos que se ofrecieron, por ser contradictorios sus testimonios. Por fin llegaron dos, que dijeron:

«Este dijo: “Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarle en tres días”. Entonces, poniéndose en pie el sumo sacerdote, le dijo: “¿No respondes nada a lo que deponen contra ti?» Pero Jesús permanecía en silencio. Y díjole el sumo sacerdote: “Yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo, Hijo de Dios”. Respondióle Jesús: “Tú lo has dicho, y aún os declaro que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo”. A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: “Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia: ¿qué os parece?” A lo que respondieron ellos, diciendo: “Reo es de muerte”».

ENSEÑANZAS: Jesús afirma de palabra su divinidad ante Caifás, lo mismo que la demostró tantas veces con sus obras ante los judíos. Es Dios y hombre verdadero, que se entrega a la muerte por salvarnos demostrando así el infinito amor que nos tiene.

«Luego empezaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas, y otros le daban bofetadas, diciendo: “Cristo, profetízanos, ¿quién es el que te ha herido?”» (San Mateo 26, 61-68).

Esta sentencia de muerte contra Jesús fue ratificada por todo el Sanedrín al llegar el día, ya que de noche no era legal su reunión ni, por consiguiente, la condena.

4. Las negaciones de Pedro.-

Durante el proceso religioso de Jesús tuvieron lugar las negaciones de Pedro.

Desde el Huerto de Getsemaní siguieron de lejos a Jesús, Pedro y otro discípulo, que probablemente era Juan. Por conocimientos de éste pudieron entrar en el atrio o patio del Sumo Sacerdote, para ver en qué paraba aquello.

Estándose Pedro calentando a la lumbre, pues hacía frío, una criada del Sumo Sacerdote, clavando en él los ojos, le dijo:

«Tú también andabas con Jesús Nazareno.» Mas él lo negó, diciendo: “Ni le conozco, ni sé lo que dices”. Y saliéndose fuera al zaguán, cantó el gallo.

Reparando de nuevo en él la criada, empezó a decir a los circunstantes: “Sin duda éste es de aquéllos”. Mas él lo negó por segunda vez.

Un poquito después, los que estaban allí decían nuevamente a Pedro: “Seguramente tú eres de ellos, pues eres también galileo”. Aquí comenzó a echarse maldiciones y a asegurar con juramento: “Yo no conozco a ese hombre de que habláis”. Y al instante cantó el gallo la segunda vez.

Con lo que se acordó Pedro de la palabra que Jesús le había dicho: “Antes de cantar el gallo por segunda vez, tres veces me habrás negado”. Y comenzó a llorar» (San Marcos 14, 67-72).

ENSEÑANZAS: El llanto de Pedro te enseña a llorar cuando niegues a Jesús por el pecado.

5. Desesperación y muerte de Judas.-

La noticia de la condena a muerte de Jesús llegó bien pronto a oídos del traidor Judas, el cual, «arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente». A lo que dijeron ellos: «A nosotros, ¿qué nos importa?, allá te las hayas». Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fue, y echándose un lazo, se ahorcó (San Mateo 27, 3-5).

Así se cumplió la profecía de Zacarías, que anunció que el Mesías sería vendido por treinta monedas, que serían devueltas y arrojadas en el Templo.

El arrepentimiento de Judas no fue suficiente para obtener el perdón, pues si bien es cierto que reconoció su pecado, lo confesó, se arrepintió de él y restituyó el dinero mal adquirido, no esperó en la misericordia divina. Su desesperación le llevó al suicidio, y tal vez al infierno.

ENSEÑANZAS: Aunque tus pecados fueran muchos y enormes, no desconfíes nunca de la misericordia de Jesús. Acuérdate de que, para redimirte y salvarte, fue voluntariamente a la muerte y muerte de Cruz.

23. PASIÓN DE JESÚS (continuación). MAÑANA DEL VIERNES

1. Jesús ante Pilatos y Herodes.-

Por aquellos días de fiesta se hallaban en Jerusalén tanto el gobernador romano, Poncio Pilatos, como el tetrarca de Galilea, Herodes. Ante estos dos personajes tiene lugar el *proceso civil* contra Jesús.

Los sanedritas lo acusan ahora ante Pilatos y Herodes de crímenes políticos, como antes de crímenes religiosos ante Anás y Caifás.

«Y levantándose toda la muchedumbre de ellos, le llevaron a Pilatos. Y comenzaron a acusarle, diciendo: “A éste hemos hallado amotinando nuestra gente, y prohibiendo dar tributos al César y diciendo que Él es el Mesías rey”. Pilatos le interrogó, diciendo: “¿Tú eres el Rey de los judíos?”. Él, respondiendo, le dijo: “Tú lo dices”. Pilatos dijo a los sumos sacerdotes y a las turbas: “Ningún delito hallo en este hombre”. Ellos insistían con fuerza, diciendo: “Amotina el pueblo, enseñando por toda la Judea, y habiendo comenzado por Galilea, ha llegado hasta acá”.

Pilatos, como lo oyese, preguntó si el hombre era galileo. Y entendiendo que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que estaba también él en Jerusalén por aquellos días.

Herodes, viendo a Jesús, se regocijó en extremo; porque desde hacía mucho tiempo estaba deseoso de verle, pues había oído decir muchas cosas de Él, y esperaba verle hacer algún prodigio. Y le hacía numerosas preguntas. Mas Él no respondió nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con ahinco. Menosprecióle también Herodes, juntamente con su cuerpo de guardia, y haciendo burla de Él, le vistió un ropaje luciente y le

remitió a Pilatos. Hicieronse amigos uno del otro, Herodes y Pilatos, aquel día, pues antes eran enemigos entre sí» (San Lucas 23, 1-12).

ENSEÑANZAS: Advierte cómo Jesús sufre por nosotros no sólo dolores físicos, sino afrentas y burlas, que son dolores morales, dolores del alma, más duros que los del cuerpo.

2. Jesús y Barrabás.-

De nuevo ante Pilatos, trató éste de salvar a Jesús de la furia de sus enemigos, apelando a dos procedimientos. El primero fue poner a Jesús en comparación con Barrabás, un preso condenado por robo y homicidio; el segundo, mandar azotar a Jesús.

«Cada año, por la fiesta, acostumbraba el gobernador soltar en gracia del pueblo un preso, el que querían. Tenían entonces un preso notable, llamado Barrabás. Reunidos, pues, ellos, díjoles Pilatos: “¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías?” Porque sabía que le habían entregado por envidia. Mientras estaba él sentado en el tribunal, le mandó un recado su mujer, diciendo: “No te metas con ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños con motivo de él”.

Los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron a las turbas que demandasen a Barrabás y que a Jesús le hiciesen perecer. Tomando la palabra el gobernador, les dijo: “¿A quién de los dos queréis que os suelte?” Ellos dijeron: “A Barrabás”. Díceles Pilatos: “¿Qué haré, pues, de Jesús, el llamado Mesías?” Dicen todos: “Que sea crucificado”. El dijo: “Pues ¿qué mal ha hecho?” Mas ellos más y más gritaban, diciendo: “Que sea crucificado”» (San Mateo 27, 15-23).

Con lo que viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien, que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua se lavó las manos a la vista del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os veáis vosotros». A lo cual, respondiendo todo el pueblo, dijo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces les soltó a Barrabás (San Mateo 27, 24-26).

ENSEÑANZAS: *Cuando pecas gravemente das suelta a tus pasiones y crucificas a Jesús. Eres otro Pilatos.*

3. La flagelación y coronación de espinas.-

El segundo procedimiento a que Pilatos apeló para salvar a Jesús de la furia de los judíos fue mandarlo azotar.

Atado a una columna, recibió innumerables latigazos, que le hirieron las carnes hasta derramar sangre en abundancia.

«Entonces, pues, tomó Pilatos a Jesús y le azotó.

Y los soldados, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y le vistieron un manto de púrpura; y venían a Él y decían:

—¡Salud, rey de los judíos!

Y le daban bofetadas» (San Juan 19, 1-3).

San Mateo añade otros detalles: «Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y en la mano una caña; y doblando ante Él la rodilla se burlaban diciendo: ¡Salve, rey de los judíos! Y así se cumplió la profecía de Isaías que anunció que el Mesías sería azotado y escupido.

4. Jesús condenado a muerte.-

Pilatos creyó que viendo los judíos a Jesús en aquel estado tan lastimoso, se darían por satisfechos y no pedirían su muerte; pero no fue así, sino que, con mayor furia, los pontífices y sus ministros pidieron que fuese crucificado, alegando que se decía a sí mismo Hijo de Dios.

«Salió Pilatos de nuevo afuera, y díjoles: “He aquí que os lo saco fuera, para que reconozcáis que yo no hallo en Él delito ninguno”. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y revestido del manto de púrpura. Y les dijo Pilatos: “¡Ved aquí al hombre!”. Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: “Crucifícale”. Díceles Pilatos: “Tomadle allá vosotros y crucificadle,

que yo no hallo en Él crimen". Respondieron los judíos: "Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios» (San Juan 19, 4-7).

Ante esta acusación de tipo religioso, Pilatos se llenó de un mayor temor y se esforzó con más, ansia en libertar a Jesús.

Pero los judíos daban voces, diciendo: «Si sueltas a Ése, no eres amigo del César, puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra el César» (San Juan 19, 12).

Pilatos se acobardó aún más ante esta acusación de tipo político que podía comprometer su cargo, su carrera política y su amistad con el César; y mandando instalar su tribunal en el lugar llamado «Lithóstrotos», o sea, «terrazza empedrada», teniendo ante sí a Jesús, dijo con aire de insulto y de burla para sus acusadores:

«"Aquí tenéis a vuestro rey." Ellos, empero, gritaban: "Quita, quítale de en medio, crucifícale". Díceles Pilatos: "¿A vuestro rey tengo yo que crucificar?" Respondieron los pontífices: "No tenemos rey, sino a César". Entonces se lo entregó para que lo crucificasen» (San Juan 19, 14-16).

Era cerca del mediodía. Pilatos pronunció por fin la sentencia: «Irás a la cruz».

Los enemigos de Jesús quedaron satisfechos con la sentencia; sentencia arrancada por la malicia y la envidia de los judíos a un juez cobarde, que condenaba a Jesús a pesar de conocer y publicar su inocencia.

ENSEÑANZAS: *La envidia de los judíos y la cobardía de Pilatos dieron como resultado la muerte de Jesús ¡No seas nunca envidioso ni cobarde!*

24. CRUCIFIXIÓN, MUERTE Y SEPULTURA DE JESÚS (TARDE DEL VIERNES)

1. Camino del Calvario.-

Una vez dictada la sentencia de muerte contra Jesús, se redactó en una tablilla el motivo de la condena: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», título que se escribió en los tres idiomas más conocidos y hablados en el país: el hebreo, el griego y el latín.

Se organizó la comitiva a base de un grupo de soldados mandados por un centurión, varios emisarios del Sanedrín y un gran número de desalmados y curiosos que vociferaban y blasfemaban.

Dos ladrones eran conducidos al suplicio de la cruz juntamente con Jesús. Así se cumplía la profecía de Isaías, que dijo que el Mesías sería contado entre los criminales.

El lugar destinado a la crucifixión era un pequeño grupo de rocas, situado en las afueras de la ciudad, cerca de la muralla y en dirección norte. Se le conocía con el nombre vulgar de la «Calavera». En latín se decía «Calvario», en hebreo «Gólgota».

Preparadas las cruces, que cargaron sobre los reos, dispuestos los clavos, martillos, cuerdas y demás instrumentos del suplicio, la comitiva se puso en marcha poco antes del mediodía.

Pero el reo principal, Jesús Nazareno, caminaba con gran fatiga, tropezaba y caía con frecuencia. El centurión temió que se le muriese en el camino. Por esto, al salir de la ciudad alquilaron a un tal Simón, natural de Cirene (por eso se le llama el Cirineo), padre de Alejandro y de Rufo, que venía de una granja, y le obligaron a llevar la cruz en pos de Jesús.

«Seguía gran muchedumbre del pueblo y mujeres, las cuales se deshacían en llantos y le plañían. Pero Jesús vuelto a ellas, les

dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos"» (San Lucas 23, 27-28).

ENSEÑANZAS: *Jesús va a ofrecer el sacrificio de su vida por la salvación del mundo.*

La Redención está a punto de cumplirse. «Como cordero es llevado al matadero sin proferir una queja», había profetizado Isaías (cap. 53).

Como cordero de Dios, Jesús va a derramar su sangre preciosa en prueba de amor y de perdón hacia todos los hombres.

Agradece a Cristo su muerte y únete a todos los hombres en esta plegaria de adoración y de amor: «Adorámoste, Cristo y te bendecimos, porque por tu Cruz redimiste al mundo».

2. La crucifixión.-

Llegados al Calvario, se procedió a la crucifixión. La crucifixión era el más espantoso y cruel de los suplicios, propio de esclavos y en pena de gravísimos delitos.

Para aminorar algún tanto los sufrimientos del reo, se le daba a beber un brebaje compuesto de vino, mirra y áloe, que, según se creía, tenía propiedades calmantes. Jesús, habiéndolo probado, no lo quiso beber, para sufrir por nosotros todos los dolores de su Pasión.

Desnudaron a Jesús de sus vestidos (túnica manto, ceñidor y sandalias), respetando tan sólo su pudor, y lo tendieron, en el suelo, clavándole así manos y pies a golpes de martillo.

Una vez clavado, fue levantada la cruz con el crucificado y plantada en un agujero practicado previamente en la roca.

En la parte superior de la cruz fue fijada la tablilla: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos».

«Entretanto, los soldados, habiendo crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos (de que hicieron cuatro partes: una para cada soldado), y la túnica, la cual era sin costura y de un solo tejido de arriba abajo, por lo que dijeron entre sí: "No la dividamos, mas echemos suertes

para ver de quién será". Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: "Partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica". Y esto es lo que hicieron los soldados» (San Juan 19, 23-24).

Terminado el trabajo de la crucifixión, los soldados sentáronse al pie de la cruz para custodiar al reo, pero no impedían las burlas y los insultos que le dirigían la chusma, los príncipes de los sacerdotes con los escribas, los demás soldados y hasta uno de los ladrones:

«Los que iban y venían blasfemaban de Él, meneando sus cabezas y diciendo: "¡Hola! Tú que destruyes el templo de Dios y que reedificas en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz". De la misma manera, mofándose de Él, los príncipes de los sacerdotes, con los escribas, se decían el uno al otro: "A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo. El Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz para que seamos testigos de vista y le creamos"» (San Marcos 15, 29-32).

«Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arrimaban a Él, y presentándole vinagre, le decían: "Si Tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo"» (San Lucas 23, 36-37).

«Y uno de los ladrones que estaban crucificados, blasfemaba contra Jesús, diciendo: "Si Tú eres el Cristo o Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros"» (San Lucas 23, 39).

ENSEÑANZAS: Jesús es ultrajado hasta el fin: desnudo entre ladrones, ve repartirse sus vestidos y oye insultos y desafíos por todas partes. ¡Ni siquiera respetan su agonía! «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin».

3. Las siete palabras y muerte de Jesús.-

La agonía de Jesús duró unas tres horas: desde el mediodía a las tres de la tarde. Durante este tiempo pronunció Jesús siete frases, llamadas generalmente las «siete palabras», palabras de amor y perdón para todos los hombres.

LA PRIMERA fue pidiendo perdón para los que lo crucificaban: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (San Lucas 23, 34). Este perdón incluía a soldados inconscientes y a príncipes culpables.

LA SEGUNDA fue para anunciar al Buen Ladrón que aquel mismo día estaría con Él en el Paraíso. Mientras el mal ladrón le insultaba, el bueno, a quien la tradición llama San Dimas, le reprendía, diciendo:

«¿Cómo, ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho.» Decía después a Jesús: “Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino”. Y Jesús le dijo: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”» (San Lucas 23, 40-43).

Estos sencillos actos de fe, esperanza y caridad, valieron al Buen Ladrón la gloria eterna.

LA TERCERA PALABRA fue para dejarnos a María por Madre:

«Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre y al discípulo que Él amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dice al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”. Y desde aquel punto encargóse de ella el discípulo y la tuvo consigo en su casa» (San Juan 19, 25-27).

LA CUARTA PALABRA fue como una misteriosa queja dirigida a su Eterno Padre, que permitía que sufriese tanto dolor y afrenta de parte de sus enemigos.

«Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: “*Elí, Elí, lamma sabacthani?*”; esto es: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”» (San Mateo 27, 46).

LA QUINTA PALABRA fue: «Tengo sed». La pérdida de sangre produce sed terrible.

«Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Estaba puesto allí un vaso de vinagre. Los soldados, pues, empapando en vinagre una esponja y envolviéndola a una caña de hisopo, aplicáronse a la boca» (San Juan 19, 28-29).

De esta manera tuvo también parte en la Pasión el sentido del gusto de nuestro Salvador.

LA SEXTA PALABRA fue: «Todo está cumplido». Jesús, luego que chupó el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» (San Juan 19, 30.); es decir: Cumplidas las profecías, cumplida la Pasión, terminada la Redención, firmada y sellada la Nueva Alianza entre Dios y los hombres, que tantas veces habían anunciado los profetas (Jeremías, Daniel, etc.) y el propio Jesucristo.

LA SÉPTIMA PALABRA fue para entregar su espíritu, o sea, su alma, en manos del Eterno Padre que la creó:

«Jesús, clamando con una voz muy grande, dijo: “Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y diciendo esto, expiró» (San Lucas 23, 45-46).

ENSEÑANZAS: Jesús ha muerto para que nosotros vivamos; ha pagado con exceso lo que nosotros debíamos por nuestros pecados; nos ha rescatado del poder del demonio con el precio de su sangre.

Nuestra vida, nuestra libertad y nuestras obras debemos consagrarlas en el amor y servicio de Jesús, nuestro Redentor.

4. Sucesos que siguieron a la muerte de Jesús.-

La naturaleza entera quiso demostrar a su manera el sentimiento por la muerte del Hijo de Dios hecho Hombre, con ciertos hechos extraordinarios que ocurrieron inmediatamente.

El sol se oscureció desde el mediodía (hora sexta) hasta las tres de la tarde (hora nona), en que expiró Jesús. Este oscurecimiento no fue debido a un eclipse, pues la Pascua se celebraba en el plenilunio, que hace imposible todo eclipse de sol. Estas tinieblas fueron, pues, de origen sobrenatural.

El velo del Templo, que separaba el «Santo» del «Santísimo», se partió en dos trozos de arriba abajo, dando a entender que la ley antigua había terminado, para dar lugar a la Ley Nueva, contenida en la Iglesia de Jesucristo.

Se produjeron choques de rocas y terremotos; se abrieron los sepulcros y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron.

«Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos» (San Mateo 27, 53).

«Entretanto, el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor, y decían: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"» (San Mateo 27, 54).

«Y todo aquel concurso de los que se hallaban presentes a este espectáculo, considerando lo que había pasado, se volvían, dándose golpes de pecho» (San Lucas 23, 48).

5. La herida del costado, descendimiento y sepultura de Jesús.-

Los miembros del Sanedrín tenían interés en hacer desaparecer cuanto antes el cadáver de Jesús. Por eso acudieron a Pilatos invocando la proximidad de la Pascua. Pilatos dispuso que unos soldados quebrasen las piernas a los crucificados y los quitasen de allí.

«Vinieron los soldados y quebraron las piernas del uno y otro ladrón, que habían sido crucificados con Él; pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le hirió el costado, y al punto salió sangre y agua; y el que lo vio da testimonio de ello; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque todo esto se hizo para que se cumpliese la Escritura: "No quebrantaréis de Él hueso alguno". Y la otra Escritura que dice: "Verán a Aquél a quien traspasaron"» (San Juan 19, 32-37).

Dos personajes comparecen en este momento: José de Arimatea y Nicodemo. José de Arimatea, hombre rico, miembro del Sanedrín, pero justo y virtuoso, que había disentido de los demás sanedritas en la condena de Jesús, y Nicodemo, a quien ya conocemos, desde que vino a Jesús de noche para oír su doctrina, durante la primera Pascua.

«Al caer el sol (por ser aquel día la parasceve o día de preparación, que precede al sábado), fue José de Arimatea, insigne

consejero, el cual esperaba también el reino de Dios, y entró denodadamente a Pilatos y pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo llamar al centurión y le preguntó si efectivamente había muerto. Y habiéndole asegurado que sí el centurión, dio el cuerpo a José.

José, comprada una sábana, bajó a Jesús de la cruz y le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro abierto en una peña, y arrimando una piedra, dejó así con ella cerrada la entrada.

Vino también Nicodemo, aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús, trayendo consigo una confección de mirra y áloe, cosa de cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y bañado en las especies aromáticas, le amortajaron con lienzos, según la costumbre de sepultar los judíos» (San Juan 19, 39-40).

6. El sepulcro sellado y con guardias.-

No estaban todavía tranquilos los sanedritas. El sábado por la mañana, a pesar de la gran solemnidad de la Pascua, se presentaron de nuevo a Pilatos con esta embajada:

«“Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día; porque no vayan quizá de noche sus discípulos y lo hurten, y digan a la plebe: «Ha resucitado de entre los muertos», y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero.”

Respondióles Pilatos: “Ahí tenéis la guardia: id y ponedla como os parezca”.

Con eso, yendo allá, aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardias de vista» (San Mateo 27, 63-66).

RESURRECCIÓN Y APARICIONES DE JESÚS

25. RESURRECCIÓN DE JESÚS Y APARICIONES EN JUDEA

1. El gran triunfo de Jesús.-

La Resurrección de Jesús es el gran triunfo del Crucificado y el mayor acontecimiento del Cristianismo.

Había profetizado Isaías que el sepulcro del Mesías sería glorioso.

El mismo Jesús anunció varias veces su resurrección, como has podido ver en los lecs. 8 y 14.

En cierta ocasión citó a Jonás: «Así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra» (San Mateo 12, 40).

Vamos a ver cómo se han cumplido también en Jesús las profecías relativas a su resurrección, con lo cual queda demostrado que Jesús es Dios dueño de la vida y de la muerte y nuestra religión divina.

La Resurrección de Jesús es la *Nueva Pascua cristiana*, porque Jesús pasó de la muerte a la vida y los cristianos debemos pasar de la muerte del pecado a la vida de la gracia y de la caridad.

2. Resurrección de Jesús.-

Al amanecer el día siguiente al gran sábado de la Pascua, es decir, nuestro actual domingo, fueron las piadosas mujeres al

sepulcro, llevando los perfumes que tenían preparados. Su gran preocupación era la losa del sepulcro: «¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?», se preguntaban una a otra, «porque, realmente, era muy grande».

«A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose al sepulcro removi6 la piedra, y sent6se encima. Su semblante brillaba como el relámpago y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardias tan aterrados, que estaban como muertos.

Mas el ángel, dirigiéndose a las mujeres, les dijo: “Vosotras no tenéis que temer, que bien sé que venís en busca de Jesús, que fue crucificado; ya no está aquí, porque ha resucitado, según predijo. Venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora id sin deteneros a decir a sus discípulos que ha resucitado, y he aquí que va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, yo os lo prevengo de antemano”» (San Mateo 28, 2-7).

ENSEÑANZAS: La fiesta semanal cristiana es el domingo, palabra que significa «día del Señor». Recuerda y celebra cada domingo la Resurrección de Jesús, fundamento de nuestra fe, origen de nuestra esperanza y prenda de nuestra resurrección futura.

3. Pedro y Juan en el sepulcro.-

Obedientes al mandato del ángel, fueron a Jerusalén las santas mujeres, corriendo presurosas a dar la noticia a los discípulos, adelantándose a todas María Magdalena, la cual comunicó inmediatamente la noticia a Simón Pedro y a Juan, el discípulo amado:

«“Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.”

Con esta nueva salió Pedro y el dicho discípulo, y encamináronse al sepulcro. Corrían ambos a la par, mas este otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro. Y habiéndose inclinado, vio los lienzos en el suelo, pero no entró. Llegó tras él Simón Pedro y entró en el sepulcro y vio los lienzos en el suelo. El

sudario o pañuelo que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, no junto con los demás lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, entró también; y vio, y creyó que efectivamente le habían quitado. Porque aún no habían entendido de la Escritura que Jesús debía resucitar de entre los muertos. Con esto los discípulos se volvieron otra vez a casa» (San Juan 20, 3-10).

ENSEÑANZAS: *Jesús se aparece a los Apóstoles y discípulos para que no duden de su Resurrección, tantas veces anunciada por el Maestro.*

4. Aparición a María Magdalena.-

Detrás de Pedro y de Juan llegaba al sepulcro la infatigable María Magdalena, la cual no se volvió esta vez con aquéllos a Jerusalén, sino que permaneció sola cerca del sepulcro vacío, llorando en alto y dando rienda suelta a su dolor.

«Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar al sepulcro; y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Dijéronle ellos: "Mujer, ¿por qué lloras?" Respondióles: "Porque se han llevado de aquí a mí Señor y no sé dónde le han puesto". Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vio a Jesús en pie; mas no conocía que fuese Jesús. Dícele Jesús: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dice: "Señor, si tú le has quitado, dime dónde le pusiste, y yo me lo llevaré". Dícele Jesús: "María". Volvióse ella al instante, y le dijo: "*Rabboni*" (que quiere decir: Maestro mío). Dícele Jesús: "No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre; mas anda, ve a mis hermanos y diles de mi parte: Yo me subo al Padre mío y Padre vuestro; mi Dios y Dios vuestro". Fue, pues, María Magdalena a dar parte a los discípulos, diciendo: "He visto al Señor y me ha dicho esto y esto"» (San Juan 20, 11-18).

ENSEÑANZAS: *Aunque María Magdalena había cometido muchos pecados, fue, sin embargo, tan sincero su arrepentimiento y tan fino*

su amor hacia Jesús, que Este le dedicó la primera aparición que refiere el Evangelio, aunque es de suponer que la primera de todas fuese hecha a la Santísima Virgen María, que tan de cerca participó de los dolores de la Pasión y Muerte de su Divino Hijo.

5. Soborno de los guardias.-

Una vez repuestos del sobresalto producido por el terremoto y la visión resplandeciente del ángel, salieron los guardias por la puerta más cercana de la ciudad y se presentaron a los príncipes de los sacerdotes, refiriéndoles todo lo sucedido.

«Y congregados éstos con los ancianos, teniendo su consejo, dieron una grande cantidad de dinero a los soldados, con esta instrucción: “Habéis de decir: estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos y le hurtaron. Que si esto llegare a oídos del presidente, nosotros le aplacaremos y os sacaremos en paz y a salvo”.

Ellos, recibido el dinero, hicieron según estaban instruidos; y esta voz ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy» (San Mateo 28, 12-15).

San Agustín dice: «¿Alegas testigos dormidos? Tú sí que duermes, al idear estas burdas calumnias».

El soborno de los guardias era el reconocimiento de la Resurrección de Jesús por parte de sus enemigos.

6. Aparición a los discípulos de Emmaús.-

El mismo día de la resurrección, por la mañana, dos discípulos de Jesús, que habían pasado en Jerusalén la Pascua, decidieron volver a Emmaús, aldea donde tenían su granja.

«Y conversaban entre sí todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía, mas sus ojos estaban incapacitados para conocerle. Díjoles, pues: “¿Qué conversación es ésta que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué

estáis tan tristes?” Uno de ellos, llamado Cleofás, respondiendo, le dijo: “Tú solo eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días?” Replicó Él: “¿Qué?” “Lo de Jesús Nazareno —respondieron—, el cual fue un profeta, poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes le entregaron a Pilatos, para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado”».

Siguen refiriéndole después su esperanza, fallida, de que rescataría a Israel, y los rumores esparcidos por las mujeres sobre el sepulcro vacío, la visión de los ángeles, etc. Entonces Él dijo:

«¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas! ¿Pues qué, por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria?” Y empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de Él.

En esto llegaron cerca de la aldea adonde iban, y Él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: “Quédate con nosotros, porque es tarde, y va ya el día de caída”. Entró, pues, con ellos. Y estando juntos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo dio. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas Él, de repente, desapareció de su vista.

Entonces se dijeron uno a otro: “¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”» (San Lucas 24, 13-32).

ENSEÑANZAS: *Cuando comulgues dile a Jesús: «quédate conmigo siempre y abrasa mi corazón en tu amor».*

7. Aparición a los discípulos reunidos en el Cenáculo.-

Los dos discípulos volvieron rápidamente desde Emmaús a Jerusalén para dar la noticia a los Apóstoles y demás discípulos reunidos con ellos, los cuales los recibieron con esta noticia: «El Señor ha resucitado ciertamente y se ha aparecido a Simón». Esta aparición a San Pedro sólo la refiere de pasada el evangelista San

Lucas (24, 34). Los de Emmaús, a su vez, relataron los detalles de la aparición que ellos habían tenido, no siendo, por cierto, creídos por los demás.

Pero un suceso clarísimo dejó a todos convencidos.

«Mientras estaban hablando de estas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz sea con vosotros; soy yo, no temáis”. Ellos, atónitos y atemorizados, se imaginaban ver algún espíritu. Y Jesús les dijo: “¿De qué os asustáis, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? Mirad a mis manos y a mis pies; yo mismo soy, palpad y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos, como vosotros veis que yo tengo”. Mas como ellos aún no lo acabasen de creer, estando como estaban fuera de sí de gozo y de admiración, les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer?” Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Comido que hubo delante de ellos, tomando las sobras se las dio» (San Lucas 24, 36-43).

Esta aparición tuvo otras consecuencias, que sólo refiere el evangelista y Apóstol San Juan: *la misión de los Apóstoles por todo el mundo y la institución del Sacramento de la Penitencia:*

«“Como mi Padre me envió, así os envío yo también a vosotros.” Dichas estas palabras alentó o dirigió el aliento hacia ellos, y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonáreis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis”» (San Juan 20, 21-23).

ENSEÑANZAS: Con estas admirables palabras instituye, Jesús el Sacramento de la Penitencia, por el que aplica a las almas los frutos de su Pasión y muerte. ¡El amor de Jesús no tiene límites!

8. Segunda aparición en el Cenáculo, estando presente Santo Tomás.-

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos o gemelo, estaba ausente del Cenáculo el día de la resurrección, por lo cual no vio al Señor resucitado. Los otros le dijeron: «Hemos visto al Señor». Pero él les dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi

dedo en las llagas que abrieron los clavos y mi mano en su costado, no creeré». De esta manera se manifiesta el Apóstol Santo Tomás, terco e incrédulo, exigiendo para creer en la Resurrección de Jesús la prueba de la vista de las llagas y la más grosera del tacto con los dedos y la mano.

Pero a los ocho días justos estaban reunidos los discípulos en el Cenáculo, y también Tomás con ellos:

«Vino Jesús, estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio y dijo: "La paz sea con vosotros". Después dice a Tomás: "Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel". Respondió Tomás, y le dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" Díjole Jesús: "Tú has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto; bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído"» (San Juan 20, 26-29).

ENSEÑANZAS: Aunque no se necesita ver para creer, Jesús es tan complaciente con Tomás, que acepta las condiciones de «ver y tocar sus llagas» para que el incrédulo discípulo admita la Resurrección.

26. APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA

1. Aparición en la playa del Mar de Galilea.-

Las apariciones de Jesús resucitado, referidas hasta ahora, tuvieron lugar en Judea, principalmente en Jerusalén; las que vamos a referir en esta lección ocurrieron en Galilea, adonde fueron los Apóstoles por mandato del Señor.

Varios de los Apóstoles, pescadores de oficio, dispusieron, por iniciativa de Simón Pedro, salir una noche a pescar. Toda la noche estuvieron con las redes echadas, pero no cogieron ni un pez. Por lo cual, al llegar la madrugada, trajeron la barca a tierra para descansar. Estando cerca de la playa, vieron una figura de hombre. Era Jesús resucitado; pero ellos no lo reconocieron.

«Jesús les dijo: “Muchachos, ¿tenéis algo que comer?” Respondieronle: “No”. Díceles Él: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. Echáronla, pues, y ya no podían sacarla por la multitud de peces que había. Entonces el discípulo aquel a quien Jesús amaba, dijo a Pedro: “Es el Señor”. Simón Pedro, apenas oyó “Es el Señor”, vistióse la túnica (pues estaba desnudo), y se echó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no estaban lejos de tierra, sino como a unos doscientos codos.

Al saltar en tierra vieron preparadas brasas encendidas y un pez puesto encima, y pan. Jesús les dijo: “Traed acá de los peces que acabáis de coger”. Subió al barco Simón Pedro y sacó a tierra la red, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos, no se rompió la red. Díceles Jesús: “Vamos, almorzad”. Y ninguno de los que estaban comiendo osaba preguntarle: “¿Quién eres Tú?”, sabiendo que era el Señor. Acércase, pues, Jesús, y toma el pan, y se lo distribuye y lo mismo hace con el pez. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos» (San Juan 21, 5-14).

2. Jesús constituye a San Pedro Jefe supremo de la Iglesia.-

Terminada la sencilla y emocionante comida, Jesús se dispuso a cumplir la promesa que hiciera a Pedro en Cesarea de Filipo, un año antes, de hacerle piedra angular de su Iglesia.

San Juan nos describe la escena con admirable sencillez:

«Acabada la comida, dijo Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Él le dijo: “Sí, Señor; Tú sabes que te amo”. Díjole: “Apacienta mis corderos”. Por segunda vez le dijo: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Pedro le respondió: “Sí, Señor; Tú sabes que te amo”. Díjole Jesús: “Apacienta mis corderos”. Dícele tercera vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase si le amaba, y así respondió: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú conoces bien que yo te amo”. Díjole Jesús: “Apacienta mis ovejas”» (San Juan 21, 15-17).

ENSEÑANZAS: «Apacentar» es regir y gobernar; los «corderos» son los fieles; las «ovejas» son los Obispos. Queda, pues, constituido Pedro, por el propio Jesús, Pastor Supremo de la Iglesia, Pastor de fieles y Pastor de Pastores. Y esta dignidad, con los poderes anejos, se había de transmitir a sus sucesores, o sea los Papas.

3. Aparición de Jesús resucitado en un monte de Galilea.-

Una de las más importantes apariciones de Jesús resucitado a los once Apóstoles tuvo lugar en un monte de Galilea, cuyo nombre se ignora, aunque se sabe que fue previamente señalado por el propio Jesús. Durante esta aparición envía Jesús a los Apóstoles a predicar y bautizar a todas las gentes, y les promete su asistencia hasta el fin del mundo.

San Mateo es el único evangelista que refiere esta solemne aparición en los siguientes términos:

«Mas los once discípulos partieron para Galilea, al monte que Jesús les había señalado. Y allí; al verle, le adoraron; si bien algunos tuvieron sus dudas.»

Entonces Jesús, acercándose, les habló en estos términos: «A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos» (San Mateo 28, 16-20).

ENSEÑANZAS: Con estas palabras, la Iglesia recibe de Jesucristo el poder docente o de enseñar, el santificante o de bautizar y administrar los demás Sacramentos, y el regente o de conducir a todos los hombres hacia el reino de Dios, que es la gloria. Como garantía del triunfo que espera a esta misión, Jesús le promete su continua y eficaz asistencia hasta el fin de los tiempos.

4. Última aparición de Jesús resucitado. Su ascensión a los cielos.-

La estancia de los Apóstoles en Galilea duró cerca de un mes. En ese tiempo se les apareció Jesús de muchas maneras, les habló del reino de Dios y les dio instrucciones concretas sobre el modo de ejercer su misión apostólica en el mundo. Terminada la permanencia en Galilea, se trasladaron de nuevo, por mandato de Jesús a Judea.

Habían pasado ya cuarenta días desde la resurrección. Jesús se les aparece por última vez en una comida que con ellos hace, y les recomienda que no se alejen por aquellos días de Jerusalén.

«Para esperar allí la promesa del Padre que oísteis de mi boca. Porque Juan, ciertamente, bautizó con agua; pero vosotros seréis inundados o bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (Hechos 1, 4-5).

Todavía tenían los Apóstoles un falso concepto del reino mesiánico. Por esto, algunos de ellos salieron con esta pregunta: «Señor, ¿si será éste el tiempo en que has de restablecer el reino de Israel?» Jesús les contesta diciendo que no se ocupen del reino político y terreno del Mesías, tal como ellos lo imaginaban, sino del reino espiritual, cuya conquista les estaba encomendada y que con la

gracia del Espíritu Santo establecerían primero en Jerusalén, después en Judea y Samaria, y, finalmente, en el mundo entero.

Estas fueron las últimas palabras que les dirigió; pues, encaminándose con ellos hacia Betania, al llegar al monte de los Olivos, viéndolo ellos, fue llevado hacia lo alto, y una nube, tomándolo sobre sí, lo ocultó a sus ojos. Y mientras estaban con los ojos clavados en el cielo mirando cómo se iba, de pronto se les presentaron dos varones con vestiduras blancas, los cuales además dijeron:

«Varones de Galilea, ¿qué estáis ahí parados mirando al cielo? Este Jesús, que separándose de vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá.»

Después de esto se volvieron a Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el espacio de camino que puede andarse en sábado. Entrados en la ciudad, subiéronse a una habitación alta, donde tenían su morada Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simón, llamado el celador, y Judas, hermano de Santiago.

Todos los cuales, animados por un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres y con María, la madre de Jesús, y sus parientes» (Hechos 1, 8-14).

El evangelista San Marcos termina así su Evangelio:

«Así, el señor Jesús, después de haberles hablado varias veces, fue elevado al cielo por su propia virtud, y está allí sentado a la diestra de Dios. Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban» (San Marcos 16, 19-20).

ENSEÑANZAS: La Ascensión es la culminación del triunfo de Jesús y también nuestro triunfo como cristianos.

Jesús subió al Cielo y «allí está sentado a la diestra del Padre», es decir, gozando de la Gloria que le corresponde como Hijo de Dios hecho Hombre.

Jesús reina desde entonces en el Cielo y con Él reinaremos nosotros también; pues «ha ido a prepararnos allí un lugar», como prometió a los Apóstoles en la Última Cena (San Juan 14, 2-3).

Jesús, en el Cielo, es nuestro Abogado y Mediador ante el Padre, «siempre dispuesto a interceder por nosotros».

Jesús, desde el Cielo, vendrá, y todos sus santos con Él, a juzgar a los vivos y a los muertos al fin del mundo.

La Ascensión de Jesús es, pues, prenda de nuestra gloria futura.

5. Venida del Espíritu Santo.-

Los Apóstoles permanecieron en el Cenáculo en compañía de la Virgen María, por espacio de diez días, preparándose para la venida del Espíritu Santo, que Jesús tantas veces les había anunciado (Recuerda el Sermón de la Cena).

Llegado el día de Pentecostés, se produjo de súbito desde el cielo un estruendo como de viento que soplaba vehemente, y llenó toda la casa donde se hallaban sentados. Y vieron aparecer lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaban sobre cada uno de ellos. Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas diferentes, según que el Espíritu Santo les movía a expresarse, haciendo innumerables conversiones entre los judíos, que pedían el bautismo y se ponían a disposición de Pedro, jefe de la naciente Iglesia (Hechos 2, 2-4).

ENSEÑANZAS: El *Pentecostés cristiano* significa:

1º El *cumplimiento de las promesas* del Antiguo Testamento (José) y del propio Jesús relativas al Espíritu Santo.

2º La *promulgación de la Ley Nueva o Evangélica*, basada en el amor y en la gracia del Espíritu Santo.

3º La *primera actuación de la Iglesia misionera*, que habiendo recibido de Jesús el mandato de «ir por todo el mundo predicando el Evangelio y bautizando a todas las gentes», comenzaba su misión en Jerusalén, la continuaría por Judea y Samaria y no descansaría hasta haber evangelizado toda la tierra.